



Las Historias del Mercado

Memorias y Relatos

Ana Laura Lissardy

créditos



Coordinación:
Fulano Menguano

Introducción:
Ana Laura Lissardy

Prólogo:
Ingeniera Carolina Cosse
INTENDENTA de MONTEVIDEO

Autora:
Ana Laura Lissardy

Coordinación y ejecución:
TRADINCO

Fotografías:
Carlos Contrera
Centro de Fotografía de Montevideo | CdF
Intendencia de Montevideo





1913

[10 AÑOS NUEVOS]

2023

[100 AÑOS VIVOS]

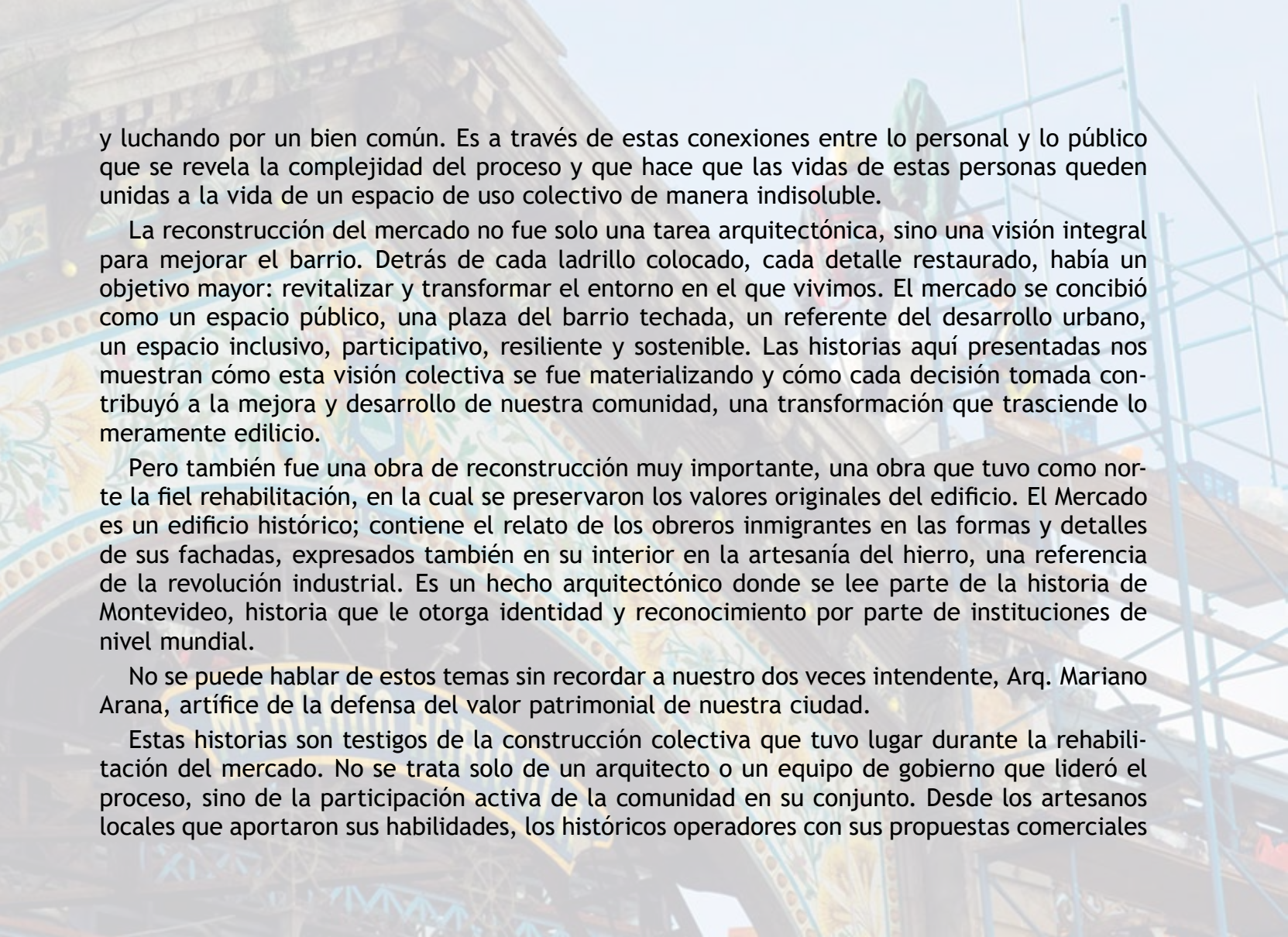


prólogo

Toda obra humana de magnitud tiene un momento histórico que la enmarca, así como la participación de multitud de personas e instituciones. A partir de sueños individuales, se generan sueños colectivos con deseos de igualdad, generación de oportunidades, con ganas de volver a confiar, con hacer lo imposible posible; las dificultades, contratiempos, errores y escasez de recursos deben ser enfrentados y superados para lograr el objetivo.

Es durante el gobierno del Intendente Ricardo Erlich que se visualiza la necesidad de encarar la mejora del barrio y se comienza a tomar definiciones sobre su reactivación, pero como toda gran obra en el marco de una política de estado, esta visión es el inicio de un arduo proceso que finaliza durante el gobierno de la Intendenta Ana Olivera y que durante su ejecución suma la participación de la Agencia de Cooperación Española, del BID/FOMIN quienes con sus diversos programas fueron muy relevantes en la concreción del proyecto.

En estas páginas se entrelazan las historias personales con los eventos y decisiones gubernamentales que dieron forma a la reconstrucción del mercado. Son relatos de individuos que se encontraron en un momento crucial de la historia, enfrentando desafíos



y luchando por un bien común. Es a través de estas conexiones entre lo personal y lo público que se revela la complejidad del proceso y que hace que las vidas de estas personas queden unidas a la vida de un espacio de uso colectivo de manera indisoluble.

La reconstrucción del mercado no fue solo una tarea arquitectónica, sino una visión integral para mejorar el barrio. Detrás de cada ladrillo colocado, cada detalle restaurado, había un objetivo mayor: revitalizar y transformar el entorno en el que vivimos. El mercado se concibió como un espacio público, una plaza del barrio techada, un referente del desarrollo urbano, un espacio inclusivo, participativo, resiliente y sostenible. Las historias aquí presentadas nos muestran cómo esta visión colectiva se fue materializando y cómo cada decisión tomada contribuyó a la mejora y desarrollo de nuestra comunidad, una transformación que trasciende lo meramente edilicio.

Pero también fue una obra de reconstrucción muy importante, una obra que tuvo como norte la fiel rehabilitación, en la cual se preservaron los valores originales del edificio. El Mercado es un edificio histórico; contiene el relato de los obreros inmigrantes en las formas y detalles de sus fachadas, expresados también en su interior en la artesanía del hierro, una referencia de la revolución industrial. Es un hecho arquitectónico donde se lee parte de la historia de Montevideo, historia que le otorga identidad y reconocimiento por parte de instituciones de nivel mundial.

No se puede hablar de estos temas sin recordar a nuestro dos veces intendente, Arq. Mariano Arana, artífice de la defensa del valor patrimonial de nuestra ciudad.

Estas historias son testigos de la construcción colectiva que tuvo lugar durante la rehabilitación del mercado. No se trata solo de un arquitecto o un equipo de gobierno que lideró el proceso, sino de la participación activa de la comunidad en su conjunto. Desde los artesanos locales que aportaron sus habilidades, los históricos operadores con sus propuestas comerciales



renovadas y los nuevos buscando oportunidades, hasta los vecinos que brindaron su apoyo y entusiasmo, cada persona desempeñó un papel vital en la creación de este nuevo espacio lleno de vida y promesas.

La reconstrucción del Mercado Agrícola de Montevideo marcó un momento histórico en nuestra ciudad. Fue y sigue siendo un hecho urbano, social y cultural, y estas historias capturan la esencia de ese momento, transmitiendo la emoción, los desafíos, los triunfos y las derrotas que se vivieron en cada etapa del proceso de reconstrucción.

Este libro es entonces un homenaje sentido y merecido para cada una de las personas e instituciones que se involucraron en la rehabilitación del histórico mercado. Su dedicación y pasión nos han dejado un legado duradero. Son aquellos cuyas mentes, manos y corazones fueron puestos al servicio de reconstruir no solo un edificio, sino también una parte esencial del tejido urbano y social del barrio.

Ingeniera Carolina Cosse
INTENDENTA de MONTEVIDEO

introducción

A nighttime photograph of a city street. In the foreground, a large, dark tree stands on the left. The street is lit by warm yellow streetlights. In the background, a large, ornate building with a prominent clock tower and arched windows is illuminated. The building's facade is lit up, and the clock tower is a focal point. The sky is dark, and the overall atmosphere is quiet and urban.

Estas son historias de gente común. De gente a la que nunca un foco le ilumina la cara ni un micrófono propaga su voz.

Es la historia de Marcela, que de niña bailaba ballet entre los basurales a orillas del Miguelete.

Es la historia de Maneiro, que pasaba doce horas por día metido en una zanja de catorce metros, prendiendo y apagando bombas para el nuevo caño colector.

Es la historia de Ana Caterina, que de niña cantaba canciones italianas en el bar de sus padres y le robaba los clientes al prostíbulo de al lado, que se iban a escucharla cantar.

Es la historia de unas mujeres que tejían en un sótano para combatir la crisis, mientras arriba, en las calles, zapatos, championes y botas iban y venían sin notarlas.

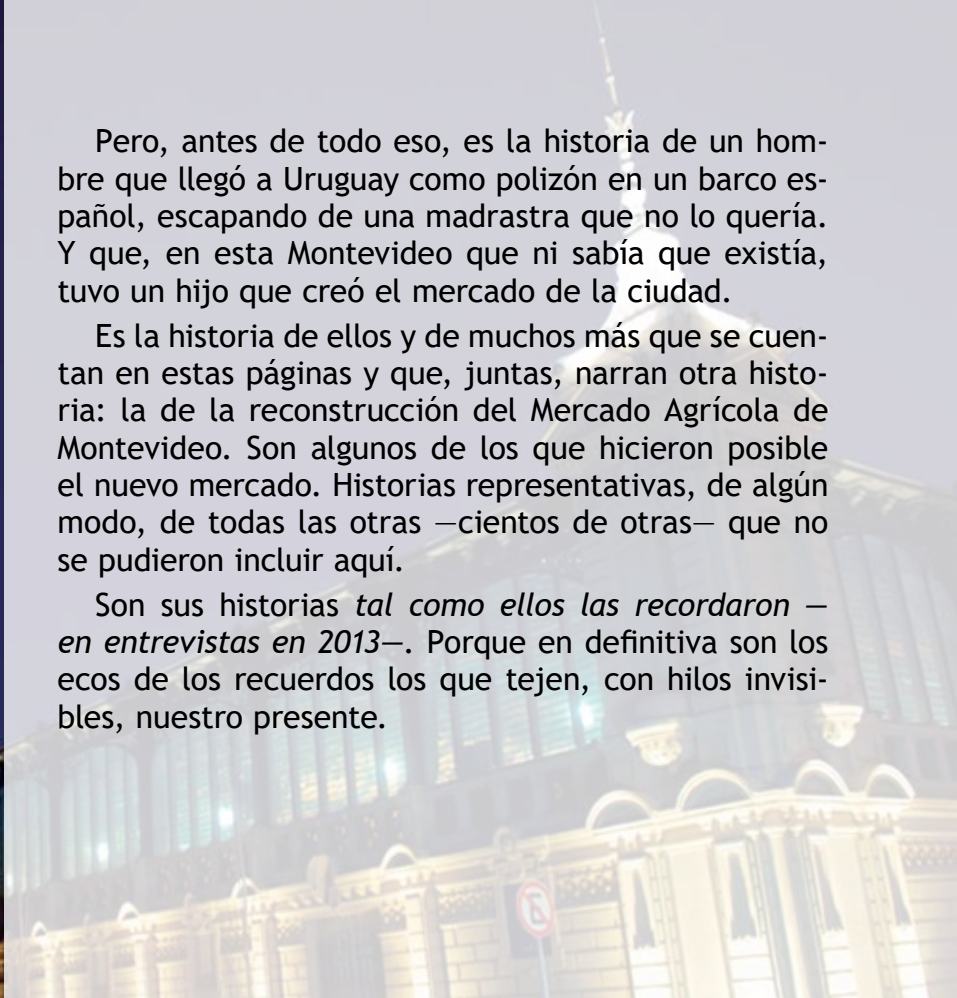
Es la historia de Ernesto y Karen, que inventaron una máquina para hacer un poco menos amargo el dolor.



Pero, antes de todo eso, es la historia de un hombre que llegó a Uruguay como polizón en un barco español, escapando de una madrastra que no lo quería. Y que, en esta Montevideo que ni sabía que existía, tuvo un hijo que creó el mercado de la ciudad.

Es la historia de ellos y de muchos más que se cuentan en estas páginas y que, juntas, narran otra historia: la de la reconstrucción del Mercado Agrícola de Montevideo. Son algunos de los que hicieron posible el nuevo mercado. Historias representativas, de algún modo, de todas las otras –cientos de otras– que no se pudieron incluir aquí.

Son sus historias *tal como ellos las recordaron – en entrevistas en 2013–*. Porque en definitiva son los ecos de los recuerdos los que tejen, con hilos invisibles, nuestro presente.



Ana Laura Lissardy



MERCADO AGRICOLA

1910



memorias y relatos



JUNIO DE 2005

13

Había caminado solo unos metros desde la parada del ómnibus hacia el Mercado Agrícola cuando sintió que la seguían. Era su primer día, las diez u once de la mañana del 10 de junio de 2005; de lluvia, de frío, de zozobra. Porque Beatriz Silva no quería estar ahí. En esa zona del barrio Goes que parecía un pueblo fantasma, de casas deshabitadas, otras sin ventanas, una fábrica—la de Alpargatas— hecha pedazos, y un aire denso que iba siendo perforado por las gotas de la lluvia.

No quería tener que ir a una zona que parecía expulsar, centrífuga, a todo lo ajeno. Por eso la seguían esos tres. Porque era una cara nueva en el barrio. Una cara —pelo corto y oscuro, ojos negros expresivos, bufanda colorida— que se animaba, que se metía donde pocos se atrevían a entrar. Así que cuando se la cruzaron por Juan José de Amézaga la dejaron avanzar unos metros y dieron media vuelta para seguirla. Se le pararon detrás. Y ella, que iba inquieta al sentir que entraba en territorio extranjero, que iba mirando alrededor y pensando en Zitarrosa, qué tristeza la pobreza, se quedó paralizada.

—¿Quién sos? —le preguntaron.

—Beatriz Silva, soy la representante de la Intendencia en el Mercado —dijo, intentado simular tranquilidad. Había sido designada hacía pocos días como delegada de la Intendencia de Montevideo en la asociación de quinteros que gestionaba el Mercado.

—¿Qué venís a hacer? ¿Vas a trabajar acá?

—Sí, voy a trabajar acá.



—¿Y qué vas a hacer?

Beatriz intentaba no sentir miedo, apartarlo con la voluntad. Venía de trabajar en asentamientos y sabía que el miedo solo aleja, amuralla, y trae cosas que es mejor no cargar.

El resto de la conversación la saben solo ellos (“Hay códigos que una no rompe”, dice hoy al recordar). Pero fuera lo que fuera que se dijeron (“solo traté de que sintieran que no llegaba a complicar la vida sino a trabajar”), tuvo la fuerza de la empatía, y esos hombres terminaron acompañándola hasta la puerta del Mercado y diciéndole:

—Siempre andamos por acá. Te vamos a cuidar.

Se despidieron, Beatriz entró, y vio por primera vez el Mercado.

Lo miró.

Vidrios rotos, maderas caídas aquí y allá, paredes agujereadas y escombros desparramados, autos, mugre alta centímetros —incluyendo excrementos y cosas indefinidas en descomposición—, olor a cloaca que subía desde el sótano, desde los rincones, que llenaba el aire. Y todo eso empapado por el agua que entraba por los agujeros de un techo hecho pedazos. “Ni en un asentamiento había visto lo que veía acá adentro —dice Beatriz—. Gente al borde de la locura. Muertos de hambre... Al principio lo llamé ‘el pozo negro’. Todo lo que robaban venía para acá. Había incluso gente viviendo acá adentro”.

Beatriz miró el Mercado por primera vez. Y se preguntó cómo había llegado hasta ahí.





Beatriz Silva (directora del Mercado Agrícola), 58 años.

17

LAS FLORES DE ATACAMA

Siempre vivió con la sensación de que hubiera podido no existir. Y tal vez de ahí le nace la pasión que la hace aferrarse a la vida con fuerza. Ser rebelde, definitiva.

Beatriz dice que si fuera animal sería un caballo negro corriendo por el campo. “Negro da la sensación de fuerza. Impone una presencia. Y a mí no me gusta pasar desapercibida”. Su cabellera es asimétrica, el pelo le cae de un lado; lleva caravanas verdes, uñas rojas. “Si nací yo fue por algo y no para estar escondida. Le tenía que poner pasión. Tenía que hacerme sentir”, dice.

Dice *si nací yo*.

Beatriz fue la segunda de seis hermanos, pero la primera murió al poco tiempo de nacer. “Si ella hubiera vivido y se hubiera criado, yo no estaba”. Y esa interpretación la hizo, la plantó. Beatriz, antes de escribir su vida, la leyó. La miró con sus ojos grandes y negros desde la cuna. La miró desde sus trenzas largas de niña. Y después de mirarla e interpretarla, creó su universo. Y creció entonces agarrada con uñas a él, como las flores del desierto de Atacama.

*



Beatriz dice que llora todos los días, y lo dice riéndose. Porque sí, a veces llora de rabia o tristeza, pero la mayoría de las veces es de alegría o emoción.

Le da rabia, por ejemplo, que alguien no entienda la importancia de un regalo (pide que le envuelvan hasta lo que compra para ella misma).

Llora cuando ve el amanecer. Un día iba en un taxi y vio el sol asomarse detrás del Palacio Legislativo. Conmovida, se lo señaló al taxista. *Está todo los días ahí, señora*, le contestó el hombre con voz de máquina registradora. Ella no dijo nada. *Pobre*, pensó. Y cerró los ojos para que el sol le llenara la cara.

*

Cuando era niña, en el campo, Beatriz corría con sus trenzas tras el sol porque quería tocarlo. Vivía en Villa Sara, un pueblito al sur de la ciudad de Treinta y Tres de entonces ciento cincuenta habitantes.

Había vivido sus primeros años en Montevideo, pero cuando cumplió ocho sus padres decidieron volver a Treinta y Tres, de donde eran. Beatriz se llevó solo un recuerdo de su vida en la capital, una muñeca de porcelana. La metió adentro de un colchón y viajó con ellos en el tren. Cuando llegaron, fue a verla y estaba quebrada. Y, aunque entonces no lo sabía, esa imagen fue símbolo de algo: su vida anterior en Montevideo, la de Puntas de Manga, ya no sería más que eso, un juguete roto.

Pero Beatriz llegó a Villa Sara con la fuerza de su personalidad. Cuando en el almacén o en la escuela se burlaban de su acento montevideano, ella lo marcaba aún más. En la casa a la que se fueron a vivir, que había sido de su abuela recién fallecida, había más gente y otras reglas. “Todo

era muy prohibido para los niños y sin explicación. De ahí mi necesidad de libertad”. Por eso, durante las siestas, cuando todos dormían, Beatriz se decía *Dormir es perder el tiempo*, y se levantaba en silencio, escapándose en puntas de pie. Pasaba la tarde trepada a los manzanos o comiendo corazones de sandía tirada en el pasto, como una niña silvestre. Y, cuando su madre le ponía zapatos y un vestido almidonado blancos para llevarla a los actos del Partido Nacional, Beatriz buscaba el modo de hacerse notar, tirando piedras, gritando. Como descargándose. O como reivindicando su propio universo, el que había creado.

*

“La vida tengo que vivirla, caminarla, pasarla...”, dice moviendo las manos como si la creara aquí mismo, frente a todos. Del cuello le cuelga una medalla de una margarita. No, es un sol, dice ella, porque así la eligió, por sol y no por margarita.

“Soy muy discutidora. Me gusta discutir. Porque el día que no me provoques nada, andate de mi vida. Es horrible, pero si alguien no me produce nada, puede irse”.

De joven, mientras otras muchachas de su edad hacían bordado o tejido, ella iba a talleres a aprender carpintería, electricidad, pintura en vidrio, o a jugar al fútbol femenino. “Entro en la cancha todos los días de mi vida como si fuera el último y entro a ganar. Si te proponés cosas y las visualizas, se logran. Tenés que tener claro que vas para allá”.

Beatriz no cree en Dios pero sí en su convicción y en su voz interior, que siempre escucha. Y la escucha mejor frente al espejo. Así que se para



frente al del baño y se mira. Muchas veces se habla, pero siempre se mira. Lo hace para no olvidarse quién es.

*

—Amo a este hombre. Amo a Artigas. Yo quiero ser Artigas —leyó Beatriz niña con sus trenzas negras y se emocionó.

Era una redacción que le habían encargado en la escuela y terminaba más o menos así. Así la recuerda. Habían elegido las mejores para leer frente al resto de los compañeros. Ella la leyó y terminó conmovida. Por Artigas. Por ella.

Su escuela, la escuela rural de Villa Sara, se había vuelto su refugio. Sus padres se habían separado y ella se había ido con sus hermanos y su madre a vivir a un rancho de paja y terrón, con piso de piedra, sin luz ni agua. En un pueblo mínimo como ese no había trabajo y su madre solo a veces conseguía algo como empleada doméstica. Beatriz empezó a cuidar y a proteger a sus hermanos y, al mismo tiempo, a luchar para que sus padres volvieran a estar juntos. “Peleé hasta los cincuenta años para que se volvieran a encontrar”.

La escuela de tiempo completo era como su casa; “con las dificultades económicas que teníamos, era imprescindible tomar la leche ahí”. Tanto era así que a la maestra Isabel le pedía que la acompañara a su casa después de la jornada y la ayudara a forrar cuadernos. Tanto era así que Beatriz se encargaba de la biblioteca de la escuela —forrar libros, ordenarlos—, del botiquín, de poner la mesa para la comida y de ayudar, con los otros, a limpiar todo para el día siguiente.

En la escuela, había un galpón de chapa que era el salón de quinto y sexto, su salón. En el fondo, había una quinta que ellos mismos plantaban y cosechaban para hacer la comida de los almuerzos. Había frutillas, zapallos, lechuga, árboles de moras y gusanos de seda en cajas a los que les daban de comer las hojas de las moras. Había un patio con un gran pino y, un día, hubo también una guitarra. La había llevado el maestro Lucas porque era la fiesta de fin de curso de uno de los años '60.

Habían puesto una gran mesa debajo del árbol de moras, un mantel de colores, pizzas y tortas que cada uno había llevado de su casa. Al final, pusieron una torta enorme con la bandera uruguaya. “Esa torta es uno de los recuerdos más nítidos de mi infancia. El mensaje era que era algo que defender, porque podía haber tenido cualquier forma, pero era la bandera”. La torta la había llevado el maestro Lucas. “Y yo lo quise tanto, tanto a partir de ese momento...” Cuando hubo que cortarla, Beatriz se negó. Le impresionaba.

*

Quiso ser monja y luego también abogada de guerra y quizás el punto en común entre estas dos vocaciones son sus ojos atentos cuando escucha, su sensibilidad social. La misma que la hizo trabajar en asentamientos de La Teja, con cooperativas de ayuda mutua, intentando que la gente se organizara, hiciera cursos, buscara el resquicio por el cual despuntar.

Beatriz se identifica con dos figuras históricas: Artigas y Líber Seregni. Los siente cercanos, semejantes. Y también se identifica con Dulcinea del Toboso, de *Don Quijote de la Mancha*. “Cuando leí el *Quijote* dije ‘Yo soy Dulcinea’ ”. Y fue por eso que decidió ponerle Dulcinea a la casa de ropa



que abrió con otras mujeres, cuando en 2001 se quedó sin trabajo como promotora odontológica de una mutualista.

“Sentías que se te desgarraba la sociedad. Se te caían a pedazos las calles, la gente, los edificios. Pero la idea era no dejar que cayera”. Así que Beatriz y una amiga empezaron a organizarse y reunir a otras mujeres desempleadas que conocían hasta que sumaron casi treinta. “Era gente que encontrabas y te decía ‘perdí todo’ y ya quedabas conectada. Gente con una profesión y un trabajo de años que habían perdido todo”.

Empezaron haciendo ropa y terminaron haciendo hasta mermeladas. Se reunían, hablaban de sus problemas, de cómo resolverlos, mientras tomaban mate y unas cocinaban y otras cosían y tejían. “Juntábamos ropa y le dábamos a la que estaba peor para que la vendiera en la feria o la cambiara por productos a través del trueque”.

Con lo que sacaban de una camisa, compraban la tela para hacer la siguiente. “Entonces, si alguien nos pedía un talle más, le decíamos ‘te lo traigo en cinco días’, porque había que esperar a tener la plata para comprar más tela. Nos reíamos de esto, porque la única salida era robarle un buen momento a la mala situación”.

Dulcinea se llamó la empresa y a cada prenda que vendieron le pusieron un poema escrito a mano, prendido con un alfiler.

*

Beatriz siente que la vida pasa y tiene que estrujarla con fuerza. “No me gusta perder el tiempo —dice—. A la gente a veces le molesta que no tenga paciencia y explote. A veces sienten que los apabullo con tareas.

Pero es como que hay una carrera contra el tiempo. Ya doblé la esquina y le tengo miedo a ese otro camino. Ya no tengo toda la vida para hacer”.

Beatriz duerme unas cinco horas por día. Entre las cuatro y las cinco de la madrugada se levanta y busca agua con la desesperación de una flor en el desierto. Primero, toma un vaso grande porque siente que la purifica. Luego, riega sus plantas escuchando a Gardel. Y entonces se mete en la ducha y cierra los ojos, imaginándose que la recorren cascadas y que es todo verde alrededor. Así toma fuerzas para empezar el día y no detenerse hasta la medianoche.

“La velocidad no está bien porque te perdés un montón de cosas, no ves una flor, un árbol, pero tampoco se puede ser una tortuga. El uruguayo le tiene que poner un poco más de velocidad al Uruguay. Y un poco más de compromiso. Si pongo una plantita en la ventana quizás la vecina mañana ponga otra y en un tiempo tenemos todo el barrio lleno de plantitas”.

Cuando su propia fuerza la arrolla como una ráfaga y siente que la presión le sube, se dice *A Punta Carretas, ya*. Deja lo que esté haciendo y se va a sentar entre las rocas de la rambla, pone a Paco Ibáñez, Fernando Cabrera o Tabaré Cardozo en los auriculares y mira el mar, porque el agua la devuelve, como una ola.

*

En esos días en los que le dieron a Beatriz el encargo del Mercado, su hija se fue a vivir a España y, al tiempo, nació su nieto allá. Y Beatriz, desde acá, sintió la soledad como una luna vacía que retiraba el mar de la rambla, llevándose, porque ya no le alcanzaba para serenarse.



“Estaba feliz por mi hija y mi nieto, y al mismo tiempo sentía un vacío porque no los tenía acá. Había momentos en que me daba por llorar y otros por reírme –dice; en esa época llevaba siempre dos relojes, uno con la hora de España, otro con la de Uruguay—. Había momentos en los que me sentía muy sola a pesar de estar rodeada de gente. Y la soledad tenía un nombre y era ese niño”. Unai. Beatriz no quería que la vida le sacara tanta ventaja como para que sus manos envejecieran sin poderlo acariciar.

Todavía no sabía que ese encargo del Mercado, ese edificio ruinoso y maloliente, ocuparía una parte del hueco que su hija había dejado al irse. Que le dedicaría lo que una madre le dedica a un hijo: versos de una canción sin final. Y tampoco sabía que llegaría a repetir una y otra vez *el Mercado es el hijo varón que no tuve*, porque así lo sentiría. No lo sabía esa mañana fría y lluviosa de junio en que llegó ahí por primera vez y quiso irse.

Y no sabía tampoco que una tarde jugaría con su nieto en la plaza de Lavapiés, en Madrid, que él, que recién empezaría a caminar, caería al piso y ella, para que no llorara, se tiraría también. Que rodarían los dos por la plaza abrazados, entre sus risas y las miradas de los demás. Que cantarían los dos por la calle, él con palabras recién estrenadas, y que Unai con una mano sostendría la de ella y en la otra llevaría su banana a medio comer.

No sabía todavía que, cuando llegara ese momento, ya no importaría el edificio ruinoso, el olor a descomposición, los vidrios hechos pedazos, la falta de recursos y el estar ella sola al frente de todo eso. No importaría porque pensaría en ellos dos tirados en la plaza y en la risa nueva de Unai, y entonces podría con todo lo demás.

Es su forma de agarrarse a la vida. La forma de crecer de las flores de Atacama.

Beatriz miraba el Mercado desde la puerta y se preguntaba qué hacía ahí.

Le dieron ese encargo porque nadie más lo quería. Nadie quería ser el delegado de la Intendencia en ese mercado tercerizado y administrado por la asociación de quinteros. No había plata ni personal, el barrio se había convertido en tierra de nadie y también el propio Mercado, no había un proyecto ni siquiera planes a corto plazo; los quinteros y puesteros estaban cansados, apáticos, descreídos, al ver administraciones que pasaban y pasaban y seguían sin hacer nada.

El encargo llegó poco tiempo antes de esa mañana de junio, durante el festejo por la nueva gestión municipal en el Centro de Protección de Choferes. Ricardo Ehrlich, que entonces asumía como intendente y conocía a Beatriz porque ella había integrado su equipo durante la campaña política, le dijo, según recuerda Beatriz:

—Tenemos que resolver el Mercado Agrícola. Tú podrías tener eso.

Ella dice que le respondió que no, que el Mercado no. Pero que Ehrlich insistió, argumentando que no tenía a quién poner ahí. Unos días después, la designó.

—Que te acompañe el sentimiento —le decían sus conocidos y correligionarios.

No había quién la felicitara. Hasta que, días después, al terminar la presentación del equipo de Ehrlich en el Cabildo de Montevideo, Beatriz salió



a la calle y se encontró con el arquitecto Carlos Pascual, que había estado al frente de la remodelación del Teatro Solís. Pascual paseaba por la Ciudad Vieja cuando la vio y se saludaron. Ella, preocupada, le contó sobre su designación. Él le respondió:

—Te felicito. Te dieron una joya.

Beatriz lo miró sin entender. Se conocían pero no lo suficiente como para saber si hablaba en serio o no.

—Es maravilloso —continuó Pascual sin darle tiempo a reaccionar—. Un edificio patrimonial es mucho más que un edificio, es la historia de su gente, de su ciudad. Hay ahí en el Mercado una acumulación por capas que es increíble, una conexión con la vida de mucha, mucha gente. Pensá que el Mercado se inauguró en 1913 y el proyecto lo armaron dos arquitectos uruguayos en 1905, Silvio Geranio y Antonino Vázquez...





Antonino Vázquez (arquitecto encargado del proyecto del Mercado Agrícola inaugurado en 1913).

29

LO QUE NO SE PUEDE EXPLICAR

Cuentan que había un niño, Manuel Vázquez, que vivía en Galicia, España, a mediados del siglo XIX. Que fue feliz hasta los trece años, cuando su madre murió y su padre se casó con una mujer que no lo quería. Que se volvió triste y que un día no soportó más y se fue hasta un puerto cuyo nombre se perdió entre los años. Que se subió a un barco sin que lo vieran y ahí se quedó, acurrucado, pensando en que solo tenía que estar inmóvil para que todo cambiara. *No hagas ruido, Manuel*, pensaba, *no hagas ruido que si te quedas quieto, en silencio, esa mujer va a desaparecer poco a poco*. Cuentan que el barco zarpó y se llevó a Manuel de polizón. Que su destino era América y que Manuel nada sabía de América, salvo lo que repetían los demás: que ahí todo era nuevo y anterior.

Cuentan que, incluso, quizás Manuel no sabía que el barco estaba por zarpar ni cuál era su destino. Que quizás solo subió para escapar del dolor, que había invitado a su casa a una mujer extraña. Lo que sí es seguro es que se bajó a mitad del siglo XIX en un país de nombre Uruguay que nunca había escuchado mencionar.

Luego hay remolinos en la historia, paréntesis vacíos. Se sabe que empezó a trabajar en una barraca de lanas y a ahorrar hasta que pudo abrir una propia. Y que, con dinero del trabajo y de algunos préstamos, empezó



a comprar tierras en el Cordón porque se dio cuenta de que era una buena inversión. Que conoció a una mujer y se casó con ella. Que a los treinta y tres años tenía cinco hijos uruguayos, y que poco después, a los cuarenta, ya era un hombre rico. Que un día abrió un baúl lleno de dinero que fue separando en montoncitos y que luego llevó a todos los que se lo habían prestado.

Cuentan que Manuel y su mujer tenían una vecina con viruela que se iba consumiendo de hambre y enfermedad, porque nadie se animaba a llevarle un plato de comida por miedo a contagiarse. Y que la esposa de Manuel no lo soportó, preparó sopa y se la llevó. Y siguió llevándosela hasta que la mujer murió y luego murió ella también, contagiada. Cuentan que esa fue la esposa y madre de sus hijos que eligió aquél niño que había huido de una madrastra que no sabía querer. Y que ese mismo niño que se había sentido abandonado por su padre, fue el que, cuando su esposa murió, dejó de trabajar para estar con sus hijos.

También cuentan que su hija adolescente se convirtió en la madre de los más chicos, y que uno de esos más chicos tenía ocho años y se llamaba Antonino. Que Antonino creció con una hermana que era su mamá y cerca de un padrino que se llamaba Máximo Tajés y que sería presidente de Uruguay.

Dicen que Antonino estudió arquitectura en la Facultad de Matemáticas, pero vivía del dinero de su padre y no tenía apuro por recibirse ni por casarse. Que un día, jugando a las prendas en casa de unos amigos, conoció a María Paulina, una muchacha hija de españoles con la que se ennovió al poco tiempo. Que María Paulina ayudaba a su padre en el almacén de ramos generales que tenía pero que las cosas no iban bien y entonces le

dijo a Antonino que se iría a Buenos Aires a ver si tenía mejor suerte allá. Y que entonces Antonino le contestó *No, María, dejame ver si yo te consigo algo* y se fue a hablar con Claudio Williman, que entonces era decano de la Facultad de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, y le dijo que no había quien bordara mejor que su novia. Cuentan que entonces Williman pensaba decretar que quedaran sin efecto los cursos de bordado que se daban en los centros de enseñanza, pero revocó su decisión ante la solicitud de Antonino. *Siendo para usted, voy a echar para atrás.* Y que María Paulina empezó a dar clases de bordado y llegó a bordar un escudo nacional que se exhibió en la última década del siglo XIX en un lugar que no perduró en la memoria.

Cuentan que María Paulina, cansada de la vida bohemia de Antonino, le dijo *Si no te recibís, no me caso*, y que entonces Antonino se recibió, con veintinueve años, y al año siguiente se casó. Cuentan que además de sus trabajos en el sector privado, Antonino enseñaba Matemática y Resistencia de Materiales en la Facultad de Matemáticas y que fue arquitecto de la Intendencia Municipal de Montevideo.

Cuentan también que Antonino era amigo de Eugenio Baroffio, el arquitecto que hizo buena parte del trazado de las grandes avenidas de Montevideo, y que juntos iban a bares y cafés. Dicen que también era amigo de otro arquitecto, Silvio Geranio, con quien preparó un proyecto para presentarse a un llamado en 1905: la construcción del Mercado Agrícola de la ciudad. Dicen que el concurso fue declarado desierto y que hasta hoy no se sabe qué pasó, pero que seguro que no fue algo santo, porque al poco tiempo, cuando volvieron a hacer el llamado y Antonino y Silvio



presentaron exactamente el mismo proyecto, fueron seleccionados. Ellos dos crearon entonces el Mercado Agrícola. Se inauguró en 1913 y Manuel, el padre de Antonino, el que llegó desde España, no alcanzó a verlo funcionar porque un año antes murió.

Dicen también que Antonino compró entonces un terreno de mil metros cuadrados sobre el Camino de la Aldea (futura Avenida Italia), frente a donde años después estaría el Hospital de Clínicas, y que construyó ahí una casa enorme, con siete habitaciones, tres baños, dos patios y una higuera. E invitó a vivir con él y con María Paulina, a sus hermanos y a sus suegros. Después, cuando los cinco hijos que tuvo con María Paulina crecieron, también invitó a vivir ahí a algunos de ellos con sus esposas e hijos, y llegaron a ser más de veinte viviendo en la casa. Y cuentan que María Paulina les decía a algunos *Sigan ahí descansando, que Antonino trabaja*.

Cuentan que Antonino iba siempre con paso seguro, con su traje, su chaleco y su sombrero, que era un hombre alegre, de sonrisa fácil, aunque reservado y no muy demostrativo. Que prefería expresarse con gestos mínimos. Que a su hija María Rosa le regalaba caramelos de rosa y era su forma de homenajearla. Y que, cuando su esposa enfermó gravemente, fue sin decirle a nadie a la Iglesia del Cordón y rezó por ella como pudo, como supo, a pesar de no ser creyente. Y que por eso después, cada vez que pasaba por esa iglesia, se quitaba el sombrero en señal de agradecimiento. Un gesto casi imperceptible, como el de una hoja nueva cuando brota.

Cuentan que un día de 1959, con ochenta y cuatro años, Antonino volvía a su casa en un trolebús y se bajó en la parada del nuevo Hospital de Clínicas. Que no quiso cruzar ahí mismo porque no era lo que correspondía,

y que caminó unos metros más adelante, para atravesar la calle donde estaba el cruce peatonal. Cuentan que quedó a mitad de camino, porque el conductor del trolébus no lo vio y Antonino murió casi instantáneamente.

Y las que cuentan todo esto son algunas de sus nietas, Adriana Guerrina Vázquez (también arquitecta), Nanette Guerrina Vázquez y Susana Alfaro Vázquez, y son historias que a ellas les contaron en su familia. O que leyeron en un cuaderno en el que una de las hijas de Antonino fue escribiendo lo que recordaba y lo que se contaba en su familia, para que no quedara olvidado junto a unas vías. Todo esto es lo que les contaban, pero lo que ellas especialmente recuerdan son tres cosas.

Nanette recuerda que Antonino siempre tenía plumas sobre su escritorio y que no se las prestaba a nadie, ni a sus hijos, porque no eran de él, sino propiedad municipal.

Adriana recuerda a su abuelo durante un homenaje que se le hizo por cumplir cincuenta años de profesión. Pero no recuerda el discurso, dónde fue, quiénes estaban, sino un gesto: su abuelo —con problemas de vista— quitándose los anteojos en lugar de ponérselos para leer el discurso que tenía frente a él.

Susana, en cambio, recuerda unos caramelos de miel que él le regalaba a su madre. Que eran cuadrados, duros y que tenían un poco de filo en las aristas, pero que estaban rellenos de miel suave.

Y entonces, al ver los recuerdos que conservaron, como brotes de hojas nacientes, no cabe duda de que algo más les quedó de su abuelo. Algo que llevan encima sin notarlo siquiera, como un polizón. Algo que, aunque se quiera, no se pueden contar.—Pensá que el Mercado se inauguró en 1913 y el



proyecto lo armaron dos arquitectos uruguayos en 1905, Silvio Geranio y Antonino Vázquez —le estaba diciendo Pascual a Beatriz en la Ciudad Vieja—. El Mercado es la historia de su gente, de su ciudad —repitió Pascual—. Por eso es una joyita. Dejarlo venir abajo es como tirar una foto familiar a la basura.

Beatriz lo escuchó. Era el primero que la felicitaba y, aunque ahora sabía que le hablaba en serio, no estaba segura de lo que le decía.

—Es maravilloso —insistió él—. Si necesitás algo, estoy a la orden.

—Lo voy a tener en cuenta —le contestó Beatriz. Y cada uno siguió su camino.

Beatriz recordó todo eso mientras miraba el Mercado desde la puerta por primera vez esa mañana de junio y lluvia, y se dijo *Pascual está loco. ¿Dónde está la joyita?* Y se fue a renunciar.

Ehrlich no le aceptó la renuncia. Ni esa ni las otras veces que Beatriz volvió a hacerlo durante los meses siguientes.

Así que Beatriz siguió yendo al Mercado cada día, a pesar de las grietas y el olor. A pesar de la falta de gente y de recursos. A pesar de los insultos y tomatazos que recibía de changadores y puesteros (por ser mujer y, además, una extraña), cuando intentaba organizar la limpieza ahí adentro.

—¡Andá a lavarte las bombachas! —le gritaban.

—¡Andá a cocinar!

Y le tiraban frutas, zapallitos. Pero Beatriz era la niña que remarcaba su acento cuando se burlaban de él. Y la que se mira en el espejo para no olvidarse de quién es. Así que, a pesar del miedo y de la humillación, ella se les volvía a acercar y les decía:

—Vas a hacer lo que te estoy diciendo —aunque entonces llegaron más insultos y más risas. Aunque llorara cada día cuando llegaba a su casa y se sentía por fin segura.

“Adentro, era un depósito de autos. Afuera, las señoras salían con carritos de comprar en el Mercado y les llevaban todo. Los taxis no me querían traer; me dejaban en el Palacio Legislativo. Había incluso unas veinte o treinta personas viviendo acá adentro”.

—Acá no se puede dormir —se acercaba y les decía—. No pueden vivir acá. Esto es un mercado.

Y los hacía subirse al ómnibus del Mides que a las seis de la tarde los pasaba a buscar y los llevaba a distintos refugios. Pero al día siguiente, por la mañana temprano, estaban otra vez ahí y todo volvía a empezar. Y todo empezaba otra vez también con changadores y puesteros.

JULIO DE 2005

Ese día de julio fue igual. El aire helado entraba por las aberturas (vidrios rotos, paredes rotas, puertas vacías) que eran el viento sin reparos. Ese día también se acercó a los puesteros y changadores y los saludó. Ese día, también, se presentó a los que no conocía y les dijo:

—Esto va a cambiar.

Y ese día, también, apenas se dio media vuelta y se alejó dos pasos, algunos la insultaron y se rieron y la volvieron a insultar. Algunos le tiraron fruta podrida de lejos, y le mancharon la ropa y el llanto contenido en la garganta. Y otros no hablaron pero rieron. Entre estos estaba Antonio Bianco, con su pelo gris y sus ojos celestes, mirándola con desconfianza.





EL MERCADO DE LAS RESPUESTAS

Esto va a cambiar —la escuchó decir Antonio Bianco, de pelo gris y unos ojos claros buenos que desentonaban con la escena de insultos y fruta podrida lanzada por el aire.

Antonio la miró descreído. No iba a creerle así como así. En todos esos años había confiado en muchos ahí adentro y no habían sido más que desilusiones. El que le había prometido que por su pago (el que abonaba por los metros que utilizaba) el Mercado mejoraría, estaría más limpio y seguro. El que le había dicho que ahora sí supervisarían a los empleados que tenían que limpiar y mantener el lugar y no lo hacían. El que le había dicho que ahora sí, ahora que estaba en manos de la asociación de quinteros, todo cambiaría.

Pero antes todavía, décadas antes, en el pasado de esta historia, ya había confiado y no habían cumplido. Cuando le habían dicho que todo estaría bien, que no se preocupara, cuando a su madre le diagnosticaron cáncer. En ellos había confiado, en los que le habían dicho eso, y no habían cumplido.

Cuando su madre murió, Antonio, con once años —mientras su otra hermana se quedaba en la casa y su padre trabajaba todo el día reparando televisores— decidió subirse a los ómnibus a vender caramelos con su her-

mano menor. Vivían en La Teja, en una casa de bloques, chapas y pocos muebles: camas, un ropero, una mesa, un calentador a alcohol.

Fue entonces, cuando murió su madre, que la vida le esquivó las respuestas por primera vez. ¿Cómo funcionaba eso de ser cuidado, protegido y educado? ¿Cómo funcionaba lo de preocuparse solo por cosas de niños? ¿Cómo se hacía para seguir adelante sin mamá? ¿Cómo se hacía para seguir?

Empezó a desconfiar: había algo que no le habían dicho, algo que nadie decía, sobre la vida. Por eso salió él mismo a buscarse las respuestas y se subió a un ómnibus con su hermano a vender caramelos (“Fue iniciativa nuestra. Siempre fuimos de tirarnos al agua”). Y salió también a buscarse él solo las alegrías, como la de terminar el día y hacer montoncitos de monedas con su hermano, en la vereda, para contar lo que habían vendido. O la de ir a la escuela, que tanto le gustaba, o la de jugar al fútbol en la calle y defender a su hermano menor cuando alguien lo destrataba.

Aprendió también a capear las tristezas, como cuando se sentaba con su hermano en el cordón de la vereda a ver la fiesta de cumpleaños del vecino de enfrente, a la que no estaban invitados (“No nos invitaban ni a los cumpleaños porque éramos los pobres del barrio”), y pensaba que no importaba, porque cuando fuera veterinario todo cambiaría.

Siguió buscando respuestas por años, por todos lados. Incluso en el living de un apartamento descolorido, en el que estaba sentado con su hermano y una mujer desconocida, una viuda. Había terminado ya el liceo y había hecho unos años de escuela industrial. Tenía 23 y seguía haciendo montoncitos con las monedas y billetes junto a su hermano, con las ganancias que sacaban de las ferias en las que trabajaban: una parte para cada uno, y el

resto para invertir para más adelante. Eran montoncitos que aseguraban su futuro como clavos, para que no se volara como tantas cosas se habían volado ya. Entonces se habían enterado de que una viuda vendía su puesto en el Mercado Agrícola y se fueron a verla. Ahí estaban, sentados con ella en el living, haciéndole las preguntas que tanto querían disfrazadas de otras más cotidianas: ¿Cuánto costaba el puesto? ¿Qué gastos tenía? ¿Cuánto se sacaba?

Salieron del apartamento llenos de datos, pero sin una respuesta. Indecisos. El puesto costaba todos sus ahorros y más. Pero, al mismo tiempo, era la oportunidad que tenían de poner ellos las reglas, de gritarle ¡canté primero! a la vida. Así que, cuando se bajaron del ascensor, los dos se miraron.

—¿Qué hacemos? —le preguntó su hermano.

—No tengo idea...

—¿Nos irá bien? —insistió, ansioso, el menor de los Bianco.

—¿Vos tenés una moneda en el bolsillo? —le dijo Antonio—. Dámela. ¿Cara o número?...

Salió cara. Compraron el puesto con todos sus ahorros y un montón de cuotas. Y fueron Bianco Hermanos. Acomodaron la fruta en pirámides como hacían en la feria y la pusieron lo más barato que pudieron. Era 1986 y a las personas, acostumbradas a ver la mercadería en las planchas que llegaban de las quintas, les empezaron a llamar la atención esas pirámides coloridas. “Todo el mundo nos miraba con cara rara porque éramos tres gurises, con mi hermana que había venido a darnos una mano. Y porque hacíamos cosas diferentes. Para ellos era todo raro”, recuerda hoy Antonio.

Después llegaron los malos tiempos y más promesas incumplidas. Se cerró y demolió el Anexo del Mercado sobre la calle Martín García, donde tenían el puesto. “El Anexo era de dos pisos, todo con baldosas y mármol. Era espectacular. Fue una lástima”.

Antonio y su hermano tuvieron que mudarse al otro lado, a la calle Juan José de Amézaga. Y fue como cruzar la frontera hacia otro país. “Perdimos mucha clientela —recuerda—. Mucha gente dijo que para ese lado no iba. Después nos dimos cuenta de que tenían razón. Te abrían el auto estando parado en la puerta del Mercado. Y se entraba con cosas robadas a vender acá, a los quinteros, a los *lechuzas* (los que compraban a quinteros y revendían)”. Antonio dice que también les robaban a ellos y que, cuando eso pasaba, se hablaba con algún “referente” de los ladrones y por medio de “un rescate” se recuperaba.

Pero eso no era todo, dice. Al problema de la inseguridad se sumaba el de mantenimiento: el Mercado se llovía, cada vez había más vidrios rotos, estaba más sucio... Y empezó la serie de promesas incumplidas. “Cuando nos dimos cuenta de que la Intendencia no cambiaba las chapas del techo, se rompían cosas y no lo arreglaba y un montón de cosas más, empezamos a hacer protestas y camionadas”.

Fue entonces, después de un período de protestas, que la administración pasó a la asociación de quinteros. “Pero, después de un tiempo, empezó a pasar exactamente lo mismo que pasaba con la Intendencia. El mantenimiento empezó a decaer. Nos empezamos a enterar de que la administración (que les cobraba por metraje utilizado) no pagaba el agua, no pagaba la luz”. Entre idas y venidas de una administración y otra, el

Mercado cada vez se deterioraba más, la inseguridad en la zona era cada vez mayor y la clientela menor.

El futuro de los hermanos Bianco se soltó de una punta y tuvieron que amarrarlo con estacas. Pero, esta vez, por separado. Porque su hermano se fue. La crisis de 2002 los separó también a ellos. Después de que le vaciaran la casa una noche, el hermano de Antonio se subió a un avión lleno de otros uruguayos que cruzaban el océano como si fuera el Rubicón y aterrizó en Italia. Mientras Antonio, que veía otra vez que un proyecto se le desarmaba en las manos, empezó a llevar mercadería a domicilio, a particulares, escuelas, rotiserías, restaurantes, panaderías, para salir adelante. Seguía incansablemente buscando respuestas.

Será por esto —por todo esto— que estaba entre esos hombres que miraban a Beatriz con desengaño esas mañanas de invierno de 2005. “Yo ya estaba resabiado de que la Intendencia te exigía pero no te mejoraba nada. Entonces ya, cuando dijo ‘Intendencia’, cayó mal”.

Antonio había aprendido a confiar en la desconfianza. Así que, seguro, acá también había algo que no le decían. Una respuesta acallada, guardada en un bolsillo, entre envoltorios de caramelo.

—No abandones. Esto va a cambiar —le dijo Beatriz uno de esos días, cuando se acercó a hablar con él—. Yo lo voy a hacer cambiar.

Pero él no terminaba de confiar. “Confianza, lo que se dice confianza, no le teníamos. Fue un ‘vamos a ver qué pasa, vamos a probar’. Porque si realmente funcionaba, no me lo iba a perdonar”. No había sido nunca él el que había evadido las respuestas y esa no sería la primera vez. Y así, con esa resistencia a abandonar sus preguntas, por fin todo cambió.

Hoy, a unos metros del colorido de la mercadería y mirando el cartel que cuelga “Bianco Hermanos. Frutas y Verduras”, Antonio dice: “En aquél tiempo en el que vendía caramelos en los ómnibus no sabía ni en qué iba a terminar. Éramos hasta mal mirados en el barrio. Éramos los pobres de la cuadra. Y de eso no me voy a olvidar nunca más”.

Y, aunque hay cosas que no se olvidan y respuestas que serán siempre tabulados en páginas blancas, hay también otras que llegan y hacen cambiar las preguntas.

Unos años después de esa mañana de julio de 2005, uno de esos vecinos que no lo invitaba a los cumpleaños llegó al Mercado ya renovado y, de todos los puestos, eligió el suyo para comprar. Antonio pesó la mercadería y la puso en una bolsa.

—Las vueltas que da la vida... Pensar que antes tenía que mirar desde el cordón de la vereda cómo festejabas tu cumpleaños. Y hoy me venís a comprar.

Pensó. Pero no dijo. Solo le sonrió y le entregó la bolsa.

Porque entonces supo. Supo que hay respuestas que es mejor no dar.

Mientras los insultos y tomatazos seguían, Beatriz fue a buscar a Pascual, el arquitecto que se había ofrecido a ayudarla, a la Junta Departamental, donde él estaba trabajando.

—¿Me das una mano? Eso sí, no hay plata —le dijo Beatriz.

Pascual aceptó. “Al principio vine en calidad de amigo de Beatriz —cuenta él—, para dar una mano, nada más”. Ya no era ella sola frente a todo

eso. Se empezaron a reunir todos los lunes al final del día en una sala de Intendencia que a esa hora estaba vacía. Eran ellos dos y dos funcionarios municipales. “Había una mesa en el medio que era como un pozo al que íbamos tirando todas las ideas”, recuerda Beatriz.

- Tenemos que limpiar antes que nada.
- Tenemos que contratar policías.
- Hay que resolver el tema alumbrado.
- Podríamos hacer un llamado para pintores.

Al mismo tiempo, Pascual hacía estudios para ver cómo se podía recuperar la estructura del edificio. “Lo primero y lo único que se podía hacer entonces era tener una visión técnica de cómo capear el temporal —dice el arquitecto—. Una contención para controlar que no se cayera el techo y que nadie se lastimara. A ese punto estaban las cosas”.

Las primeras directrices de obra que dio fueron hacer funcionar el montacargas para vaciar y limpiar “la cloaca” que era el subsuelo; buscar empresas de cañerías que destaparan los caños; poner portones y tapar los huecos en las paredes “grandes como puertas”, para controlar el ingreso de gente; colocar reflectores para que hubiera luz de noche.

“Pascual tenía claro lo que era un Mercado —dice Beatriz—. Y yo seguía lo que decían. Yo lo que sabía era que había que limpiar, ordenar y gestionar. Venía de trabajar en los barrios. Lo pensaba como un asentamiento que tenía que integrar porque era lo que yo sabía hacer”.

Beatriz iba buscando gente donde podía para trabajar allí: algún funcionario municipal, gente de la Cárcel de Cabildo, de una cooperativa de

limpieza y del programa Trabajo por Uruguay del Mides, a través de un convenio con la Intendencia. Llegaron a ser unos veinte, pero empezaron siendo muchos menos: unos pocos funcionarios y cuatro personas de Trabajo por Uruguay.

Por la mañana, a las siete o siete y media —media hora antes de empezar—, Beatriz y los funcionarios preparaban el desayuno de café con leche en polvo y algo de comer donado por alguna casa de comidas, y aguardaban. Esperaban a escuchar el motor de un camión y ver entrar a los dos hombres y las dos mujeres de Trabajo por Uruguay. Y luego el camión volvía a arrancar y seguía viaje con el resto de la gente del programa, hacia otros destinos, hacia otras historias como esta.

Los cuatro de Trabajo por Uruguay entraban al Mercado, a la casilla de madera que usaban como espacio común y comedor. Se saludaban todos, se sentaban en el piso y desayunaban juntos lo que los otros habían preparado. “Era como una tienda de campaña”, dice Beatriz. Desayunaban y hablaban de retazos de sus vidas. Beatriz dice que los escuchaba decir cosas como:

—Somos todos pobres, pero al país hay que sacarlo adelante.

Y dice que fue ahí, viéndolos trabajar por dos pesos y una leche en polvo e igual diciéndose esas cosas, que empezó a “enamorarse” del proyecto.

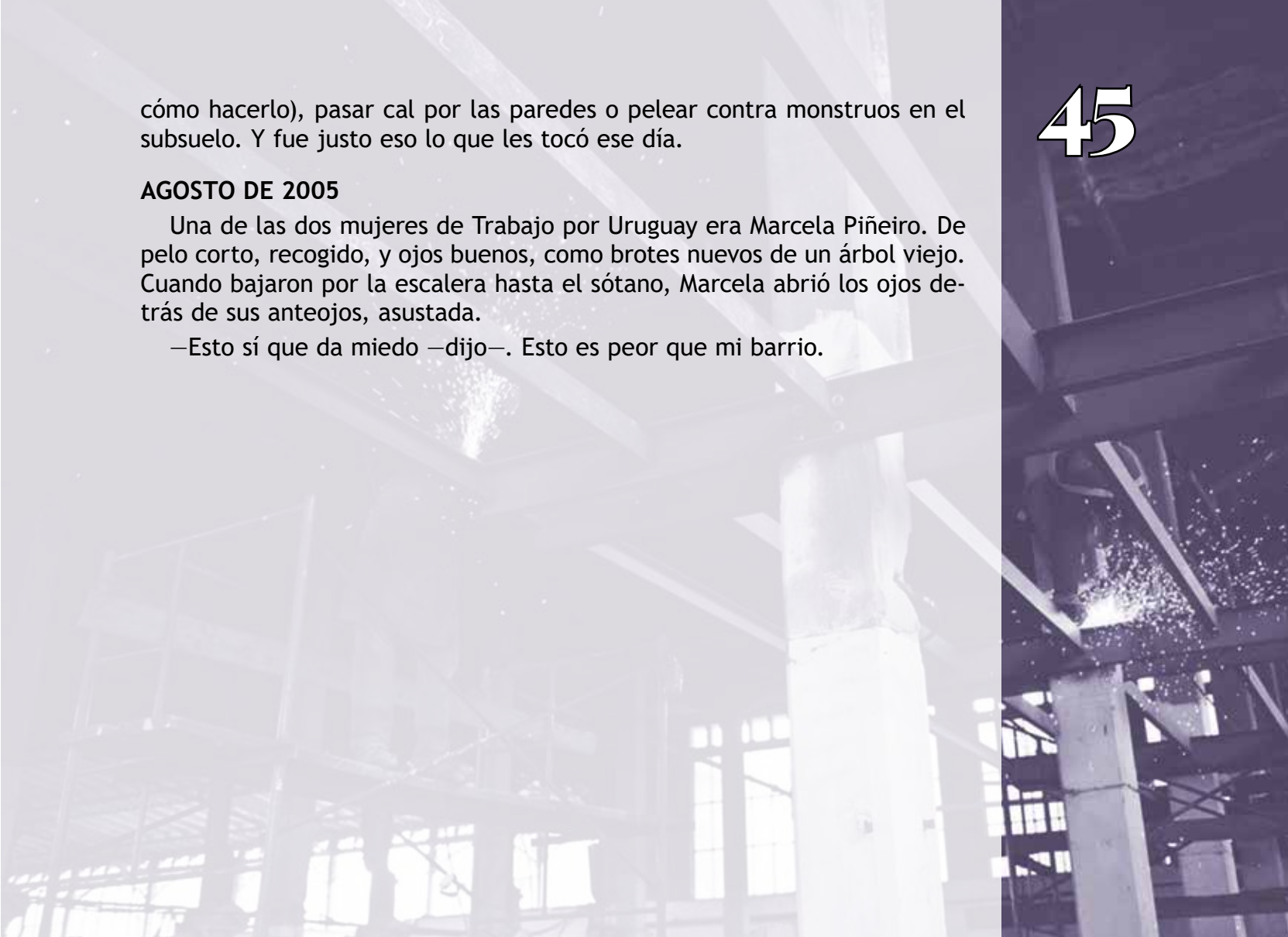
Sentados en el piso de la casilla de madera, también organizaban las tareas del día. Limpiar a fondo con desinfectante y escobas, colocar azulejos en los baños, tapar con bloques los agujeros de la fachada de Martín García (junto con gente del sindicato de la construcción, que les explicaba

cómo hacerlo), pasar cal por las paredes o pelear contra monstruos en el subsuelo. Y fue justo eso lo que les tocó ese día.

AGOSTO DE 2005

Una de las dos mujeres de Trabajo por Uruguay era Marcela Piñeiro. De pelo corto, recogido, y ojos buenos, como brotes nuevos de un árbol viejo. Cuando bajaron por la escalera hasta el sótano, Marcela abrió los ojos detrás de sus anteojos, asustada.

—Esto sí que da miedo —dijo—. Esto es peor que mi barrio.





Marcela Piñeiro (Trabajo por Uruguay), 36 años.

47

POLEN CONTRA LAS BALAS

Marcela bailaba con la malla de ballet y su cuerpo de niña chica, con formas de bebé recién estiradas. Bailaba como quería, porque nadie le había enseñado. Daba giros en el aire, con los brazos en alto y redondeados. Saltaba con las piernas abiertas y estiradas. Y, cada vez que saltaba, se despegaba de la basura, de las latas rotas, de las bolsas de leche vacías, de plásticos deformados. Se despegaba un segundo y volvía a caer ahí, a la orilla del Miguelete, a los basurales de la Cantera de Burgues. Al Marconi.

Y esos serían los mejores recuerdos de su vida. “¿El momento más feliz? Estar en la cantera. Seguro, seguro. Porque vivíamos de otra manera. Por la familia, por la manera de vida más tranquila. Éramos pobres pero no nos faltaba nada”.

Marcela pasaba el día bailando junto a la corriente queda y densa del Miguelete. Y no importaba que la malla hubiera salido de donde salía todo ahí, de lo que descartaban los demás. O de hundir las manos en las descargas que tiraban los camiones en la cantera para irse después livianos a otros barrios.

—¿Chatada o cobe? ¿Chatada o cobe? —recuerda que fueron de las primeras palabras que aprendió a decir. Las decía así, como podía, sosteniendo



un trozo de algo que había encontrado y mostrándolo a su padre, que clasificaba la basura con escardillo junto a ella.

—Eso es chatarra, mirá —le contestaba él, un hombre ya grande, retirado de la Policía, y le explicaba si cobre o chatarra, si plástico o cartón.

Mientras, su madre rescataba ropa vieja que después cosía y convertía en otras cosas. “Era muy lindo ahí. Podés decir ‘faa, la cantera’, pero era otra manera de vivir, de disfrutar la niñez. Porque ahí estábamos solo para eso: para disfrutar la niñez, para jugar”, dice hoy Marcela y uno se pregunta cuánto sol cabe en un pedazo de metal.

Marcela fue creciendo y pasó del fraseo del cobre a ayudar a su madre a limpiar la parte del puente sobre el Miguelete que usaban para lavar ropa, platos, para bañarse; o a ayudarla a barrer con la escoba de chirca. O a hacer guardia frente a las descargas para avisar a los gritos cuando caían las tiras de yogurt que tanto le gustaban. “El ser pobre no significa que uno sea mugriento. Estábamos regordos, no teníamos enfermedades, estábamos sanos”, dice. Pero luego agrega: “Estábamos todos juntos. Era otra cosa”. Y entonces uno sabe cuánto sol es el que cabe en el metal.

Después las cosas cambiaron y la felicidad se fue con los camiones de descarga vacíos, un día cualquiera. Se separaron sus padre y ella empezó a peregrinar entre la casa de unos tíos en Gruta de Lourdes y la vuelta al Marconi, con su madre. “Éramos como gitanos”. Y ya no recuerda bien cuándo y cómo estuvo dónde y con quién, todo está entreverado.

Lo que sí recuerda es una imagen. Ella de ocho años sola con su hermana de nueve en la casa de bloques que fueron construyendo con los años. Solas porque su madre se iba siempre por unos días al Chuy, a comprar la

mercadería que vendía luego en el almacén que habían armado en el frente de la casa. Y Marcela y su hermana se dividían entre atender el almacén, y cocinar y cuidar a la hermana menor, de tres años.

Y también recuerda cuando conoció al padre de sus hijas a los trece años y cuando se fue a vivir con él unos meses después, a una pieza sin baño ni saneamiento. Él tenía un carro con un caballo y clasificaba la basura. Ella trabajaba cuidando niños y en una panadería (“por cinco pesos la hora, que eran como treinta de ahora, así que hacía como doce horas por día para hacer unos pesitos”). Después, ya con dos hijas, vendieron el carro para poder pagar las cinco unidades reajustables que necesitaban para entrar en una cooperativa de viviendas. Y entonces recuerda cuando en 2000 les entregaron la casa, en Marconi. Y, luego, cuando se separó —ese mismo 2005 en el que llegó al Mercado—, quiso seguir viviendo en el barrio. “Nunca me quise ir del barrio porque la tranquilidad no se paga con nada”. Se refiere a una tranquilidad distinta, porque recuerda cómo durante muchas noches las balaceras reventaban —revientan— afuera de la casa. Pero Marcela aprendió a ignorarlas. Porque los ruidos se vuelven silencio con la insistencia, con la repetición. Incluso los de las balas. “Te acostumbrás. Todos los días escuchás balaceras. A veces, hasta metralletas”.

Dice que lo único que hay que hacer es no salir cuando se empiezan a escuchar los primeros disparos. “Porque no van a decir ‘esperá para tirar que pasa Marcela’”. Pero no siempre supo esto. Recuerda que lo aprendió un día de verano cuando volvía a su casa con sus hijas desde lo de su madre y pasó en medio de un enfrentamiento. Dice que vio que las balas se cruzaban, que quemaban viviendas al paso, y que pensó que ahí se terminaba



todo, que ahí las mataban. Se refugiaron en una casa y en ese instante fue que aprendieron a no salir cuando se corre la voz de que llegan las balas.

Pero Marcela dice que hay otra tranquilidad en el barrio que no se paga con nada. “Estoy tranquila porque nadie me toca mis cosas. Puedo dejar la casa sola, abierta. Yo dejo mi casa con el portón abierto. Estuve años sin cerradura y nunca me han robaron nada”. Y luego, solo luego, agrega: “Es lo único, que arriesgás tu vida”. El miedo a la muerte tirado entre la chatarra.

En 2005, cuando se separó, con veintiocho años y cuatro hijos, se presentó a un llamado de Trabajo por Uruguay, del Mides. Una, dos, cinco veces, hasta que la llamaron. Le tocó el Mercado Agrícola, junto a otra mujer y dos hombres.

Un camión la dejaba en la puerta del Mercado cada día. Desayunaba con el resto en una casilla de madera y se ponía a limpiar puestos, a colocar azulejos en los baños, a rellenar con bloques y revoque los agujeros en una fachada, a poner baldosas en la vereda, a limpiar capas y capas de mugre acumulada. Cuando terminaban las seis horas de trabajo (por las que dice que recibía dos mil novecientos pesos mensuales), la pasaba a recoger el camión y volvía al Marconi, a su casa.

Un día, mientras limpiaba y preparaba todo para un evento, se subió al escenario y se puso a bailar, contagiando al resto. Y todos se subieron y bailaron con ella, con escobas y lampazos. Y entonces se supo. Se supo que Marcela seguía teniendo ese algo que tenía de niña, que la hacía

ponerse una malla y bailar a orillas del Miguelete. Ese algo como de polen soplado por el viento. Y se supo que contra ese algo no pudo el Miguelete, ni las montañas de chatarra, ni el ruido de todas las balas juntas.

Marcela y sus compañeros de Trabajo por Uruguay se quedaron mirando ese sótano. Había nidos de ratas por donde pisaran; las medias blancas quedaban negras de pulgas en segundos; basura, olor, fierros herrumbrosos, cucarachas, cables colgando como la tristeza.

Eso sí daba miedo, pensó Marcela, y había que enfrentarlo. Llamaron refuerzos para desratizar y fumigar, y se hundieron hasta la cintura en el olor, hasta limpiarlo de fierros, de mugre. Hasta que lograron conquistarlo como una cima, como las ganas.

—¿Por qué se matan si no les van a pagar más? —les preguntaban los otros de Trabajo por Uruguay que iban en el camión, cuando los pasaban a recoger al final de la jornada.

—Porque nos gusta y es lindo terminar el trabajo —les contestaba Marcela.

Pero en realidad no era por eso. El verdadero motivo Marcela lo callaba. Pero ahora lo dice. Ahora sí explica por qué hizo más trabajo del que aguantaba su cuerpo. “¿Que por qué? Porque conocía otro lugar, gente distinta a la de mi barrio. Y nunca me discriminaron”.

Fue por cosas como esa que Beatriz se fue “enamorando” del proyecto. Y un día de 2005 dejó de renunciar y se quedó.



MEDIADOS DE 2006

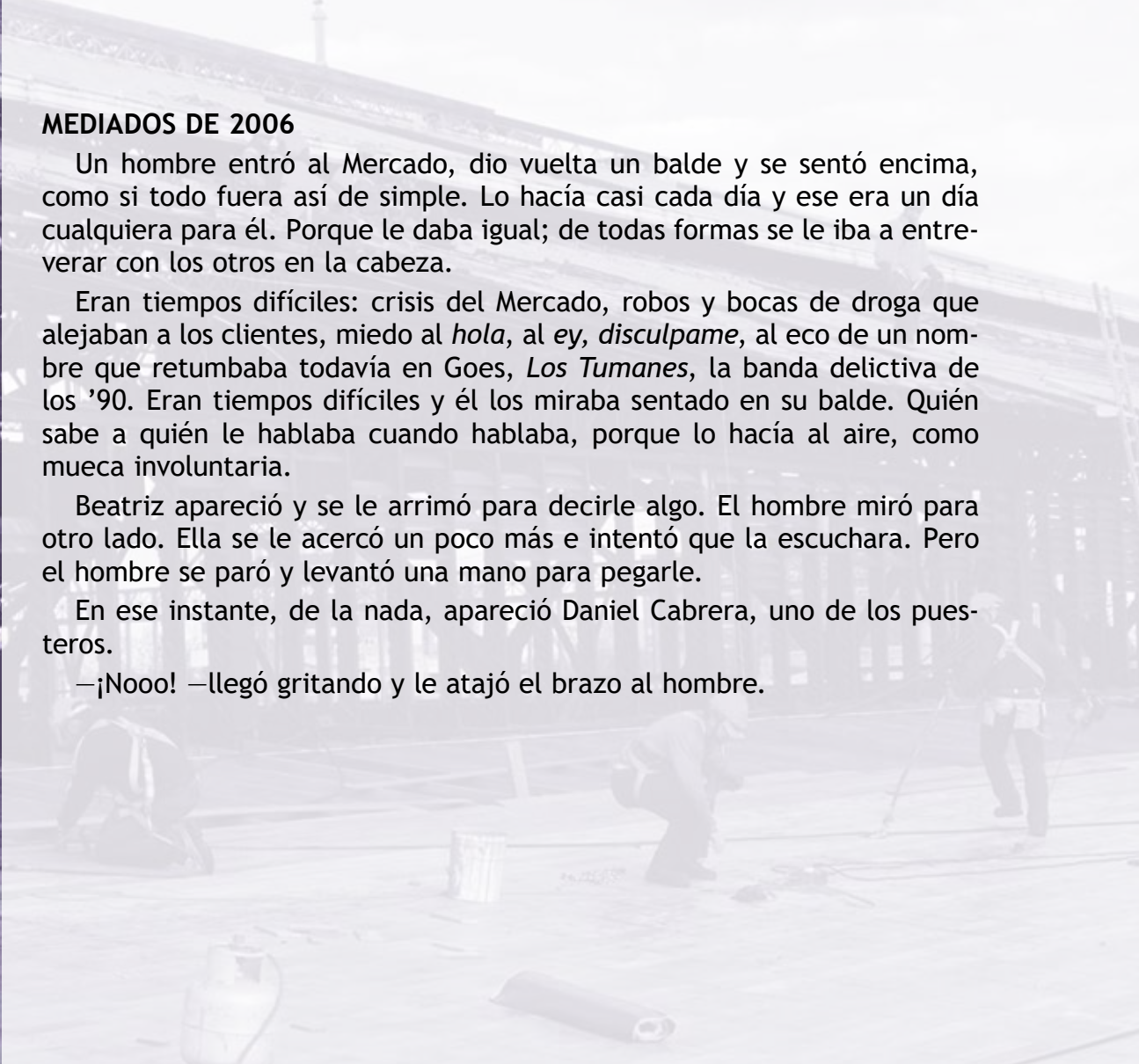
Un hombre entró al Mercado, dio vuelta un balde y se sentó encima, como si todo fuera así de simple. Lo hacía casi cada día y ese era un día cualquiera para él. Porque le daba igual; de todas formas se le iba a entretener con los otros en la cabeza.

Eran tiempos difíciles: crisis del Mercado, robos y bocas de droga que alejaban a los clientes, miedo al *hola*, al *ey*, *disculpame*, al eco de un nombre que retumbaba todavía en Goes, *Los Tumanes*, la banda delictiva de los '90. Eran tiempos difíciles y él los miraba sentado en su balde. Quién sabe a quién le hablaba cuando hablaba, porque lo hacía al aire, como mueca involuntaria.

Beatriz apareció y se le arrimó para decirle algo. El hombre miró para otro lado. Ella se le acercó un poco más e intentó que la escuchara. Pero el hombre se paró y levantó una mano para pegarle.

En ese instante, de la nada, apareció Daniel Cabrera, uno de los puesteros.

—¡Nooo! —llegó gritando y le atajó el brazo al hombre.







Daniel Cabrera (La Quesería), 43 años.

55

LOS QUE SE QUEDARON

Daniel Cabrera miraba la escena desde su puesto de quesos. El balde, el hombre sentado, Beatriz acercándose, intentando decirle algo.

Daniel sabía quién era Beatriz porque unos días antes se la habían presentado como la nueva delegada de la Intendencia en el Mercado. Pero había sido un *mucho gusto*, dos nombres intercambiados y nada más. Ahora, en cambio, la veía ahí, mientras ese hombre le gritaba en la cara y levantaba una mano para pegarle. Y Daniel ni lo pensó.

—¡Nooo! —fue corriendo a defenderla.

Separó a Beatriz y miró al hombre a los ojos. El hombre calló y retrocedió. Conocía a Daniel. No sabía muchas cosas, pero esa la sabía. Todos ahí la sabían. Porque todos conocían a Daniel y muchos incluso desde la panza de su madre.

Los padres de Daniel habían llegado a trabajar en el Mercado en los años '60. Su padre, de Tala, Canelones, su madre, de San José. Se habían mudado a una casa a cuadras de ahí y habían instalado un puesto avícola que después, cuando se prohibió faenar en el Mercado, fue de venta de quesos.

Daniel, que nació en 1970, creció con los olores del Mercado. El olor a capuchino y mandiocas del Bar de Alonso, antes de irse a la escuela. El

del verde recién nacido y el del vientre de la tierra pegado todavía a las verduras. Creció con el ruido de los cajones pesados contra el piso, de los carros y camiones, de voces entremezcladas con un tango que subía desde un pasacasete en el suelo.

Daniel creció con el sueño de manejar un ómnibus. Y con el de tener un carro chivitero. Creció con Chichita, la perra negra que era como su hermana. Y con su padre en el sillón leyendo el diario, de tardecita, cuando volvía del Mercado y él llegaba de la escuela. Creció con Toqui, el changador que parecía Cantinflas. Y con Mendieta, otro changador, que murió siete veces.

Alguien decía:

—Pah, murió Mendieta.

Y esa frase se replicaba en todo el Mercado. Murió Mendieta. Murió Mendieta. Murió Mendieta. Y juntaban plata para la corona. Hasta que Mendieta entraba caminando. “Juntaron siete veces plata. Y, siempre, al rato estaba acá adentro como si nada”, dice hoy Daniel, y ríe todavía.

Daniel creció correteando por recovecos y rincones del Mercado. Y escondiéndose acurrucado en el sótano, con una manzana o una mandarina oculta bajo el buzo de lana. Una fruta que después sacaba y mordía, entre risas cómplices con sus amigos.

Daniel creció. Y un día despertó y estaba solo. Los sonidos se habían silenciado. Después de veinte años, estaba solo. Hacía un mes, había visto por última vez a su padre leer el diario (un infarto en la noche). Y ahora, recién, había enterrado a su madre; cáncer. Se levantó y caminó por la casa silenciosa, como por un laberinto reseco, abandonado. Lloró. Por

el resto del día y todo el día siguiente. Y el sonido rebotó en las paredes huecas de la casa.

Al tercer día, se levantó sin lágrimas y bajó por José L. Terra siete cuerdas, hasta el Mercado. Tenía que encargarse del puesto de sus padres, aunque no supiera cómo. Aunque no supiera, por ejemplo, cómo tironear de las ganas cuando se escondían entre cajones. O qué quesos comprar, cuántos, qué días, a quiénes.

Los proveedores lo ayudaron y le explicaron todo. Y él, que hasta entonces había trabajado en otras cosas (“Mi viejo quería que supiera lo que era el sacrificio; estar abajo de una pata, de un patrón”), sacó adelante La Quesería y mantuvo los clientes.

Después, llegaron los tiempos de Los Tumanes, de los robos, de las bocas de droga y la pasta base, del barrio que se iba vaciando como un tablero al final de una partida. El Mercado se iba deteriorando cada vez más, sin que nadie hiciera nada. Los techos se llovían. Los olores cambiaban.

Hoy, sentado en un café de este Mercado que fue su casa, su túnica naranja contrasta con el gesto al recordar todo aquello, con sus ojos casi verdes. Quiere decir, quiere contar. Contar a los que estuvieron y ya no se sabe dónde están.

“Los Tumanes. Yo hice la escuela y el liceo con algunos de ellos. Madres con seis, siete gurises. Gurises sin educación, comiendo salteado. Gurises que nacen peleados con la vida. El piso lo generás en tu casa. Acá había mucha gente con padres alcohólicos, sin un ejemplo de vida. ¿Entendés?... Se empezaron a juntar. Se empezaron a armar”.

Hace una pausa y sigue, antes de que se le vayan las ganas de contar.

“¿Cómo explicarte? Locos que arrancaron para eso, para el robo. Empezaron a fumar un porro, a perder la cabeza. Robás una cartera y no pasa nada. Y después no podés parar más. Yo conozco gurises buenos que se fueron a la mierda en seis meses. Había gurises que laboraban acá adentro, que ganaban trescientos pesos. Les comían la cabeza. Les decían: ‘Bo, ¿por qué no te comprás una motito? Yo te doy la plata’. Y los iban llevando, les iban haciendo la cabeza. ‘Llevame este paquete para allá’... Había gurises buenos que perdieron todo. Gurises laboradores. Pero yo te ofrezco trescientos, el otro te ofrece mil...”

Y no dice más. Porque no hace falta. Y porque su cabeza se va. Se instala en una mañana de hace diez años en la que paró a la madre de otros muchachos que robaban en el Mercado y, cansado, le pidió:

—¡Hacé algo con tus hijos!

—¿Sabés por qué hago esto? —le contestó ella—. Los tiro para acá adentro para que coman. Porque sé que acá adentro los gurises comen.

Daniel no dijo más.

Y a mí, esto que cuenta Daniel, así como lo cuenta, me recuerda una canción que cantaba el italiano Fabrizio de André:

*y si esto quiere decir robar
este hilo de pan entre miseria y desventura...*

Quizás era todo eso, toda esa época empolvada que recuerda ahora Daniel, lo que miraba el hombre con el balde aquella mañana de mediados de

2006. Quizás a eso le hablaba sentado ahí. Esa mañana en la que Daniel lo detuvo con un ¡Nooo! y lo separó de Beatriz.

—Andate —le dijo Daniel entonces. No le gritó. Solo se lo dijo. Y el hombre se agachó, recogió su balde, lo puso bajo el brazo, y se fue.

Se fue.

Por ahí.

Al lugar al que se van los que ya no vuelven. Los que perdimos de vista. Al lugar en el que están, seguramente, los hijos de aquella mujer que Daniel increpó en el Mercado.

Ya no sabe de sus vidas. Ellos, no se quedaron.

quién va a contar

sigue la canción

quién será.

Serán los que se quedan

Yo seguiré este migrar

seguiré

esta corriente de alas.

Daniel Cabrera defendió a Beatriz de ese hombre con la mano en alto y fue una señal de que algo estaba cambiando. Porque Daniel y los otros en el Mercado empezaron a tejer de a poco una confianza, desapareja y desflecada pero confianza al fin. Para él —como para otros ahí— no había sido

fácil, porque había vivido varias decepciones. Así que primero quiso verla hacer, como los otros. Y cuando la vieron de botas baldeando, limpiando las paredes, barriendo, se fueron arrimando. “Acá nadie le creía pero con hechos se ganó la confianza”, recuerda Daniel, que hoy la llama “mamá”, la mamá del Mercado.

—Tenga cuidado —empezaron a decirle cuando se iba de noche, y empezaron a acompañarla a la parada del ómnibus.

Por ese entonces fue que Beatriz empezó a buscar acercar el barrio al Mercado. Dice que iba por las casas, se presentaba, explicaba lo que estaban intentando hacer. A veces la atendían, otras veces la escuchaban desde detrás de una reja o de una puerta. También empezó a participar en las reuniones que hacían los vecinos, en las comisiones temáticas que se organizaban. “Entendí que tenía que hacer lo que había hecho antes en los trabajos en los barrios, en La Teja —dice—. Tenía que conocer el territorio palmo a palmo. No me podía quedar ni una piedra”.

También empezaron a organizar ferias especiales con los productos del mercado, otros artesanales y hasta algún espectáculo de tango.

SETIEMBRE DE 2006

Al mismo tiempo que limpiaban y tapaban agujeros, Beatriz había empezado a negociar con la asociación de quinteros, a estudiar normativas, a hacer trámites y consultas con abogados para intentar que el Mercado volviera a la órbita de la Intendencia. Después de más de un año de consultas y negociaciones, la Intendencia llegó a un acuerdo con la asociación de quinteros y el Mercado Agrícola volvió a la órbita municipal el 28 de

setiembre de 2006. Y Beatriz, que hasta ese momento iba y venía con una mochila que era su escritorio ambulante, instaló la Dirección y Administración en una oficina provisoria sobre la calle José L. Terra.

Dice que en una semana, con funcionarios de Inspección General y la gente de Trabajo por Uruguay, organizaron los puestos y los marcaron, los limpiaron, hicieron un inventario, un censo de todos los que tenían permiso para trabajar allí, y los pusieron a todos en regla. Y que también escribió un reglamento. Cosas como no gritar, no faltar el respeto a las mujeres, no andar sin camisa, un horario de entrada y uno de salida, la obligación de mantener limpio el propio espacio. Y se encargó de que se cumpliera. “Podía hacerlo cumplir —explica—, porque los permisarios (los puesteros) tenían un permiso revocable y, si no cumplían, les podían sacar el puesto”.

FINES DE 2006

El Mercado ya tenía orden y un aroma que no era ese olor áspero y ácido. Sobre finales de 2006, organizaron una gran feria y los clientes habituales empezaron a verlo de otra manera. Como Alicia Stabile, que llegó una mañana como tantas otras a hacer la compra del día y lo miró asombrada.



Alicia Stabile (Tía Alicia), 48 años.

63

LA TÍA DEL MERCADO

Una mujer entró al Mercado a toda velocidad. Los ojos verdes se movían para todos lados, avispados, rápidos. Las canas se le camuflaban en la melena negra. Fue hasta el puesto de siempre y compró lo necesario para las tartas que hacía y vendía a domicilio. Mientras la atendían, miró alrededor con ese, su verde. El Mercado finalmente estaba limpio, ordenado, con una feria colorida y —finalmente, finalmente— con aroma a frutas y verduras.

“Pah, esto se viene —pensó—. Se viene. Esto, en diez años, es un shopping”. Y luego se iba a ir (había dejado un cordero en el horno) pero se detuvo un momento, un momento que fue luz, y se dijo: “Yo tengo que estar ahora, porque cuando estén las grandes cadenas y multinacionales de comida rápida no voy a poder estar”.

Y entonces tomó una decisión, rápida, desenfadada, como siempre en su vida. Como esos ojos. Le preguntó al hombre del puesto qué tenía que hacer para sumarse y él le señaló la oficina de la Dirección:

—Habla con Beatriz.

Ella caminó hasta ahí con paso acelerado y entró sin golpear, de un sopetón.

—Necesito un lugar en el Mercado —le dijo, sin más. El cordero se quemaba. Tenía que resolver el asunto, empaquetar las compras y salir corriendo. Beatriz levantó la cabeza y la miró.

—Pero pará. ¿Qué te pasa? —le contestó; no entendía nada. No tenía idea quién era esa mujer, nunca la había visto. Nunca se habían visto. Pero, sin saberlo, eran dos batalladoras que se encontraban—. ¿Cómo vas a entrar acá así y me vas a decir así que necesitás un lugar?

—Estoy apurada. Dejé el cordero en el horno.

—Bueno, bueno, pero pará. Dejame ver. Porque acá no queremos proyectos familiares, queremos cooperativas —le contestó Beatriz.

—Soy Alicia. Alicia Stabile —se presentó, y le contó toda su historia. En dos minutos. Porque dos minutos era el tiempo que le daba el cordero antes de dejarse chamuscar.

Le contó la historia que empezó en el Buceo, hace cuarenta y ocho años, y que ella siente que corrió en paralelo con la historia del país. Porque Alicia fue feliz hasta 1973, cuando la alegría se fue hasta el '84. En 1973 murió su madre y, dos años después, su padre. Fue entonces que ella, de diez años, tuvo que irse a vivir con una tía que le dio una educación severa. Y de ahí salió una niña apocada e insegura que luego fue mujer y que se casó en 1984. Un casamiento que le permitió volver a la vida que había dejado como una estela once años atrás. Los ojos ya no fueron tan tristes, tan ceniza. Volvió la alegría, pero una alegría tapizada de esfuerzo y de trabajo.

Gabriel, su marido, arreglaba máquinas de coser en fábricas de ropa, y ella trabajaba en el mostrador y la cocina de panaderías y rotiserías diez

horas por día. “Veía que mis amigas podían estudiar carreras y yo no —dice hoy—. Veía que la vida pasaba y yo seguía trabajando”. Entonces tomó una decisión: ella también lo haría, también saldría adelante. ¿Por qué no? ¿Quién era ese ser invisible que pretendía mostrar las cartas de su pasado para atestiguar contra su futuro? Fuera quien fuera, ella lo combatiría, con las armas que tenía y con las que podía: iba a aprender de su vida cotidiana, iba a absorber de su mundo todo lo que pudiera. Tomaría impulso en su vida de todos los días para lanzarse hacia adelante.

Lo hizo. Aprendió de los cocineros y bizcocheros con los que trabajaba, de revistas de repostería que compraba usadas en la Feria de Tristán Narvaja, aprendió de libros que conseguía —prestados, comprados en ofertas— sobre la autoestima, sobre la superación, sobre cómo placar la ansiedad.

También ahorró. Ahorró y se pagó un curso en Academias Pitman y luego otro en el Claeh, en el que tenía materias de Recursos Humanos, Gestión, Marketing, Finanzas. Y fue ahí, durante ese curso, en 1993, con veintiocho años y dos hijos, que algo cambió adentro suyo. “Yo no creía en mí hasta que hice el curso en el Claeh. Ahí fue que me desperté y me di cuenta de que podía hacer cosas”. Enterró a la niña huérfana soplada por la vida, y dejó salir a la artífice que es hoy. Se proyectó, como el foco de un faro, y empezó a construir su futuro en su presente.

Lo primero fue comprar masitas en la panadería en la que trabajaba, acomodarlas elegantemente en bandejas, y venderlas por la ciudad. Lo hizo hasta que el mercado se saturó, dos años después. Pero los clientes ya la habían conocido, ya habían visto cómo su voluntad sacudía el aire, y entonces quisieron más. Con lo que había aprendido de compañeros y de

revistas de Tristán Narvaja, se puso a cocinar y les vendió tartas, pascualinas, tortas dulces, comidas para dieta, para guardar en el *freezer*, para fiestas, para todos los días. “Y, sin querer, me empezaron a encargar hasta *caterings* para cincuenta personas. Sin querer, porque nunca pensé que trabajaría tanto así”.

Pero llegó la crisis de 2002. Vivían en Goes entonces, a diez cuadras del Mercado Agrícola, y habían tenido a su tercer hijo hacía poco. Las fábricas con las que trabajaba Gabriel empezaron a cerrar o a reducirse y así también su trabajo. Y el de Alicia. Pero ella no iba a rendirse ahora que había aprendido quién era.

—Yo hago bizcochos, los pongo lindos en canastos con sobrecitos de té y azúcar, y vos los llevás a las seis de la mañana a las fábricas en las que trabajás y los vendés para el desayuno —le dijo a su marido.

—Está bien —le contestó Gabriel, que siempre la apoyaba.

Los clientes empezaron a pedir también almuerzos y uno la recomendó a otro y así hasta llegar a una peluquería de Pocitos, y de esa a muchas otras del barrio. “No solo me encargaban las empleadas, las clientas de las peluquerías también. Las que estaban cinco horas haciéndose claritos, por ejemplo. Había clientas judías y empezaron a encargarme también para Bar Mitzvá, Janucá...”

Ya no podía detenerse, así que revisó los cajones de revistas de Tristán Narvaja y consiguió unas en las que se enseñaba a hacer artesanías en azúcar. Durante las noches y los fines de semana, practicó y empezó a hacer Kipá y Talit para adornar tortas. “No puedo parar —dice—. Nunca dije basta. Yo me crié sin padres. Debe ser eso: siempre tuve que salir adelante sola”.

En 2005, vio un aviso en el diario pidiendo docentes de cocina para el Centro de Panaderos. Era excluyente tener sexto año de liceo aprobado, pero ella lo leyó y le dijo a su marido:

—Yo voy a ir igual. Habré hecho hasta tercero de liceo, pero sé cocinar más que cualquiera —ya no era la niña apocada.

Fue hasta lo de una vecina que tenía computadora, le pidió que le hiciera el currículum y se lo imprimiera, y se fue con él al Centro de Panaderos. Decidieron hacerle una prueba y, a los pocos días, empezó. Armó un manual y recetario a lapicera, y lo llevó al Centro de Panaderos para que lo pasaran en la computadora y se lo imprimieran. Y allá se fue a transmitir lo que sabía. “Me tuve que enfrentar a un grupo de veintiún alumnos y la evaluación final que hicieron de mi trabajo fue ‘excelente’. Para mí fue una graduación”.

Y llegó el 2006, entre cocina para almuerzos, fiestas y artesanías en azúcar. Y entre compras en el Mercado para preparar esos pedidos. Y fue esa Alicia, la del aprendizaje robado a los minutos de descanso y a las revistas que nadie quería, la que entró esa mañana en la oficina de la Dirección.

—Esto en diez años va a ser un *boom* —le dijo Alicia a Beatriz, después de contarle su historia—, y yo quiero estar ahora, porque cuando estén las grandes cadenas y multinacionales de comida rápida no voy a poder estar.

—Acá no queremos multinacionales —la cortó, seca, Beatriz—. Y no me digas que va a demorar diez años porque va a demorar menos.

—Bueno, no sé... No me puedo quedar más. Se me quema el cordero.

Beatriz le pidió que plasmara todo por escrito y Alicia armó un proyecto con su hijo, que había estudiado Organización y Promoción del Turismo en

UTU. En tres días estaba pronto y una amiga de ella se lo pasó a la computadora y lo imprimió. Alicia se lo llevó a Beatriz.

—Te traje el proyecto.

—Yo te pedí una propuesta.

—Yo hice un proyecto.

—Yo te pedí una propuesta —silencio—. Pero igual dejámelo.

“Yo estaba empezando a enojarme —recuerda hoy—. Así como soy emprendedora, soy muy impulsiva. Ahora estoy mejor porque lo estoy trabajando: leo libritos, hago yoga...” Empezó a ir su marido a hablar con Beatriz, porque “es más diplomático y tranquilo”. Hasta que, en enero de 2007, les dieron el lugar y, en febrero, abrieron su propio negocio de comida y repostería (hechas con productos del Mercado). “Tuvimos discrepancias con Beatriz, pero en la vida fue de las pocas personas que confió en mí, y para mí eso fue muy importante”.

Cuando recién llegó al Mercado, ese era un mundo predominantemente masculino y un ambiente complicado. Pensó en los cursos de marketing que había tenido y pensó un nombre que inspirara simpatía pero, al mismo tiempo, respeto. Entonces se acordó de sus sobrinos y de cómo siempre pedían “la comida de la tía”. Le puso Tía Alicia y hoy la llaman “la tía del Mercado”.

“Yo ya llegué. Yo siempre quise ser una profesional en algo y ahora lo soy, y me siento plena”, dice hoy.

Y entonces se acuerda de la letra de la murga del Mercado (que su marido integró). “Dice así: ‘Venimos a tu encuentro’...”, pero se interrumpe

porque la voz le retrocede en la garganta. “Es que el Mercado para nosotros es una cuestión de sentimiento. No es solo un comercio, un negocio. Nos sentimos parte de esto”. Se emociona. Pero no quiere emocionarse. No quiere sentir la debilidad que sintió de niña. Así que se seca las lágrimas y dice que le pregunte a otro la letra. Y se va. Se pierde detrás del mostrador de su propio negocio. La esperan diez horas de trabajo. Pero también un futuro que ya no se le escapa. No más.

Venimos a tu encuentro

A proponerte un viaje singular

Un viaje por el tiempo

De un barrio y su mercado la historia escucharás.

Siente por un momento

El ritmo que marcó aquel Uruguay

Un ritmo diferente

Hermoso, colorido, extraño y sensorial.

Venimos cargando

Con cajones bien repletos de historias y cuentos

De noticias y chimentos.

A silhouette of a construction worker in a hard hat, sitting on a horizontal steel beam and pointing upwards. The background is a complex network of steel beams and girders, typical of a large-scale construction project. The number '70' is prominently displayed in a large, white, outlined font in the upper left corner.

70

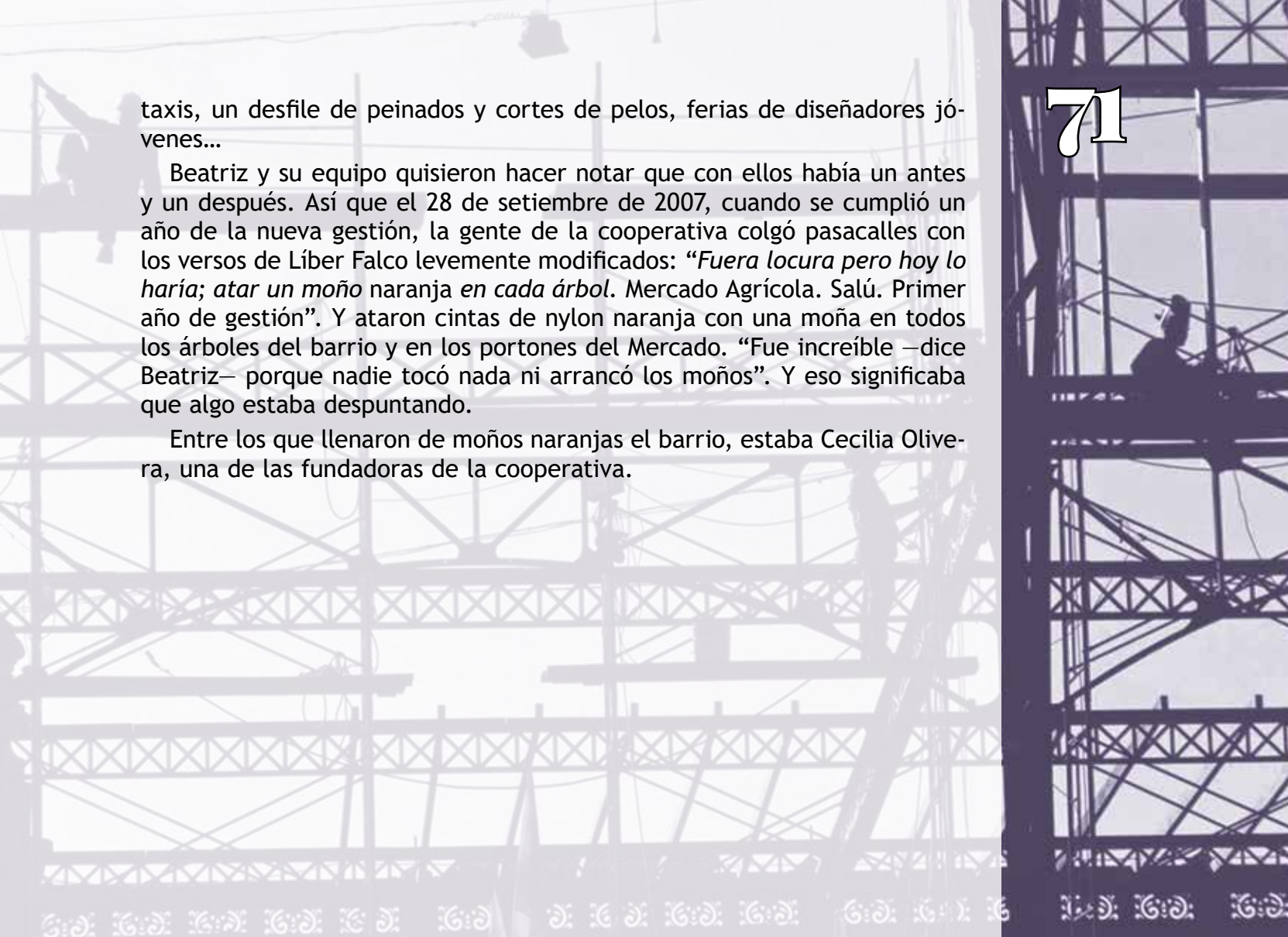
*Traemos prendida
La sonrisa entre los labios
Retumba el mercado
Manden Fruta está llegando¹*

MEDIADOS DE 2007

Una de las novedades de la nueva gestión municipal del Mercado fue que se creó una cooperativa de limpieza a la que sus miembros llamaron Animate. Pero la limpieza era solo una de las tareas, porque había otras. Había, por ejemplo, que integrar a la gente del Mercado, por un lado, y seguir integrando al barrio, por otro. Hacerlo volver después del miedo, después de la desconfianza. El barrio tenía que regresar. Así que ellos, con Beatriz a la cabeza, se encargaron de organizar todo tipo de eventos: desde partidos de fútbol con los puesteros hasta proyección de películas; desde obras de teatro hasta avalanchas tangueras; desde ferias hasta una fiesta de la nostalgia al calor de los braseros; desde visitas guiadas de escuelas hasta muestras fotográficas. “Había momentos que sentía como si el edificio hubiera tomado vida”, recuerda Beatriz.

También, a veces, el Mercado se prestaba gratis para eventos, como forma de atraer gente de afuera. Así se hizo la fiesta de una empresa de

¹ Comienzo de la presentación de la murga Manden Fruta. La letra surgió de ideas de todos los miembros de la murga que Leandro “Patita” Taramasco, el letrista, hizo confluír, pulió y armó. La murga fue dirigida por Edú “Pitufo” Lombardo.



taxis, un desfile de peinados y cortes de pelos, ferias de diseñadores jóvenes...

Beatriz y su equipo quisieron hacer notar que con ellos había un antes y un después. Así que el 28 de setiembre de 2007, cuando se cumplió un año de la nueva gestión, la gente de la cooperativa colgó pasacalles con los versos de Líber Falco levemente modificados: “*Fuera locura pero hoy lo haría; atar un moño naranja en cada árbol.* Mercado Agrícola. Salú. Primer año de gestión”. Y ataron cintas de nylon naranja con una moña en todos los árboles del barrio y en los portones del Mercado. “Fue increíble –dice Beatriz– porque nadie tocó nada ni arrancó los moños”. Y eso significaba que algo estaba despuntando.

Entre los que llenaron de moños naranjas el barrio, estaba Cecilia Oliveira, una de las fundadoras de la cooperativa.



Cecilia Olivera (Cooperativa Animate), 35 años.

73

ENTRE COMETAS

Lo primero que sintió Cecilia al entrar fue el olor a desinfectante. Un olor fuerte, penetrante, pero con notas dulces, como a durazno. Lo segundo fue la luz del sol esfumado de invierno que entraba por las aberturas sin vidrios y las puertas sin puertas y los agujeros de las maderas del techo, viejas y rotas. Después, recién después, pero más fuerte que todo lo demás, fue el silencio. Un lugar que en la madrugada y la mañana estaba lleno de voces, de trajinar de puesteros, quinteros, changadores, de cargas que caían y camiones que entraban y salían, de tarde se quedaba en silencio, como esperando. Solo había un eco, y ese eco era el sonido del agua tirada contra el piso, de los lampazos desparramándola, de las escobas que restregaban.

Eran las tres y media de la tarde de un día de junio y solo quedaban en el Mercado unas seis personas limpiando, más dos o tres empleados de Dirección y Administración. “Tenía un brillo, algo. Una energía”, recuerda Cecilia. Y entonces ya no tuvo miedo. Porque antes de llegar y durante el recorrido desde la Intendencia hasta José L. Terra, donde tendría la reunión con Beatriz Silva, Cecilia había temido. Era becaria de la Dirección de Promoción Económica de la Intendencia pero tenía poco trabajo y había pedido más, así que la habían mandado al Mercado.

—Pero eso está en ruinas —había dicho cuando se lo propusieron, porque no tenía idea ni dónde quedaba, pero sí sabía lo que se decía de él.

—No, la Dirección está haciendo limpieza y funcionando ahí adentro —le habían contestado. Ya habían pasado la cuadrilla de Trabajo por Uruguay, la gente de la cárcel de Cabildo, la de la cooperativa de limpieza y los funcionarios municipales. Ya habían limpiado el subsuelo de ratas, pulgas y mugre, tapado los agujeros de la fachada de Martín García, puesto azulejos en los baños, y ahora seguían limpiando los pisos o la superficie pastosa que quedaba sobre ellos.

A pesar de lo que le dijeron en la Intendencia, Cecilia no se había convencido, pero se subió al auto y partió hacia allá. Se iba haciendo mil preguntas en el camino. No sabía con qué se encontraría. Tampoco sabía, al entrar y mirar el techo hecho pedazos, que ese lugar le cambiaría en algo la vida. Ese edificio que ahora la llevaban a recorrer para que conociera.

En la esquina de Juan José de Amézaga y Ramón del Valle Inclán, donde estaban limpiando con lampazos, había dos casillas de madera que se usaban como comedor y oficinas de Administración y Dirección. Después, a los costados de las calles centrales, estaban los puestos —cerrados a esa hora.

En la esquina de Martín García y José L. Terra, estaban los baños y duchas con azulejos nuevos. En la de Martín García y Ramón del Valle Inclán, los puestos minoristas, un quiosco, una parrillada, un puesto de comidas llamado Tía Alicia, otro de compra y venta de ropa usada y, un poco más allá, un subsuelo viejo que había sido limpiado y en el que tejía un grupo de mujeres. Cecilia recorrió todo sin saber que era justo ahí que su futuro y ella se reencontrarían.

Terminó el recorrido y se reunió con Beatriz, que le dijo que el trabajo era mucho y que eran solo unas veinte personas para todo, entre algunos funcionarios municipales y unas personas de Trabajo por Uruguay que ya estaban por terminar su período. Que eran pocos para todo lo que había que hacer: limpieza de oficinas y baños, mantenimiento general, limpieza a fondo de un sector por semana, pintura con cal de las fachadas, traslado de adoquines...

—... Y todo esto es para ayer —le dijo Beatriz—. Y no quiero enfrentamientos con los permisarios —y agregó que pondría a un varón en cada cuadrilla para protegerlas.

Cecilia no se asustó y, por el contrario, se entusiasmó con el desafío. Tanto es así, que cuando terminó su beca formó una cooperativa con otros de los que ahí trabajaban para continuar en el Mercado (cooperativa a la que se fueron sumando otros, como su prima Flavia, que hoy la preside; y llegaron a ser más de treinta). Tanto es así, que a la cooperativa la llamaron Animate. “Beatriz sabe contagiarle el entusiasmo a la gente. Aparte, bajo presión sacan lo mejor de mí”, dice.

Cecilia se sumó a los otros y, con ellos, fue pintando de olor penetrante a durazno todo el Mercado, dejando afuera los restos del olor a orín y a mugre. Y eran tantos y tantos los olores y secretos que habían sido desparrramados por el piso, que recién después de cuatro meses de cepillado con escobas y lampazos, cuando pudieron pasar una hidrolimpiadora, recién entonces pudieron descubrir, como arqueólogos, las decoraciones del suelo: unas piedras cuadradas y blancas que se parecían a la esperanza.

Pero además de esas tareas tenían las otras: integrar el barrio al Mercado, organizar eventos, atender las visitas guiadas, organizar las ferias, las muestras... Y siempre eran esos veinte que lo hacían todo. “Cuando digo que hacíamos todas las tareas es porque hacíamos todas, todas”. Era un trabajo de hormiga, silencioso, que nadie fuera de Goes escuchaba y conocía.

Lo primero fue aprenderse un folleto con toda la historia del Mercado, para que cada vez que alguien llamara a preguntar por el precio del boniato o de la papa, ellos pudieran contarles sobre el edificio, cuándo fue fundado, por dónde pasaba el tranvía... Después, llamar ellos mismos a vecinos para invitarlos a eventos y dejar en las cooperativas y organizaciones barriales la información para que ellos la difundieran entre sus socios. También contrataban un auto con altavoces anunciando la actividad y llenaban los árboles de la zona de afiches que ellos mismos hacían.

Cuando llegaba el día, limpiaban la carpa de Dirección y Administración donde se hacían buena parte de los eventos, hacían manteles y adornos para las mesas, recibían a la gente, les ofrecían café, controlaban que no hubiera ningún problema entre los asistentes. Y soportaban. Soportaban hacer todo eso para que sobraran mesas, sillas y ganas. Para que no fueran más de veinte o treinta personas del barrio y ellos tuvieran que dejar el trabajo para hacer de público y que no se notara tanto la baja asistencia. Una, dos, diez veces. Hasta que de a poco, cada vez fueran llegando más, hasta llenar la carpa de risas y de dos por cuatro.

Fueron todas esas tareas las que, sin quererlo, fueron acercando a Cecilia a su futuro otra vez. Porque se parecían a sus sueños de niña, los que

soñaba en su casa de Colonia Nicolich y en los bancos de su escuela de Paso Carrasco; sueños con olor a la madera vivida de los bancos. Se sentaba con sus rulos marrones y su piel morena, y ahí, sobre nombres y corazones tallados con lapicera y la punta de un compás, soñaba con ser secretaria. Otras veces, el sueño se le transformaba en el cuerpo y salía distinto, y era el sueño de ser química farmacéutica. Sabía que podía lograrlo. Después de todo, era de las mejores alumnas de la escuela y abanderada de la de Artigas.

“Daba frutos el mandar a estudiar”, dice hoy, con las cejas levantas y la boca estirada, con el mismo gesto resignado de un niño que quiere contar algo maravilloso pero lo mandan a lavarse las manos. Tal vez porque fue algo así lo que le pasó. Porque a Cecilia el futuro le dio una pirueta en el aire y se le fue. No tanto por haber tenido un hijo sola a los veinte años —porque seguía manteniendo sus sueños de estudiar—, sino por haber tenido que olvidarse de la universidad cuando, después de terminar el liceo, el frigorífico en el que trabajaba su padre mandó a todos los empleados a seguro de paro. Cecilia, que no quería dejarlo ir, dio un giro en el aire también y se fue tras él. Cuando su hijo empezó la escuela, se inscribió en la carrera de Administración de Empresas de la UTU de Colón y anotó a su hijo en la escuela de tiempo completo que quedaba detrás, así en los recreos podía verlo jugar en el patio desde su salón de clases.

Después llegó la beca y el Mercado. Y ahí aprendió a hacer *banners*, comunicados de prensa, afiches, fotografías y hasta decoraciones de mesas. Todo casero, tanteando en la oscuridad. Se volvió organizadora de eventos, publicista, recepcionista, guía turístico y secretaria, todo al mismo tiempo.

Entonces sus sueños se le acercaron un poco y con ellos su futuro. Y un día, durante uno de esos eventos que organizaba el Mercado, lo alcanzó de un manotazo.

Habían organizado una remontada de cometas con la guardería de la zona, Inchalá. Todos juntos, en el piso del Mercado (ya limpio), extendieron las cometas que habían hecho ellos mismos y luego las llevaron a la calle Martín García. Las remontaron con los niños, sosteniéndoselas porque sus manos de dos y cuatro años, todavía ajenas a ellos mismos, no podían retener los hilos. Se las sostenían mientras ellos, en cambio, agarraban los hilos seguros de haberlas elevado por sí mismos. Y será por eso, por haber visto a esos niños convencidos de lo imposible, que Cecilia se animó y le lanzó un manotazo a su futuro. No era el mismo. Ella tampoco era la misma. Pero se reencontraban los dos. Y ella, como remontando una cometa, lo sostenía fuerte. Alto. Entre las demás cometas de los niños.

Ahora, para poder continuar, se necesitaban fondos que no tenían. Habían funcionado hasta entonces con un presupuesto mínimo aprobado por la Junta Departamental, y con los convenios y acuerdos que Beatriz iba negociando para conseguir mano de obra. Pero con eso no se podía reconstruir el edificio del Mercado y, después de que los estudios de Pascual arrojaran que se podía recuperar la estructura, era seguro que lo iban a hacer. “Nos teníamos mucha fe de que íbamos a conseguir fondos porque el edificio tiene potencia suficiente”, recuerda el arquitecto.

Los primeros fondos llegaron desde el exterior, de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. José Luis Pimentel, el coordinador general de la Agencia, le comentó a Pascual un día de 2007

que había un concurso español para este tipo de proyectos y que daba entre 150 mil y 200 mil euros. Le aconsejó que se presentaran y le dijo que la Agencia haría una carta de apoyo. Se presentaron pidiendo los fondos para hacer un diagnóstico serio de todo lo que había que reparar y, sobre todo, para reconstruir la fachada de Martín García, que era la que más destruida estaba (con agujeros que habían tapado obreros y la gente de Trabajo por Uruguay). No ganaron el concurso, pero Pimentel los llamó para avisarles que había unos fondos de la Agencia que habían sobrado de una obra que no se había llevado a cabo y que eran 580 mil euros. Era la oportunidad. “Era poco dinero pero fundamental –recuerda Pascual–, porque nos dio la seguridad tanto a nosotros como a los futuros financiadores de que el negocio interesaba, que funcionaría”.

FINES DE 2007

Ya con el proceso de aprobación de esos fondos en movimiento, Pascual se instaló en el Mercado para empezar a pensar las obras. Lo primero que hizo fue llevar el contenedor que siempre usaba como estudio, e instalarlo dentro del Mercado.



Carlos Pascual (arquitecto a cargo del proyecto de remodelación del Mercado), 55 años.

81

LA EXPERIENCIA DE LO BELLO

Todo comienza siempre con una arveja o un insecto, con lo mínimo de lo cotidiano, y desde ahí crece lo demás, las historias, la vida. La de Carlos Pascual, el arquitecto encargado de la remodelación del Mercado, nació de un insecto picando la raíz de una vid.

El insecto era la filoxera, que parasitaba las vides. La epidemia de filoxera se había desatado en Europa en el siglo XIX y Domingo Faustino Sarmiento, entonces presidente de Argentina, había prohibido la entrada a su país de vides que llegaran de territorios infectados. Pero ya era tarde: algunas habían entrado sin que se supiera que estaban contaminadas y, como nadie las había reclamado en el puerto, habían sido rematadas. La filoxera se extendió por la provincia de San Juan.

Ahí, en San Juan y trabajando con la vid, estaban los bisabuelos de Carlos. Habían partido de Vegadeo, la localidad asturiana en la que habían nacido, y le habían ganado al horizonte para llegar a Argentina a trabajar en el vino. Pero la filoxera llegó también, mató las vides del viñedo en el que trabajaban y decidieron volver a partir, esta vez a Montevideo. Y fue en Montevideo que en 1906 nació una de sus hijas, María Ester, la abuela materna de Carlos. Y fue también en Montevideo que María Ester, ya adulta, conoció a José Justo, un químico hijo de gallegos de Ribadeo –un

pueblo cercano al asturiano de sus padres—, y se casó con él. Se fueron a vivir a una casa en Punta Carretas. Pero, cuando María Ester tenía cuarenta y cuatro años, murió José, su marido, y ella empezó a vestir de medio luto —azul oscuro y negro—. Y así, tan azul, tan penumbra en el jardín, fue viviendo los veinticinco años que aún le quedaban por vivir.

De esa azul abuela María Ester derivó Carlos. De esa abuela y de esa casa. Una casa grande, con huerta, jardín, depósito de leña, árboles frutales, gallinas, conejos y una cocina llena de vapores olorosos que salían de grandes ollas en las que se preparaban las conservas. Su abuela tejía, cosía, lavaba, e inventaba los objetos que en esa época no se podían comprar. “Era una luchadora y se tomaba la vida en serio, con una actitud trascendente. Estaba plantada en la vida de buena manera”, dice Carlos aún admirado.

En ese mundo fue creciendo Carlos niño. Lo observaba todo, lo desarmaba —juguetes, máquinas— para saber cómo funcionaban, y luego lo dibujaba. Carlos sufría de asma y, cada vez que le daba un ataque de esos que no lo dejaban levantarse de la cama, pasaba el día leyendo y dibujando. Quizás por eso, desde niño fue muy claro para él que sería arquitecto. Y quizás por eso de joven (ya sin su madre, Marta Cerdeiras, que murió cuando él tenía quince años, y viviendo en esa casa con su padre, José Pascual, un uruguayo hijo de un catalán y una uruguaya) empezó a dar clases de dibujo a niños y a vender dibujos a estudiantes de Ingeniería. Con eso y su primer trabajo en la Intendencia de Montevideo calcando planos, se pagó sus estudios hasta recibirse.

Un día, ya adulto, viajó por primera vez a España, a las tierras de sus antepasados gallegos, asturianos y catalanes, y conoció sus rituales más míni-

mos, el tipo de alimentos que comían, los árboles entre los que crecían, la música que escuchaban, y entonces descubrió la historia de su vida —la de sus abuelos— por primera vez. “Entendí todo: lo que comían mis abuelos, la música que escuchaban, los libros que estaban en los estantes. Hasta el entusiasmo que podía haber por un atado de espárragos...” Fue ahí que descubrió que los detalles eran la puerta de entrada a todo lo demás, a las personas, a sus vidas. Lo explicaban pero porque lo creaban. Aprendió que lo cotidiano, un atado de espárragos, por ejemplo, era lo que creaba todo lo demás, las historias, las vidas. Fue ahí que descubrió que todo comienza siempre con una arveja o un insecto.

Por eso, cuando le encargaron la remodelación del Mercado Agrícola, pensó que, si tuviera dioses el Mercado, estarían escondidos en las grietas de la fachada y en los escombros desparramados; en lo mínimo. Si tuviera, o ya que los tiene. Por eso, se fue a recorrer mercados de Europa antes de comenzar el trabajo. Para encontrar esos detalles que después tendría que identificar y revivir en ese edificio ruinoso del barrio Goes.

Se subió a un auto en España y en Brasil y recorrió cerca de cincuenta mercados de pueblos y ciudades. Los vivió, caminó, escuchó a los puesteros saludarse con los clientes como entre amigos. Oyó a la gente hablar mientras llenaba sus bolsas, mientras pedían un trozo de queso, mientras alejaban al perro de los cajones de atún. Vio revolver entre los puerros para encontrar el mejor, cambiar una manzana por otra más roja en la balanza, buscar el morrón más liso, las zanahorias más carnosas, las uvas más negras y amon tonadas. “¡La vida que había en los mercados! Ahí había un vínculo personal con los vendedores. Y ahí estaba la verdadera trazabilidad”, dice.

Y después, también, vio cocinar las verduras, rallar el queso, preparar las mesas con el pan fresco, la botella de agua, y frutas en una cesta a un costado. Vio a la gente sentarse alrededor de la mesa con ceremonia y comer con deseo. “La comida era un ritual. No era eso de comer de pie con la luz de la heladera. Era el placer de servir a otros la mesa, después de haber buscado los mejores quesos o pescados. Estaban más conectados con la vida, con la tierra, con el disfrute”.

Y eso fue lo que quiso trasladar al Mercado Agrícola de Montevideo, su objetivo. “Mi trabajo no es hacer un decorado. No es algo estético únicamente, no son solo los colores o las plantitas. Es hacer el territorio de las historias de la gente”, dice.

Así que por eso instaló su contenedor-estudio ahí adentro, apenas se visualizaron los primeros fondos —un baño, kitchenette, microondas y las paredes tapizadas de planos.

“Instalo siempre mi estudio en el lugar, como el gallego almacenero que tiene la casa encima del almacén —explica—. Lleva tiempo conocer a la gente y su historia y necesito estar en contacto con ellos. Porque las historias de la gente terminan apareciendo en la arquitectura. No sé cómo, pero terminan apareciendo”.

Su contenedor lo había acompañado en buena parte de los proyectos en los que había trabajado y había visto pasar algunas de las obras más importantes de la ciudad; sin darse importancia, como un niño sentado en el cordón de la vereda. Su contenedor vio la obra de restauración del Teatro Solís; se instaló a orillas del Santa Lucía cuando Carlos se encargó de los humedales del río; estuvo en el Teatro de Verano donde Carlos hizo la bóveda de ladrillo y

recuperó el teatro después de un temporal. Estuvo también en la rambla del Cerro. Y estuvo guardado en un depósito cuando restauró parte de la Junta Departamental, cuando construyó el edificio de TV Ciudad...

“Hay que estar en el lugar”, insiste. Por eso lo instaló en el Mercado. Y, después de instalarlo, miró todo alrededor como buscando los detalles que lo crean todo. Buscaba el potencial, el alma, escondida en una grieta, en un techo roto, en una fachada que se cae como tironeando por separarse del resto e irse, a otras calles, a una playa de pueblo. Podía ver el colorido de frutas y verduras en el gris compacto que lo rodeaba. Podía escuchar el vocerío de los vendedores incluso en el silencio de la tarde (ese “silencio de los dioses que se entienden sin hablar”, como escribió Edgar Lee Masters). Podía ver rayos de luz cayendo como bengalas en los vidrios rotos y puntiagudos. Podía distinguir el aroma de acelgas y frutillas entre el olor a detergente y a panteón que todavía había. Podía ver todo eso. “Ocuparte de edificios históricos en ruinas y resucitarlos es trascendente”. Ese era su trabajo. Encontrarle el alma al muerto. Por eso miraba todo alrededor.

“Trabajo con el rigor de no agregarle cosas que el edificio no tiene, de mantener las decisiones antiguas. No hace falta el gesto contemporáneo. Hay que seguir la impronta, el ángel que tiene cada edificio”. Miraba todo porque necesitaba deshojarle los dioses al viento que entraba por Martín García, al agua que caía ignorando el techo, al olor a humedad.

“La belleza está vinculada a lo útil —opina Carlos—. En la creación y la naturaleza lo bello siempre está en función de algo. Hay una belleza en lo útil. Si a un edificio bello le agregás una hermosa actividad, si ahí pasan cosas que hacen a la experiencia hermosa de estar vivo, a la belleza de la

vida cotidiana, de saber comprar y saber comer y encontrarte con la gente y enriquecer tu vida y que no sea todo una tontería, ahí está la belleza. Si tenés la experiencia de comprar cosas, de elegir las, de que alguien te explique la mejor forma de cocinarlas, de que tu proveedor sea un tipo piola que te aconseje. Y si todo eso pasa debajo de un recinto que tiene cien años y que hace a la cultura de los inmigrantes y de Uruguay, de la forma de comer y de habitar la ciudad... Esas son parte de las experiencias trascendentes que nos llevamos con nosotros. Me parece que eso es lo que puede dar el Mercado”.

Hace una pausa con su pelo gris y su ropa negra. Mira fijo y piensa. Mueve su melena levemente. “Hay un montón de cosas a rescatar que hacen que la vida valga la pena, que valga la pena estar vivo y vivir en Uruguay, y continuar esta cadena de acontecimientos en la que tomás de tus abuelos y transferís a tus hijos o a otros. Eso es lo que pretendemos dejar”.

Carlos había aprendido que, después de todo, los dioses, ellos mismos, eran esos pliegues en los que se esconde la vida: el peso de los cajones en los hombres de los changadores, el grito ¡papa a diez! de los puesteros, el mejor espárrago escondido entre todos los demás.

FINES DE 2007

Mientras se esperaba la llegada de los fondos de Agencia Española, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) le encomendó a Mercasa, una consultora española especializada en mercados, un estudio de distintos mercados de América Latina para detectar algunos en los que el BID pudiera participar para su recuperación.

El BID, a través del Fondo Multilateral de Inversiones (FOMIN), buscaba mercados minoristas en los que invertir en su recuperación para que, a partir de ellos y de políticas públicas aparejadas, se pudieran recuperar barrios o espacios problemáticos de ciudades latinoamericanas. Ya lo había hecho en España y ahora quería aplicar esa experiencia en América Latina. Mercasa realizó estudios técnicos en Chile, Argentina, Uruguay, Costa Rica y otros países centroamericanos.

Beatriz viajó a España a fines de 2007, a visitar a su hija, que se había instalado allá hacía ya casi dos años. Y, como sabía que estaban haciendo el estudio para el BID, aprovechó para ir a las oficinas de Mercasa con una carpeta de ocho hojas que había preparado previamente con Pascual (explicando las obras que querían realizar, algunos de los locales que esperaban tener, contando del barrio...).

Ahí, en las oficinas de Mercasa, le ofrecieron algo de tomar y se sentó alrededor de una gran mesa con hombres de traje y mujeres elegantes: las autoridades de la consultora. Ella, con sus ocho páginas Excel, recuerda que se sintió incómoda; era siempre la niña que no toleraba la ropa almidonada.

Recuerda también que conversaron sobre el Mercado, sobre el barrio Goes, sobre lo que se había hecho hasta entonces y todo lo que quedaba por hacer. Entonces dice que alguien sugirió que podían poner técnicos y profesionales españoles al frente de la reconstrucción, y que ella no lo toleró (era también la niña que tiraba piedras cuando la vestían de blanco y la que se impresionó cuando fueron a cortar una torta con la bandera

uruguaya). Recuerda que, sin pensar en lo que estaba en juego, les dijo furiosa algo así como:

—¿Ustedes se piensan que seguimos siendo indios? Nosotros tenemos técnicos y profesionales que pueden hacer el trabajo de la mejor manera. No necesitamos a sus técnicos —todos la miraron sin poder reaccionar; no estaban acostumbrados a ese tipo de respuestas, o de formas—. Guárdense el dinero en el bolsillo y pídanme un taxi que me voy de acá.

Recuerda que se fue directo a abrazar a su hija. Y quizás, mientras la abrazaba o mientras volvía a Uruguay, Beatriz se dio cuenta de que el Mercado ya era para ella mucho más que una misión laboral.

DE 2008 A 2009

Un tiempo después, ya en 2008, Mercasa presentó su estudio al BID: los dos mercados en los que podría haber una intervención del banco eran el Mercado Agrícola de Montevideo (MAM) y el mercado de Alajuela, Costa Rica. Una vez que en el FOMIN tomaron la decisión de que así sería, el personal del BID en Uruguay y Pimentel, de la Agencia Española, se pusieron en contacto y definieron que ambos apoyarían el MAM, por el mercado en sí mismo y porque su remodelación sería fundamental para la revitalización del barrio Goes, que ya estaba proyectada. Así, más o menos al mismo tiempo, llegaron los fondos de ambos: los 580 mil euros de la Agencia Española y, en noviembre de 2008, después de la firma del convenio entre la Intendencia y el BID, la donación de 1.213.000 dólares del Fondo Multilateral de Inversiones del BID. El BID, además de este aporte, otorgó un préstamo para el Programa Renová Goes, también apoyado por la Intendencia de

Montevideo y el Ministerio de Vivienda, un programa de mejoramiento del barrio para retener y atraer nueva población, con un enfoque geográfico de dieciséis manzanas a la redonda del MAM.

Con respecto a la donación de 1.213.000 dólares del FOMIN/BID para la modernización del Mercado, una de las condiciones que planteaba el banco era que hubiera un compromiso por parte del gobierno de Montevideo con el proyecto, y que invirtiera al menos la misma suma que estaban aportando ellos. “Fue más fácil convencer hacia afuera que hacia adentro”, recuerda Pascual. Y dice que fue cuando consiguieron los fondos del exterior que pudieron convencer “adentro”.

La Intendencia puso una contraparte similar a la que había puesto el BID, pero más adelante se incluiría el proyecto dentro del nuevo plan quinquenal de la comuna y sería aprobado por unanimidad de la Junta Departamental en 2010. En total, la inversión de la Intendencia en el MAM sería de 11,5 millones de dólares.

“A partir de que llegaron los primeros fondos es que pudimos empezar a contratar la mayor parte del personal técnico calificado. Y apareció también la figura de Matilde Olivero —entonces la jefa de proyecto del FOMIN y hoy la gerenta general—, que fue clave porque se encargó de ayudar a armar el equipo que desarrolló el proyecto de remodelación”, dice Pascual.



Matilde Olivero (gerenta general), 45 años.

91

MUCHO MÁS QUE DULCES

Apenas escuchaban la sirena del pueblo, Matilde niña y su padre su subían al auto y salían a toda velocidad por las calles –todavía de tierra–, en busca del foco del incendio.

Ahí, en Arroyito, ese pueblito mínimo de la provincia de Córdoba, Argentina, de algo así como quince mil habitantes entonces, había una fábrica que vendía caramelos a todo el país e incluso a China y Estados Unidos: Arcor (ARroyito - CÓRdoba). Y tal vez era el olor del azúcar, del dulce, el que se respiraba y hacía a los pobladores hacer esas cosas con la vida cada día. Por ejemplo, tener una comisión de bomberos voluntarios que dejaban lo que estuvieran haciendo y salían a toda velocidad a ayudar apenas escuchaban la sirena.

El presidente de la comisión era el padre de Matilde, un hombre sin educación formal, pero que había aprendido a hacerse a sí mismo con cada libro que pasaba por sus manos, con cada experiencia que lo atravesaba. “Mi padre siempre dice que fue empírico toda su vida”, recuerda Matilde.

Él se había casado con una química farmacéutica y, al poco tiempo de nacer Matilde, se habían mudado de la ciudad de Córdoba a Arroyito, donde alquilaron una casa en una esquina y pusieron, abajo, una farmacia y, arriba, la cama matrimonial y otra más chica para Matilde. Y donde luego fueron sumando más camas de niño hasta completar cinco. En ese pueblo

con árboles, trabajadores del campo y obreros. En ese pueblo que era el dispensador de dulces de todo un país.

Ahí iban los dos ese día, padre e hija, a toda velocidad. Y Matilde, de diez años y pelo castaño largo y ondulado, miraba por la ventanilla del Torino para ver si detectaba desde dónde salía el humo. Y llegaron entonces al hogar de ancianos y vieron al camión de bomberos en la puerta y a los ancianos sentados afuera, en sillas de rueda, en la vereda, aquí y allá. Algunos llorando, todos preocupados.

Y, mientras el padre de Matilde corrió a ayudar a apagar el fuego que salía del hogar, Matilde se les acercó para hablarles, calmarlos, darles un vaso de agua. Hasta que, entre todos, apagaron las llamas. Hasta que, entre todos, calmaron a los ancianos.

Sí, ese pueblo era dulce. Tanto, que las tareas voluntarias de ayuda ocupaban todos los ámbitos. Tanto, que lo que se aprendía de la vida cotidiana se aprendía juntos.

Matilde tenía un grupo de amigos con los que hacía de todo: jugar al basquetbol, al voleibol, ir a bailar, tocar en la discoteca del pueblo antes de que empezaran los bailes (ella era la cantante y, con su voz de trece años, entonaba canciones de León Gieco, de Sui Géneris, de Nito Mestre). Y con los que también hacía las tareas de voluntariado. Iban a hogares de niños y ancianos a ayudar, colaboraban en las actividades que se hacían para juntar fondos para comprar cascos, uniformes y repuestos de mangueras para los bomberos voluntarios. En las kermeses y almuerzos, Matilde con su barra de amigos y todos sus hermanos pelaban papas, ayudaban a preparar la comida, o aprontaban los lugares llevando mesas y sillas de acá

para allá. Con sus hermanos también hacía cursos de bomberos para que, llegado el momento, estuvieran prontos para ayudar.

“Vengo de una familia muy participativa en lo social. Y a mí todo eso me parecía muy natural –dice–. Pero en realidad no es tan natural. Hoy el mundo está tan loco o todo va tan rápido, que se nos olvida educar en hacer algo por los demás”.

Cuando Matilde tenía doce o trece años, su madre fundó la biblioteca del pueblo con otras mujeres del lugar. Y Matilde y sus amigos ayudaron a conseguir los libros para armarla. Un auto pasaba por las callecitas, abriéndose paso entre el olor a dulce y anunciando por un parlante: “Este domingo vamos a pasar a buscar libros para armar la biblioteca”. La gente, en sus casas, empezaba a elegirlos, desempolvarlos, prepararlos, y los niños pasaban puerta por puerta a retirar las donaciones.

Así, entre olor a caramelos y acciones sociales, fue creciendo Matilde. Después del colegio de monjas, integró también una organización de la Iglesia Católica. Y, a los dieciocho años, se vino a Montevideo, a estudiar Relaciones Internacionales porque la organización católica a la que pertenecía necesitaba gente acá.

No olvidó durante toda su carrera –ni durante la maestría en Administración de Empresas– lo que había aprendido en Arroyito. Y así, además de empezar a trabajar como consultora en el ámbito financiero, empezó a hacer trabajo social en Casavalle, en Gruta de Lourdes y en el Hospital Pereira Rossell. Ayudaba en la búsqueda de fondos para distintas fundaciones, daba clases a padres sobre educación en valores y también sobre

cuestiones prácticas como el llevar las cuentas de la casa, y hacía apoyo escolar a niños fuera del horario de clases.

“La pobreza humana es la peor, peor que la material. Todo ese trabajo de voluntariado fue un aprendizaje porque estar con niños te hace ver la pobreza humana muy de cerca. Porque los niños son muy puros y notan mucho más esa pobreza humana y te dicen con crudeza lo que viven en sus hogares o con los vecinos o con los primos...”, recuerda Matilde, y lo recuerda lento, con palabras suaves. “No era fácil, porque a veces una tenía ganas de levantarse, ir y gritarle a los padres y decirles cualquier cosa, pero después el problema era que las consecuencias que eso podía generar sobre los niños eran muy fuertes”. Entonces, seguía los protocolos en casos de denuncias y trataba de contener a los niños mientras tanto.

También integró durante tres años el Consejo de Fundadores de una fundación de servicios médicos de Santa Cruz, Bolivia, que hoy atiende a doscientos mil pacientes por año a un costo bajo. Ahí, aplicaba el aprendizaje profesional para hacer voluntariado. “Es muy lindo cuando todo lo que aprendiste durante muchos años, con tu trabajo profesional y tal, lo podés volcar en estas cosas”.

Después de trabajar en el ámbito financiero, empezó a hacer consultorías para el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y fue encontrando, entre el trabajo voluntario y el profesional vinculado al desarrollo, su camino. “El asistencialismo de la ayuda en el día a día es necesario. Pero también hay que tener una visión de desarrollo. Cómo lograr que esa persona o esas personas salgan de ese círculo vicioso en el que muchas veces están. Y una también aprende ahí que no todos quieren salir. Eso también

ayuda mucho a manejar la frustración. Y el manejo de la frustración es una habilidad sumamente necesaria en todos los ámbitos de la vida”.

Esa habilidad dice que tendría que ponerla en práctica “todo el tiempo” poco después, en 2009, cuando se presentó a un llamado y fue seleccionada como jefa de proyecto del Fondo Multilateral de Inversiones (FOMIN) del BID para la remodelación del Mercado Agrícola de Montevideo (más adelante sería la gerenta general). Porque vio cómo muchos de los operadores a los que se trataba de formar y acompañar para que siguieran estando en el nuevo mercado, no podían o simplemente no querían estar.

“A mí lo que más me enamoró de este proyecto fue el aspecto social. He trabajado en los últimos quince años de mi vida en programas y proyectos de desarrollo, y me encanta. Y trato de buscar trabajos que completen esa parte de mí: de aportar al desarrollo humano, al desarrollo social, al desarrollo económico”.

Matilde se dejó llevar por su camino y fue descubriendo el mundo a medida que se iba descubriendo también a sí misma, a su vocación. Desde el comienzo, desde aquel pueblito en el que la ayuda al otro era una forma de vida (“Todos mis hermanos y yo hoy tenemos trabajos o hacemos acciones voluntarias vinculados con los aspectos sociales y participativos. Si uno lo recibe de tan chiquito, es difícil que sea indiferente a eso después”). Desde aquel padre “empírico” que se subía a su Torino y arrancaba a toda velocidad apenas escuchaba un pedido de ayuda.

Pero no fue solo eso lo que le fue abriendo el camino. Porque hay algo más. Un dato que Matilde no cuenta hasta el final. Algo que la marcó,

cuando tenía solo once años, un año después de ese día que salió con su padre en el Torino hasta el hogar de ancianos.

Su padre, de treinta y siete años, tuvo dos aneurismas cerebrales y salió de la operación sin saber hablar, caminar ni escribir. Durante dos años, tuvo que aprender todo de cero otra vez. Su madre, además de ocuparse de la casa, de los hijos y de la farmacia, se tuvo que encargar de enseñarle a su marido a vivir otra vez.

Y Matilde, con sus ojos almendrados, vio de cerca, cada día, cómo su padre hacía un esfuerzo para mover un poco un pie, para lograr decir una palabra. Y vio también cada gesto de fortaleza de su madre, cada sonrisa cuando no parecía haber de qué sonreír, cada frase de aliento cuando la esperanza se achicaba. Vio la voluntad en su padre y vio la fuerza en su madre. Vio, en los dos, los gestos cotidianos del amor. Y fue tanto todo eso que vio, que ya no pudo dejar de ver por el resto de su vida.

“Todo eso también a una le da un bagaje que después es muy difícil que alguien te lo saque. Vos ves de lo que es capaz el ser humano. De pasar de un estado casi vegetativo a recuperarse por la voluntad, el esfuerzo y el amor”. Hace una larga pausa para agregar: “Son cosas que te marcan”.

JULIO DE 2009

Matilde, como jefa de proyecto de FOMIN, debía velar por el cumplimiento de los tres objetivos básicos para los que el banco había donado el dinero. En primer lugar, el fortalecimiento de los operadores comerciales (que en aquel momento se llamaban “permisarios”): ayudarlos en el pasaje de la informalidad o de una situación precaria a ser un comercio formal y

sostenible, con capacitación, asistencia técnica, etc. En segundo lugar, la dinamización comercial: que el Mercado se convirtiera en un lugar atractivo también desde el punto de vista comercial, con estudios de marketing, contratación de agencia de publicidad, contratación de un consultor externo, entre otros.

El tercer objetivo era “el fortalecimiento del ente gestor”, con la contratación de estudios de mercado, consultorías, capacitación de personal y la elaboración de un Plan Director, que era clave para todo lo que llegaría después. Ese plan fue elaborado durante nueve meses por un equipo de seis personas, entre las cuales estaban Matilde, Beatriz y Pascual, y algunos asesores externos, como Marcelo Lombardi, el gerente general de Tres Cruces. Y, para Matilde, fue lo más importante de todo el proyecto de remodelación. “Fue el punto clave para definir cómo iba a ser el Mercado, cuál iba a ser su estructura jurídica y su modelo de gestión y, lo más importante: qué contenido tendría”, dice. En ese plan se proyectó, por ejemplo, que el MAM fuera un mercado que respondiera a la idiosincrasia uruguaya, que no ofreciera solo productos alimenticios sino también servicios y regalos en general. “En España, los mercados son lugares donde se compran solamente alimentos. En cambio, nosotros estamos más acostumbrados a querer conseguir la mayor cantidad de cosas posibles en un solo lugar, sin ir de un lado para otro”.

También pensaron que el diseño y la decoración tenían que reflejar todo eso, para que el Mercado no fuera solo un lugar de compra, sino también de paseo, con espacios de circulación amplios, con rincones para sentarse a conversar e incluso a mirar televisión, para ver pasar a la gente, para

tomar mate. “Nos planteamos que el Mercado fuera el nuevo ágora de los griegos —dice Matilde—. Los griegos que tenían esos espacios donde la gente iba y compraba y conversaba. Como ese espacio donde uno puede venir, expresarse, estar con amigos, con la familia”.

Con ese norte planteado, con fondos y con un Plan Director que era mapa de ruta, empezaron a andar el camino de la remodelación y modernización. Pasar del plan a la acción fue el desafío más grande.

UN DÍA DE 2009

Mientras tanto, Beatriz, además de ser parte de todo ese proceso, seguía ocupándose de otras tareas, como la limpieza, la organización, el personal, controlar que el reglamento se cumpliera, que nadie se llevara cosas del Mercado. Así que cada vez que Margarita Hernández, una cubana que había abierto con dos socias una parrillada ahí adentro, buscaba cajones tirados para usarlos como leña, Beatriz le gritaba:

—¡No podés quemar los cajones! ¡Son patrimonio municipal!
Y Margarita refunfuñaba y se iba a buscar leña a otra parte.





Margarita Hernández (Chekere de Cuba Resto Bar), 52 años.

101

CON EL MAR EN LA VALIJA

A todos se les ocurrió ir a la parrillada justo el día en que Margarita estaba sola. Sus dos socias no habían llegado y la gente se amontonaba, se quejaba. Margarita se movía de un lado a otro: cobraba, servía, lavaba platos, hacía el asado.

Desde hacía unos meses estaba ahí —en el sector del Mercado de Juan José de Amézaga y Ramón del Valle-Inclán—, no tanto tiempo. No el suficiente como para dominar el arte de la parrilla con agilidad (más siendo cubana) y poder despachar a los changadores, puesteros y clientes del Mercado que gritaban asomándose entre hombros y cabezas o apoyados en el mostrador de azulejos azules:

—¡Dame una tira!

—¡Un choripán!

Entre todos, un hombre le reconoció el acento, asomó la cabeza, y le habló de Cuba. Y ahí, entre olor a asado y chorizo, ella sintió alivio y se puso a intercambiar recuerdos como postales, mientras todos gritaban ¡Atendé en vez de hablar! y cosas así; cosas que no le importaron. Porque su cabeza se fue lejos, hasta el lugar al que se iba cuando la realidad era tormenta de arena. “Me superaron y me fui”, dice al recordarlo.



Se fue. Hasta el Cayo Granma, frente a Santiago de Cuba. Y, en medio del olor a asado, ella sintió el del yodo del mar. El olor que sentía cuando se sentaba en el muelle de niña, con los pies sumergidos, mirando el día pasar frente a ella, sin apuro.

Delante, tras la otra orilla, la Sierra Maestra. Detrás, en su cayo, casas de tejas rojas. En primera fila sobre el mar, las de familias adineradas, grandes y majestuosas sobre pilares, con garaje para botes y lanchas. Después, sobre el suelo desobediente y desperejo del cayo, las de los que trabajaban en las de pilares y las de los pescadores. En una de estas últimas vivía Margarita con su madre. Había llegado hacía poco, con diez años, desde La Habana, donde había nacido. Su madre se había separado de su padre y se había ido con ella al cayo en el que vivía toda su familia. Y en el que estaban también Carlos y Eduardo, los primos de Margarita, que se volvieron sus hermanos. En ese cayo de mil habitantes y ninguna calle. Solo un camino que lo rodeaba y que se recorría en quince minutos. No había autos, ni buses, ni ruido de motores. El sonido era el de las olas reventando contra la orilla o contra los pilares de las casas. Poco más: algún pájaro o algún grito de ¡Lancheeeeero! de alguien que quería cruzar a Santiago de Cuba, a dos kilómetros de ahí, y llamaba para que lo fueran a buscar.

Ahí empezó para Margarita una vida con el agua en la cintura. Ir a comprar el pan era una excusa para zambullirse y nadar. Y volver con el pan en la mano, chorreando agua. También se iba a las piscinas naturales que se formaban entre rocas “dientes de perro”, pinchudas, llenas de espuma tibia que se le pegaba al cuerpo.

Después estaban los carnavales acuáticos, la pesca, los juegos y deportes en el agua, el pescado en todas sus formas: tortilla de majúa para el desayuno, pescado frito o al escabeche con perejil de playa para el almuerzo o la cena. El olor del yodo se mezclaba con las frituras de mar y entraba por las ventanas abiertas de las casas. Como también entraban los vecinos, sin llamar:

—¿Qué está cocinando, amiga? —preguntaban caminando hasta el fondo, donde estaban las cocinas, sin ninguna inhibición.

El celeste del cielo, del agua, de puertas y paredes de casas, volvía celeste también la forma de mirar. “El criarme allí es lo que me ha hecho extrovertida, alegre y comunicativa”, dice Margarita hoy.

Era una niña irrefrenable como las ganas. Despabilada y llena de cicatrices y moretones de tanto saltar entre las horas. “Yo era tremenda. Esa isla te da la capacidad para ser tremenda...”, recuerda riendo.

Y sin embargo, cada vez que alguien tenía que pagar una promesa, era ella la que tenía que acompañarlo hasta la Iglesia de San Rafael, en el centro elevado del cayó, a nueve metros sobre el nivel del mar, porque la llave de la iglesia se guardaba en su casa: su madre era muy religiosa. Y ella iba refunfuñando. “A veces iba de buen humor. Y a veces iba de maaaaal humor”, y vuelve a reír.

Y era ella, también, uno de los ángeles en las Primeras Comuniones de los niños de la isla: le ponían alas, un vestido y allá iba a la iglesia. Entonces, su tío, ateo convencido, decía:

—Yo no puedo creer en Dios. ¡Qué va! Mira los ángeles que hay. Como para creer en Dios.



Porque era tremenda, sí. Tremenda y feliz.

Había momentos, sin embargo, en los que Margarita se escapaba de todo. De su tío, de su madre, de las llaves de iglesia y las alas de tul blanco. Se escapaba y se iba a sentar en el muelle, con los pies sumergidos, por horas. Y entonces empezaba a soñar. Soñaba mientras quizás los peces la soñaban a ella, ahí, tan quieta, tan niña de ojos verdes y piel morena. Tan llena de rulos y de risas.

Margarita soñaba con ser profesora mientras miraba el mar. Y será por el yodo o la tortilla de majúa, pero sus sueños se hicieron realidad y se recibió de profesora de Historia y Ciencias Sociales con veintiún años.

Enseñaba Filosofía Marxista en un preuniversitario en Guantánamo, en el sudeste cubano. Les hablaba a chicos de quince y dieciséis años de socialismo científico, de que el Estado desaparecería y también las relaciones monetario- mercantiles, y ellos le decían:

—Pero, profe, ¿eso es ciencia ficción!

Entonces la llamaban “la profe de ciencia ficción”.

Y, viviendo en el medio de su sueño de niña, un día el sueño le cambió y entonces le cambió la vida. Sin notarlo siquiera. Con la naturalidad de un dedo pulgar al borde de la ruta, una tarde. Un dedo pulgar que se levantó y un *jeep* que se detuvo. Y Margarita y su amiga se subieron. Al volante iba un ingeniero agrónomo uruguayo que trabajaba en una empresa citrícola en Santiago de Cuba y que antes había estado en Nicaragua y, antes todavía, se había ido exiliado de Uruguay. Pero ellas todo esto no lo sabían. No lo sabían cuando, al verle ojos y sonrisa, se dijeron:

—Yo lo vi primero.

—No, qué va, yo lo vi primero.

Pero él a la que había visto era a Margarita. Y quizás vio en ella lo mismo que los peces que la miraban remojarse los pies en el muelle: ese modo que tiene de la alegría empujada entre las palabras. “Tan fácil es la comunicación en Cuba y tan fácil...” Tan fácil que así, con un *jeep* y una tarde de demasiado calor para caminar, se construyeron un amor. “Yo estaba superenamorado de este charrúa”. Y el *jeep* se convirtió en balsa y se la llevó de la isla, unos años después.

Era 1988 y su charrúa había vuelto a Uruguay hacía ya un tiempo, a la vuelta de la democracia. En una carta, él le había escrito una frase, mezclada con otras frases más: “Vení que estoy haciendo una casita blanca”. Y ella dejó un telegrama en la oficina de correos y se fue.

El telegrama, en el que le decía que llegaba a Montevideo y cuándo, nunca le llegó a él, y Margarita se encontró sola y sin dinero en el aeropuerto de Carrasco. Lo único que tenía eran dos palabras que su cabeza retuvo de tan repetidas: Piedras Blancas. Y una vieja carta de él con un remitente: “Of 1”.

Se acercó entonces al mostrador de la compañía Cubana de Aviación y explicó lo que le pasaba. Le dieron algo de dinero y la ayudaron a descifrar qué ómnibus tomar. Y así se fue Margarita por la ciudad, con las valijas, bajándose en una parada y subiéndose a otro ómnibus, a tientas, avanzando desperejo, como el agua al desbordarse. Lejos y atrás había quedado aquella isla que conocía de memoria y en la que hasta la iglesia se le entregaba un poco.



En el último ómnibus con destino —ahora sí— Piedras Blancas, un hombre la escuchó hablar con el guarda y se propuso a acompañarla. Se bajaron juntos y empezaron a recorrer calles y caminos de balastro, entre manadas de perros que se acercaban a ladrar, a olfatear, y que ella esquivaba entre gritos. Cada casa blanca que veía, pensaba que podía ser la de él. Se acercaba llena de eso que ilumina la cara cuando se está al borde de la dicha, y entonces le decían que no, que no vivía ahí. Y ella les mostraba su sobreajado y viejo, de tantos bolsillos y carteras, de tantos besos en medio de la melancolía del amor. Se los mostraba y esperaba un gesto, una señal, un indicio que la acercara a ese hombre que la había recogido en una ruta para llevarla a otra y que ahora, en esa otra ruta, no estaba. No había ni rastros de él. Nadie sabía quién era ese charrúa ni dónde quedaba “Of 1”.

Y así siguieron, cansados, empolvados, casi acostumbrados a no encontrar. Hasta que alguien le dijo a Margarita y al hombre:

—¡Ah, pero no es “Of 1”, es la calle Oficial Primero!

Y empezaron a buscar esa calle mínima, de media cuadra, por entre las calles de Piedras Blancas. Y, luego de un rato y de varios charrúas que no eran el que ella conocía, que hablaban igual y la miraban parecido, pero no eran, luego de todo eso, alguien le dijo:

—Acá al lado vive un cubano, probá ahí.

Y ahí lo encontró. Ella que buscaba un uruguayo justo ahí, donde todos lo llamaban “el cubano” por los años de exilio en la isla. Y ahí se instaló, en esa casa blanca a medio construir, tan lejana de su cayo y de lo que ella había imaginado.

Pero no importó, porque si algo había aprendido mirando el agua desde el muelle era que las formas de las olas eran las que le daban forma al mar. Así que empezó a hacer amigos en esa calle de Piedras Blancas. Entraba a las casas sin llamar, iba hasta la cocina, y preguntaba:

—¿Qué está cocinando, amiga?

Porque era algo que traía del cayó, como la espuma blanca que se le pegaba a la piel. Y, después de haber trabajado en la Embajada de Cuba y en un boliche cubano, después de haber sido una de las fundadoras de La Bodeguita del Sur, Margarita puso un cartel en su calle Oficial Primero que llevaba escrito Kiosco Caribe y, entre los árboles del terreno y los niños que le compraban caramelos, fue feliz. “Fui muy feliz en esa calle”.

Lo fue por casi veinte años, y después se separó de su charrúa y se fue de Piedras Blancas, sin más pena que la de un niño que deja el campito cuando empieza a llover. “Amo las cosas pero me puedo despegar de ellas con facilidad —dice—. Me queda el recuerdo pero no quedo sufriendo. Eso debe venirme de ese lugar donde viví, porque la vida allí es así”. Le viene de ahí, de la inconstante eternidad del mar.

Un día de 2008, cuando con dos amigas cubanas pensaban en iniciar algún emprendimiento, Margarita pasó por el Mercado y lo miró asombrada:

—Qué lindo lugar. Es mágico —se dijo. Porque había crecido entre la magia y sabía reconocerla donde otros no la veían.

Así que habló con sus dos amigas y luego con Beatriz Silva y, cada vez que el Mercado hizo un evento o una feria, ellas pudieron poner su mesita y una garrafa, y cocinaron comida cubana para vender.



Meses después, en febrero de 2009, se desocupó la parrillada que había en el Mercado y se la ofrecieron a ellas. Cuando Margarita se lo comunicó a sus amigas y socias, estas le contestaron:

—¿Cubanas haciendo parrillada? —le dijo Mercedes Rovira.

—¡¿Parrillada?! —se sorprendió Mayra Pompa, desde el otro lado del teléfono, en Cuba, donde estaba de vacaciones.

Y, a una y otra, Margarita contestó:

—Es lo único que tenemos: una oportunidad.

El marido de Mercedes viajaba por trabajo a Paysandú y Mercedes siempre lo esperaba con el fuego prendido y haciendo asado, como sin querer, para distraer las horas. Así que fue natural que ella fuera la maestra parrillera. Se llevaron todo lo que pudieron de sus casas, desde vajilla hasta atizador, compraron unas banquetas y así arrancaron. Margarita buscaba leña de donde fuera en el Mercado. “No había cajón que se salvara”, dice. Y Beatriz le gritaba:

—¡No podés quemar los cajones! ¡Son patrimonio municipal!

“Beatriz era como Fidel, todo lo bueno y malo que una podía hacer lo sabía —dice Margarita—. Por eso, cuando te decían ‘Beatriz quiere hablar con ustedes’, no sabíamos lo que se venía... ¿Será un homenaje o un escándalo? —y ríe—. Es una titana”.

Todo esto recordó entre sueños y olor a asado ese día de 2009 en el que la parrillada se llenó y sus socias no estaban. Ese día en el que la superaron entre gritos y pedidos y se fue —con la excusa de un cliente que le habló de Cuba— hasta el Cayo Granma y su muelle.

Después, casi cuatro años después, con la remodelación del Mercado, Margarita y Mayra, una de sus socias, tendrían la oportunidad de cambiar la parrillada por Chekere de Cuba Resto Bar, un local de comida y bebidas cubanas, con recetas que les llegarían desde un cayó con una iglesia en la cima.

¿El futuro, Margarita? “El futuro no está. Es el presente el que está. El ahora”. Y el presente es su vida con Luis Alberto, su nueva pareja, y su casa en la Ciudad Vieja. “Cerquita del mar, porque el mar te da otra dimensión de la vida”, dice. ¿Cuál? “Acá se hacen el harakiri, se critican mucho como pueblo, que si somos grises, que si somos tristes, ¡y no es así! Los cubanos, en cambio, disfrutamos hasta de nuestros errores. Lo que no quiere decir que no debemos erradicarlos”.

Cada vez que puede, Margarita se va a pescar a las rocas de Alzáibar y la Rambla. Y se sienta, como de niña, a mirar el agua en silencio. Y seguro que mira el río pero ve el agua de Cuba. Porque hay mares que se llevan dentro y que nunca se van.

En el Mercado había una carpa. Se había instalado en 2008 y se había convertido en la sede de cursos y talleres para la gente del barrio, que se realizaban a través de convenios. El primero fue con el Mides.

El Mides tenía máquinas de coser de tipo industrial y telas, y les propuso armar un taller de costura para hacer uniformes. Armaron la carpa donde hoy está la Plaza de Comidas, pusieron las máquinas adentro, una estufa a gas y voluntarios del Ministerio enseñaron costura a mujeres del barrio. Hicieron también otro tipo de prendas de vestir y empezaron a hacer ferias para venderlas.

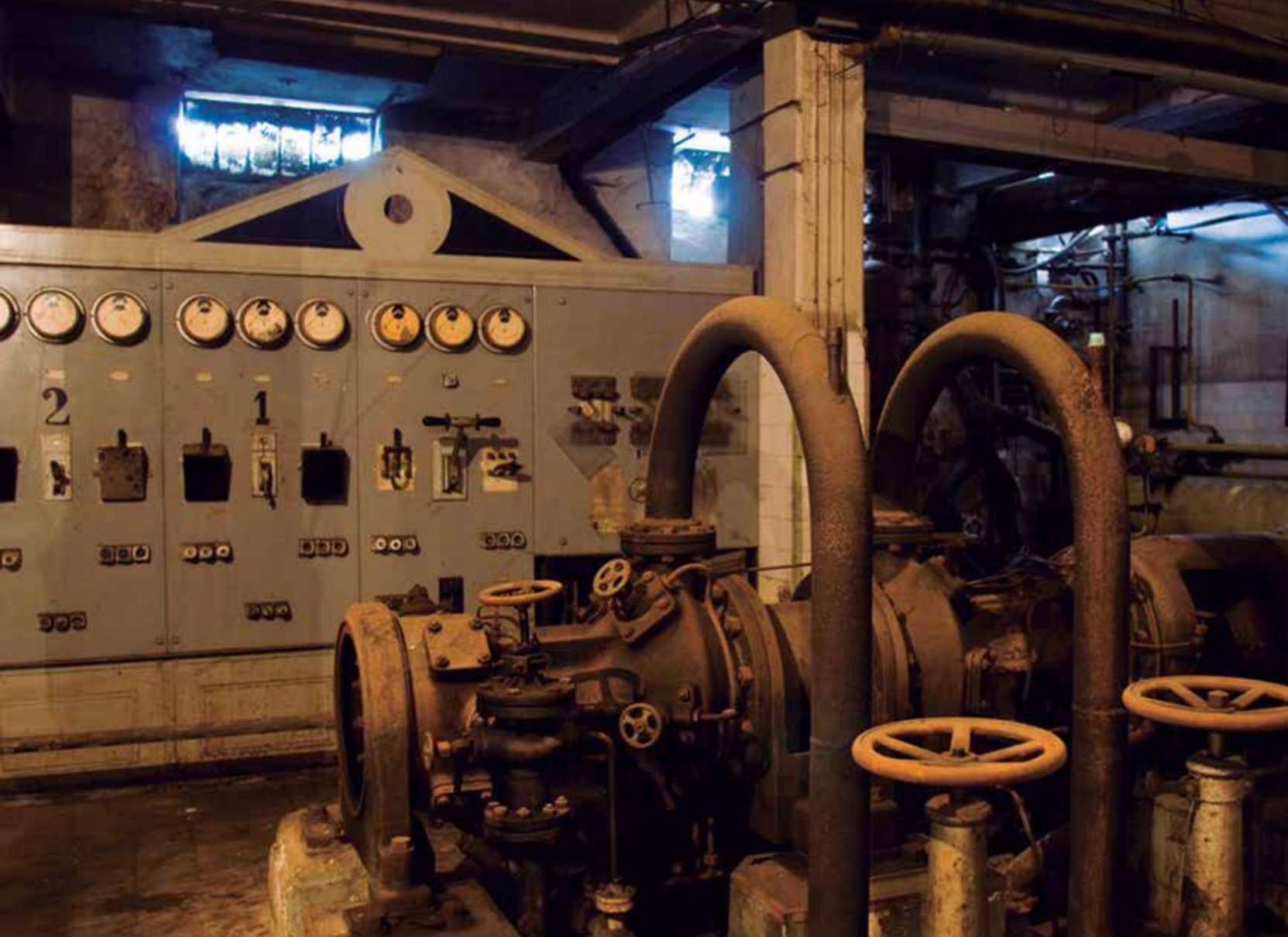


Después, la carpa dio lugar a otros talleres y cursos. “Esa carpa fue la cuna de muchas cosas”, dice Beatriz. Como de la murga del Mercado, Manden Fruta, que nació de un taller con Edú “Pitufo” Lombardo.

AGOSTO DE 2009

De día, las mujeres cosían dentro de la carpa, pegadas a la estufa a gas. De noche, también pegados a la estufa, mujeres y hombres (trabajadores del Mercado y vecinos) se juntaban a imaginar versos y armarlos como una colcha de retazos. La murga se presentó por primera vez al público en agosto de 2009.







Claudia Barreto (administradora de la murga Manden Fruta), 50 años.

113

LOS PORFIADOS

Venimos cargando
Con cajones bien repletos de historias y cuentos
De noticias y chimentos.

*Traemos prendida
La sonrisa entre los labios
Retumba el mercado
Manden Fruta está llegando...*

Llegaban cantando diecisiete hombres y tres mujeres. Y bailaban alrededor de cajones de verdura que se convertían en tambores. Era una tarde de invierno y el colorido de sus remeras contrastaba con la vieja y derruida fábrica de alpargatas en el fondo, con el invierno y con el cielo gris encapotado. Contrastaba el entusiasmo que se les veía en las caras y las ganas con las que bailaban, con el público acurrucado, enroscado en bufandas y hundido por gorros.



Contrastaba todo eso y más todavía contrastaba Claudia Barreto, ahí en medio, de naranja, moviendo sus manos en alto y cantando con todo el cuerpo, como si se le estuviera cumpliendo un sueño.

Venimos cargando

Con cajones bien repletos

Cantaba Claudia esos dos versos que ella había inventado unos meses atrás de ese debut, una noche de otoño, en la carpa en la que ensayaban, dentro del Mercado. Se habían formado a partir de un taller de murgas a cargo de Edú “Pitufo” Lombardo. Una de esas actividades que organizaba el Mercado para integrar al barrio. Claudia vivía en unas viviendas a dos cuadras de distancia y un día que fue de compras vio un cartel que anunciaba el taller y se quedó mirándolo entusiasmada. Quizás en ese momento algo dentro suyo viajó hasta los primeros años de su infancia, antes de que llegara todo lo demás. A la época en la que hacía obras de teatro y de títeres con sus primos en su casa de Sayago, y era feliz.

Eso fue antes de que un paro cardíaco cayera como un rayo sobre su madre y ella se quedara con sus catorce años y sin saber qué hacer. Se quedó con su hermano de dieciocho y un padre que les hacía practicar la pérdida día tras día, porque les daba regalos que casi enseguida les quitaba otra vez para jugárselos en juegos de azar.

De tanta pérdida, a Claudia le empezaron a dar crisis de llanto, dos años después, cuando empezó a trabajar como repartidora en una empresa de ropa de hombres y los dueños la trataron como a una hija más. Cuando sintió al fin que en ese abrazo podía descansar, empezó a llorar. Y después de descansar en el llanto, después de que los años pasaron, aprendió a mirar

otros costados de la vida; se convirtió en una mujer alegre y sonriente a la que solo le faltaba una murga.

Así que ese día en el que vio el cartel del taller con “Pitufo” Lombardo en el Mercado, lo miró y no dudó en anotarse. Anotó también a su marido y empezó. Trabajaba cuidando bebés y haciendo limpiezas en casas y, por las noches, después de unas diez horas de trabajo, entraba en la carpa instalada en el Mercado y saludaba a todos.

“Acá todos tenemos estas historias —dice con ojos negros y decididos—. Amo la murga. Amo a mis compañeros. La siento como una familia”. Claudia se volvió la administradora, la que organiza las rifas con las que se mantienen y el cobro de los cincuenta pesos que paga cada uno por mes; la que organiza también horarios, ensayos, reuniones. La única mujer de entonces que quedó hasta hoy y a la que llaman, divertidos, “la dueña”.

Esos veinte con historias similares se juntaban en las noches de otoño e invierno en un Mercado aún gris y frío, para inventarle versos a sus vidas y cantarlos después. Se calentaban con una estufa a gas y hacían ejercicios moviendo el cuerpo para resistirse al frío. Preparaban el mate y el café y se ponían en semicírculo a tirar ideas y ensayar, guiados por “Pitufo” Lombardo, que les enseñaba métrica, ritmo, cómo hacer letras pegadizas, cómo afinar. Con la ayuda de Leandro “Patita” Taramasco, el letrista, que ordenaba las ideas y las ganas en una letra armoniosa y con sentido.

Y será por todo eso, por eso de que todos ellos tienen historias similares a la de Claudia, que surgieron dos versos. Dos versos de la retirada que escribirían tiempo después, ya bajo la dirección de Rafael Antoñaza:

Ustedes se preguntarán por qué cantamos.



Cantamos porque somos muy porfiados.

Será por eso que aquella tarde del debut, en agosto de 2009 en la calle Martín García, le cantaron a las personas acurrucadas en bufandas, a los edificios viejos y abandonados, y al cielo gris encapotado. Y se fueron tirando besos, sonriendo, con sus remeras de colores y los cajones en las manos.

INVIERNO DE 2009

Mientras arriba, en la carpa, las mujeres cosían y los miembros de la murga armaban letras y ensayaban, abajo, en el subsuelo ya limpio y ordenado, un grupo de mujeres tejía sin pausa, mezclando colores que ellas mismas les daban a las lanas con yuyos y plantas.

Era una cooperativa de tejido que había surgido durante la crisis, en 2002, y que Beatriz había contactado para que participara con sus prendas en una de las ferias que organizaron en el Mercado. En 2009, la cooperativa ya no pudo reunirse donde se juntaban a tejer y Beatriz les propuso un intercambio: instalarse en el subsuelo y que ellas tejieran algunas prendas con el logo del Mercado para los trabajadores.





Nancy Olivera (Entretejiendo Sueños), 51 años.

119

MARIPOSAS EN EL SÓTANO

Al sótano, ya sin ratas ni pulgas, limpio aunque siempre sótano y siempre gris, un grupo de mujeres le ponía colores con lanas que tejían y que colgaban a un lado de sus cuerpos; más allá del final de sus cuerpos. Se parecían a Penélope, pero no, ellas no esperaban. No esperaban a que el destino se les arrimara cada vez más. Ellas no estaban esperando sino actuando. Parecía que tejían pero en realidad preparaban la artillería. Contra la crisis, contra el haberse quedado sin trabajo, contra las producciones industriales masivas que llegaban desde China o India queriendo dejarlas afuera. Parecía que tejían pero combatían.

No esperaban a que el destino llegara y les dijera cómo serían las cosas. No se lo permitían. Antes de eso, lo silenciaban, le tapaban la voz (*la la la*), para no dejarlo hablar. *La la la*, gritaban con punto arroz, Santa Clara, fantasía. Tejían para que no dijera lo que había ido a decir. Para que no pudiera hacerlo. Para que tuviera que irse en silencio. Y es por eso que tejían sin parar y a toda velocidad, a pesar del invierno y de los caños enmohecidos, a pesar de la lluvia que inundaba el lugar, *la la la*, a pesar del frío que les endurecía las manos. Ellas escuchaban a Sandro y tejían.

Eran todas mujeres, pero no siempre había sido así. En el grupo inicial de seis, había dos hombres (Luis y Carlos). Los seis trabajaban antes en una fábrica textil que durante la crisis de 2002 cerró y cuyo dueño se llevó todo



el dinero que les debía. Entonces ocuparon la fábrica y, luego, abrieron una cooperativa y se volvieron empresa recuperada. Después se fueron sumando mujeres que también se había quedado sin trabajo y buscaban una salida laboral, un alivio, hasta que llegaron a decenas en 2007, cuando fueron invitados a instalarse en la planta industrial de FUNSA y cuando luego, ese invierno de 2009, se instalaron en el Mercado (ya sin Luis y Carlos, que con un nuevo trabajo y otras obligaciones habían tenido que dejar la cooperativa).

Ahí en el sótano, Nancy Olivera cantaba entre dientes *Yo quiero vivir como las aves que no pueden atraparse... y alcanzarse* y tejía sonriendo, con sus dientes grandes, con sus ojos miel, cebándose un mate cada tanto. Y Charo, otra integrante de la cooperativa que tejía junto a ella, es probable que sonriera al mirarla y escucharla cantar.

Nancy fue de las primeras. Cuando la fábrica cerró y se quedó sin trabajo, no imaginó que su vida daría ese giro. Tenía cuarenta y un años y había trabajado desde siempre en la Gerencia de Administración de la fábrica, entre números, planillas y calendarios, porque eso es lo que había estudiado: Administración de Empresas en UTU. Cuando se decidió ocupar, ella también ocupó para reclamar el dinero que le debían. Se fue quedando y fue natural que, cuando se creó la cooperativa, ella fuera la encargada de la gestión. Y también fue natural que, en ese entorno, Nancy se pusiera a tejer. Por resistencia. Por reacción. Como había aprendido a hacer de niña, cuando la mandaban en penitencia a tejer con su abuela o con las señoras de la iglesia que tomaban el té, y ella secretamente lo disfrutaba (quizás incluso pudiera tejer una bufanda de colores que llegara hasta donde

estaba su padre, murguista de Araca la Cana exiliado). Lo disfrutaba y el disfrutarlo era su forma de imponerse, de resistirse a las circunstancias, de acallarlas, *la la la*. Como ahora, en ese sótano.

Un punto derecho,
continuaré y escaparé,
dos puntos revés,
de tu abrazo, ave de paso.

Charo quizás la miraba. Habían construido complicidad en esos años. Charo, tejedora experta (había ideado y tejido hasta vestidos de novia), le había enseñado puntos y diseños cuando se formó la cooperativa. Y algo más, le había enseñado algo más. “Me transmitió la magia de las texturas, la magia de crear. Desparramás texturas y colores, y ellos se van uniendo y se crea algo que es eso, magia”, dice hoy Nancy moviendo las manos como si modelara las palabras que va diciendo.

—No, Nancy. Dale mejor este color, mirá —y Charo le arrimaba una lana verde coloreada con yerba. Nancy asentía y entrelazaba el verde al marrón y al beige.

Terminaron tejiendo ahí, en ese sótano ese invierno de 2009, con sus agujas y máquinas, porque un día de 2005 las había llamado Beatriz Silva, la directora del Mercado Agrícola, para que participaran en una feria con sus productos. Así se habían conocido. Después, cuando tuvieron que dejar el parque industrial de FUNSA donde se reunían, Beatriz les propuso instalarse en el subsuelo a cambio de algunas prendas con el logo del mercado

para los empleados. Y así empezaron a entretejer el invierno y la humedad con colores y con las voces de Sandro y Raphael.

Durante la semana, además de salir a vender en ferias de barrios y balnearios (el 30% de cada prenda para la cooperativa, el 70% para el tejedor), iban hasta el Mercado, bajaban al sótano y tejían. Algunas en la mañana, otras en la tarde, otras preferían tejer en sus casas. Y otras, las que habían conseguido un trabajo, algo para ir tirando, iban después de trabajar y tejían hasta la noche. A veces, teniendo que secar las lanas con ventiladores después de alguna inundación. A veces, iluminándose con velas y faroles, por los constantes cortes de luz. Entre la luz huidiza, hilaban la rueca con lanas de colores que ellas mismas coloreaban con yuyos y plantas. Enrollaban las lanas alrededor de la vara junto con historias de sus vidas que se contaban.

Todo esto pasaba ahí abajo, mientras arriba se movían vendedores y changadores, limpiadores y obreros. Todo esto sucedía mientras autos y gentes pasaban por Juan José de Amézaga, sin saber. Sin tener idea que ahí, bajo las veredas, estaban ellas, dándole aguja a la adversidad.

Con la llegada masiva de prendas de China e India, decidieron agregarle artesanía y diseño, dejar volar su imaginación, porque solo con la imaginación se puede contra contenedores llenos de precios bajos (“Yo le tengo un miedo a los chinos cada vez que se ponen a mirar nuestras prendas, porque pueden copiar los modelos y diseños en una maquinita”, confiesa Nancy).

Ahí abajo aprendieron a conocerse, a saberse de memoria, como Nancy y Charo. Por eso Nancy siguió sintiendo a Charo presente incluso después de que muriera, años después. La siguió sintiendo en cada punto cruz o

mariposa que tejió —que teje—. “Nunca sentí que estaba sola y nunca sentí miedo. Siento que Charo está acá, que me está diciendo ‘No, Nancy, dale mejor este color, mirá’”.

La cooperativa terminó llamándose Entretejiendo Sueños (como el nombre del local que tienen hoy en el nuevo Mercado), porque eso es lo que hacían en el sótano. “Estamos siempre metidas en la lana, entremezcladas con la esperanza. Entonces eso es lo que hacemos, entretejer sueños”, dice Nancy, y cuenta una historia.

La de Elda y Rita, dos tejedoras de unos sesenta años que integran la cooperativa. Dos hermanas que viven en una casa con un jardín lleno de dalias y un aljibe, en Veinticinco de Agosto, Florida. En esa época, como hacen hasta hoy, se levantaban a la madrugada y se inclinaban difícil, como sauces en otoño, y arrancaban, con sus manos ásperas de una vida en el campo, yuyos, tubérculos y plantas para colorear las lanas. Yerba para los verdes, marcela o cáscara de cebolla para los amarillos y naranjas, cáscaras de remolacha o eucaliptus para los marrones. Después, juntaban colores y lanas en ollas, contagiándolas (¿Conversaban mientras lo hacían? ¿Recordaban sus vidas, a los parientes, a los niños? ¿O callaban?). Al fin, secaban las lanas y tejían ese colorío, con el sol de Florida zambulléndose por la ventana.

Hacían todo esto sin imaginar que un día de 2008 sus tejidos, gracias a que la cooperativa había crecido tanto (son cuarenta y ocho tejedoras) y fue invitada desde Italia para mostrar lo que hacían y contar cómo lo hacían, sin imaginar que un día sus tejidos, esos buzos y chalinas, esos sacos



y guantes que salían de sus manos como mariposas de capullos, estarían expuestos en Italia.

No lo imaginaron pero tampoco pudieron creerlo –casi– cuando se lo contaron y les mostraron las fotografías. Cuando sostuvieron las fotos entre sus manos ásperas y arrugadas, y vieron las vidrieras de Roma, Génova, Pisa, con sus prendas colgadas.

Y quizás también eso recordaba Nancy ese invierno de 2009, en un sótano frío y húmedo, mientras tejía y cantaba con sus dientes grandes, con sus ojos miel, *luego de volar me detendré a descansar en el ocaso... ave de paso.*

A medida que fueron llegando los fondos, se fue contratando personal técnico calificado y se comenzó la refacción del edificio. “En los primeros tres años no hice arquitectura. Hice otras cosas, pero no arquitectura”, dice Pascual, el arquitecto. Y luego: “Hacer el trabajo bien lleva dinero”.

Esto generó discusiones entre él y Beatriz, que veía que los fondos disminuían cada vez más.

–¿Qué es esto? ¿Cinco mil pesos para hacer el ADN de un ladrillo? –le increpó ella un día.

Pascual le explicó que lo que estaba haciendo esa empresa española era medir el comportamiento del ladrillo:

–Se lo pone en el horno y se lo pesa. Se lo deja días en agua y se lo pesa. Se calcula la diferencia de estructura y peso cuando tiene humedad, para ver qué comportamiento tendrá cuando esté mojado. Es como

el estudio que estamos haciendo para evaluar la composición metálica del edificio y ver el estado de las piezas de hierro.

Beatriz no se convencía, se le veía en la cara.

—Pagá y olvidate —le sugirió Pascual al verle el gesto.

—Prefiero una bolsa de portland que un ingeniero —fue la respuesta de ella, que no quería saber de más técnicos cuando todavía quedaban caños por destapar y cosas así.

—Las dos cosas tienen que ir en paralelo —le contestó Pascual—. Si no, la bolsa te queda parada afuera, en un rincón. Es un equilibrio.

El dinero que se destinó al trabajo de técnicos de todo tipo fue en total cerca de un millón de dólares. Pascual explica que él hace las cosas así, para que perduren, o no las hace.

2010

La primera obra de restauración que se hizo fue la de la fachada de Martín García. Entonces, llegaron dos manos de setenta años, las de Sergio Peláez, que se encargaron de la reconstrucción de la mampostería y, luego, de otras dos fachadas más.



Sergio Peláez (encargado de restaurar la mampostería de las fachadas), 75 años.

127

EL ESCULTOR DE FACHADAS

Sus manos grandes, de siete décadas, de venas azules como ríos, arribaban moldes y mezclaban colores en el ala de Martín García del Mercado.

Esas manos habían tocado esas mismas paredes sesenta y cinco años antes, cuando ayudaban a las de su padre a cargar y descargar las verduras que vendía ahí. Por eso, cuando a Sergio Peláez le pidieron que se encargara de la restauración de la mampostería de la fachada de Martín García, dijo, sin dudarle:

—Sí. Acá quiero trabajar —a pesar de la edad, del esfuerzo, de que había que rehacerla casi totalmente.

Son manos pesadas, de cuero, de alguien que vivió la vida sin rozarla; hundiéndolas en la arena, en el barro, en el agua y en la cal. Sus manos son mapas de su historia, porque vienen de otras (¿iguales?): las de los Peláez, de los primeros pobladores de Islas Canarias que llegaron a Uruguay. Y vienen de las de su padre, que construían carreteras en el departamento de Canelones. Su padre que después, cuando intentaron trasladarlo a Paysandú, plantó bandera en Totoral del Sauce, un pueblito de Canelones, abrió un almacén y una quinta. Se arrimaba la década del '50 y las manos de diez años de Sergio empezaron a ayudar a sembrar y a cosechar. A cargar,



a las cuatro de la madrugada, los casi cinco mil choclos en el viejo Cadillac que habían transformado en camioneta. Y a abrir, después, la puerta del acompañante para salir rumbo al Mercado.

Allá, sus manos volvían a descargar la mercadería, dándosela a “los lechuzas”, los que les compraban a los quinteros en grandes cantidades y revendían después ahí mismo a un precio más alto. Luego, a media mañana, sus manos sostenían el chorizo al vino blanco entre empujones de los changadores que llenaban el Bar Carlitos, de José L. Terra y Domingo Aramburú.

Esas mismas manos que, años más tarde, cuando la familia Peláez se mudó al Barrio Sur de Montevideo y abrió un almacén, ayudaban a atender a los clientes (atendían, entre otros, al Negro Pirulo). Esas mismas que ayudaron a amasar la masa de las pizzas que hacía su madre para vender en el tablado organizado por su padre ahí en el barrio.

Esas manos que se sacudían nerviosas al costado de su cuerpo cuando corría, escapándose, al conventillo de Julio Herrera y Obes. Y que entonces golpeaban las lonjas de los tambores hasta que se hacía tarde y tenían que volver a meterse adentro de los bolsillos.

Esas manos que querían construir una casa para sus tías abuelas—que vivían en una vieja y estropeada en San José—, y que por eso hicieron a Sergio estudiar Arquitectura.

Esas manos que, ya jóvenes, aprendieron electricidad, sanitaria y carpintería. Y que luego, también, manejaron la caja registradora de una farmacia, de una boutique, de una tienda de ropa, negocios que Sergio iba abriendo en paralelo con su carrera de arquitecto y jefe de obra.

“Me gustaba estar siempre metido en el portland, en la construcción”, dice hoy, sosteniendo el termo y el mate, con sus cejas marrones y su barba blanca, con su mirada profunda y decidida. Esas manos que sostuvieron con amor las de dos mujeres, son las que ayudaron a revocar veinte mil metros cuadrados de yeso para hacer la primera torre del World Trade Center de Montevideo. Y las que reconstruyeron la fachada del viejo Teatro Macció de San José (construido a principios del siglo XX, al mismo tiempo que el Mercado Agrícola).

Esas que, cuando vieron que el oficio de frentista se estaba extinguiendo, empezaron a bailar en el aire, mostrándoles a capataces y obreros cómo se hacía y cuál era el trabajo, para que no se perdiera, para que no se diluyera en el polvo de la memoria.

Esas —ya de siete décadas— eran las manos que estaban ahora ahí, enseñando a los obreros a hacer los moldes para los adornos de la fachada de Martín García y luego también los de otras dos fachadas: la de José L. Terra y la de Ramón del Valle Inclán (incluyendo esos cuatrocientos soles, uno por uno). Enseñando a pasar capas de cal con color y a cepillarlo y fijarlo después. A reconstruir los copones de las entradas del Mercado. Esas que mezclaron, por veinte días, ferrites de colores hasta que dieron con el gris exacto del edificio antiguo. El color justo de la historia.

Esas, las de Sergio Peláez, son las manos de quién vivió, sin rozar, la vida.



PRIMAVERA DE 2010

Mientras las manos de Peláez trabajaban los moldes de las fachadas, adentro, parados en medio del Mercado en obras, dos hombres miraban hacia arriba. Un haz de luz entraba y sacudía, divertido, las partículas de polvo. Las hacía vibrar, bailar soñando cosas mejores. Pero no era eso lo que miraban los hombres. Ellos miraban más allá: el techo.

—Este techo marca una época. Te genera ambientación y te da escenografía. Te mete en ese país que fuimos —dijo uno de los hombres, Juan Carlos Fabra, el arquitecto encargado de la iluminación del Mercado.

—Sí, el techo es la vedete de la obra —le contestó el otro hombre, Pascual.

Y los dos siguieron mirando, estudiando cómo hacer para resaltar el techo sin hacer notar la estructura y los focos que lo iluminarían.





Juan Carlos Fabra (encargado del proyecto de iluminación del Mercado), 48 años.

133

Y SE HIZO LA LUZ

Este techo marca una época. Y las luces tienen que resaltarlo. Subrayarlo —le dijo Juan Carlos Fabra, el arquitecto encargado de la iluminación, a Carlos Pascual, el arquitecto del Mercado, un día de 2010, cuando empezaban a estudiar el proyecto de luces.

Juan Carlos sabía que su trabajo consiste en no hacer notar su trabajo. Es un trabajo de ocultar. Ocultarse a sí mismo, para mostrar a los demás. Sus luces deben atraer los ojos a otros objetos, relieves, rincones, al trabajo de otros, a un techo. Nunca ser las protagonistas. Su arte es la de resaltar el arte de los demás.

Su arte es invisible como el rayo de sol que entraba en el Mercado y sacudía las partículas en el aire, ignorado por el ajetreo de puesteros, changadores y obreros que iban y venían sin pausa.

Siempre le gustó eso de indagar el revés de la vida. La cara oculta. De la que no se habla y, a veces, incluso, no se ve. Como buscar el mecanismo escondido de una cajita de música.

De niño, esperaba a que su padre se fuera a trabajar, para entrar a escondidas en el taller que tenía en el fondo de la casa del Prado en la que vivían. Le gustaba ese mundo de hierros y cables. Era algo que le venía de

familia. Su bisabuelo había hecho los transformadores de la primera sub-estación eléctrica de Córdoba, Argentina. Y sus tíos y hermanos trabajaron siempre en electromecánica. También su padre, que hacía las bobinas eléctricas de las máquinas de ferrocarril. Por las tardes, las llevaba al fondo de la casa y le pedía a Juan Carlos que lo ayudara a armar los bobinados con cobre. A Juan Carlos le gustaban tanto esas tardes mareando los hilos de cobre alrededor de un carretel gigante como una montaña rusa, que no podía dejar que eso fuera todo. Había un mundo por investigar. Un mundo que su padre quería que estuviera bien lejos de su hijo. “Hizo lo imposible para que yo no me vinculara a la electromecánica, porque quería que estudiara”, recuerda hoy.

Así que Juan Carlos esperaba a que su padre se fuera a trabajar para poder treparse al ciruelo del fondo, entre la luz del sol y las ramas, y saltar desde ahí a la claraboya del taller. Se hacía finito y entraba de cabeza en ese otro mundo que estaba protegido por una puerta de hierro y vidrio cerrada con llave.

Eran unos diez metros cuadrados tapizados de estantes, pinzas, trozos de alambre, cobre. Olor a barro húmedo: a metal. A herramientas y clavos. Olor a hierro, frío y filoso. Y Juan Carlos, tan niño, tan lleno de ilusiones y de magias, intentaba ser el dios de ese mundo, un dios de cables de colores.

Inventaba entonces desvíos en sus pistas, para que sus trenes salieran a pasear a otra parte. Los inventaba para ellos, tan acostumbrados, tan subalternos, tan llevados por la inercia del plástico que les pasaba por debajo. Juan Carlos les construía desvíos como atajos al paraíso. Y luego ponía sobre esos desvíos los vagones, que no notaban siquiera el cambio

de ruta y se dejaban llevar, terneros de metal, a ninguna parte por toda la eternidad, que era la duración de una pila.

Juan Carlos descubrió que ese detrás de escena era su lugar. Descubrió lo que era ser un hombre invisible. Era casi como ser un superhéroe.

Ese niño creció y, siendo ya un adolescente, empezó a construir las luces para los bailes de sus amigos. Iba a la estación de servicio del barrio y pedía latas de aceite vacías. Con eso, una caja de madera y sus cables de colores, creaba un mundo de luces parpadeantes. Y sus amigos bailaban sin notar a conciencia los colores; sin darse cuenta de que eran esas luces las que los sacaban del negro de la oscuridad para convertirlos en bailarines ante los ojos de los demás. Las que creaban sus figuras. Ahí, bailando al ritmo de Los Beatles, los Bee Gees y de Queen, eran como los vagones de la pista, que se dejaban ser, ajenos a la luz que los hacía, a los desvíos que los llevaban.

Después, ya con veinte años, mientras trabajaba, estudiaba arquitectura y, en los ratos libres, hacía con amigos autos de carrera a partir de cachilas y caños de sanitaria, leyó un día un aviso de la empresa Philips que pedía personal para el área de Diseño Lumínico. Juan Carlos se presentó y empezó a trabajar junto a un hombre que le cambió la vida: Carlos Galante. Porque con él descubrió que lo que hacía podía ser un arte. Hasta entonces había creído que las luces estaban del lado de la ingeniería, de lo técnico, pero Galante le enseñó que podían ser aplicadas a la arquitectura. Que era un arte eso de iluminar las distintas caras de la vida.

Juan Carlos empezó a hacer los planos para el taller de la empresa y la producción, desde el diseño de las luces hasta la fabricación. “Eso me

atrajo, me atrajo, me atrajo –repite y le cambia el gesto al decirlo; le brilla—. Mi creatividad y mi búsqueda son a través del taller”.

Por eso estaba ahora ahí con el arquitecto Pascual, mirando el techo del Mercado. Se habían conocido hacía veinte años, trabajando juntos en la iluminación del Cabildo y de la Catedral de Montevideo. Después, la vida los había perdido. En 2003, Philips cerró su fábrica en Uruguay y Juan Carlos –que había trabajado casi veinte años ahí– se fue a Andalucía, España, con su mujer y sus dos hijas, a trabajar en proyectos de iluminación allá. Lo hizo hasta 2009, cuando empezó a tener algunos encargos en Uruguay y a viajar cada tanto. Fue en uno de esos viajes que Pascual se enteró que estaba en la ciudad y lo contactó para pedirle que se encargara del proyecto de iluminación del Mercado. Una nueva misión lo llamaba a hacer visible lo invisible y esta era una que no podía rechazar. “El Mercado es una pieza de la arquitectura nacional –explica Juan Carlos–. Mezcla arte e ingeniería. Fuera del país me di cuenta de que se puede recuperar el patrimonio. Y quería dar una mano en eso. No fue una cuestión económica. Quería aportar algo del modo en el que siempre pensé que tenían que ser las cosas”.

Así que, el primer día de 2010, él y su mujer se sentaron y planificaron la vuelta a Uruguay en detalle, para poder llegar con la primavera. Nueve meses después, volvió al país, desemigró. Con la misión –hombre de las luces– de volver visible por las noches un edificio que había acunado escenas de la historia de su país. Y de iluminar su techo, ese techo que había visto pasar, desde lo alto, a inmigrantes, emprendedores, auges y crisis, delincuencia y vida familiar, y lo había soportado todo en silencio. Juan Carlos tenía que sacarlo de las sombras y volverlo visible.

Y ahí estaba con Pascual, mirándolo y definiendo cómo armar el diseño para que las luces se ocultaran e iluminaran desde su anonimato. Para que su trabajo fuera invisible y diera luz sobre todo lo demás.

Los dos hombres terminaron de definir los detalles, de calcular, de intercambiar ideas, y se marcharon. En un rincón, un gato se levantó de su siesta y olfateó estirado hacia arriba. Se quedó mirando las partículas de polvo que nadie más había podido notar.

Ese techo que era “la vedete de la obra”, como lo había definido Pascual, se reconstruyó conservando la estructura y el diseño que tenía. Porque ese techo separó de la lluvia a los montevideanos del ‘900 y a los inmigrantes que iban llegando. Ese techo miró, en silencio, a las familias que pasaron por ahí durante un siglo. Les dio refugio. Ese techo era como un dios de maderas y metal hecho por un Geppetto antiguo.

Por eso, cuando se terminó de reconstruir y Beatriz se subió a poner la última madera, se hizo una fiesta para inaugurarlo, el 25 de setiembre de 2011.

SETIEMBRE DE 2011

En la fiesta participó la Sinfónica de Montevideo y las murgas Agarrate Catalina, Queso Magro y Manden Fruta, la del Mercado. Esa noche, los hombres y mujeres que trabajaban en la cooperativa Animate ya no tuvieron que hacer de público: el Mercado se llenó de gente. Tanto, que Ana Paula Teliz, que había instalado allí dentro un contenedor y lo había convertido en cafetería y restaurante, esa noche no dio abasto y tuvo que llamar a sus abuelas para que le dieran una mano.



Ana Paula Teliz, 28 años. / Ana Caterina Pesce, 84 años.
Rosalía Sica, 77 años. / (Café del Mercado)

139

GUARDADO ENTRE SUSURROS

No daban abasto. Eran más de quinientas personas para atender en un contenedor y pocas horas. Un contenedor transformado en cafetería y, ahora, en restaurante improvisado para la fiesta de inauguración del nuevo techo del Mercado. Ese contenedor que Ana Paula Teliz montó con la ayuda de toda su familia, hacía más de un año, a mediados de 2010.

Ana Paula había dejado el liceo a los dieciocho y había estudiado cocina, *bar tender*, hotelería y, después, Administración de Empresas en UTU. Trabajó en un hotel pero a los veinticinco años quiso empezar algo propio. Sabía de la remodelación del Mercado porque desde hacía un tiempo sus padres habían empezado a hacer sus compras ahí. Así que un día de abril de 2010 fue hasta la calle José L. Terra y pidió una entrevista con la directora, Beatriz Silva.

—Quiero poner mi local de repostería acá —le dijo.

—No tengo lugares —le contestó Beatriz.

—Pero yo quiero estar acá. Quiero estar acá —le insistió.

Beatriz no tenía por qué saber que Ana Paula no se movería de ahí hasta que le diera una oportunidad. No tenía por qué saber que esa era la

misma Ana Paula que una vez, con cuatro años, cuando su abuela se había enojado con ella, le había gritado ¡Soy así y no voy a cambiar! No tenía por qué saberlo. Pero sí veía que esa muchacha clavada como un junco frente a ella, no se iba a ir hasta que no le diera alguna esperanza, hasta que no le regalara un tal vez. Así que cuando Ana Paula repitió como un estribillo:

—Yo quiero estar acá.

Beatriz le contestó:

—Lo que necesitamos es una cafetería, porque no tenemos. Si traes un contenedor, podés poner una cafetería.

“Lo dijo pensando que yo no iba a hacerlo”, recuerda Ana Paula. Pero ella no solo iba a hacerlo sino que, con el café, serviría sus alfajores y sus tortas; objetivo casi cumplido.

Se fue de ahí y averiguó precios de contenedores, compró uno vacío y puso a trabajar a toda su familia. Armaron un *deck*, mesas, un mostrador... Al mes se presentó otra vez en la oficina de Beatriz:

—La semana que viene traigo el contenedor. ¿Dónde lo pongo?

Beatriz la miró. La miró, junco enraizado. Y luego miró el Mercado intentando buscarle una ubicación.

Los primeros tiempos fueron difíciles. “Había que remarla y no es un modo de decir”, recuerda Ana Paula. No solo el techo del Mercado se llovía justo encima del contenedor y tenían que correr a los clientes de un lado a otro del *deck*, sino que la poca gente que pasaba por ahí no estaba interesada en el café.

A las cinco de la madrugada, cuando Ana Paula llegaba, veía en el bar del Mercado changadores acodados en las mesas con cinco o seis envases de cerveza vacíos. De café, ni se hablaba. Así que, para subsistir, empezó a hacer comida para el almuerzo de los trabajadores, sin imaginar que un par de años después, cuando reinaugurara el Mercado, su Café del Mercado sería un local nuevo que desbordaría de clientes comiendo sus alfajores, sus *muffins*, sus tortas. No podía imaginarlo entonces, cuando los clientes escaseaban y ni siquiera lo de los almuerzos hacían que las cuentas cerraran. “En ese entonces sobrevivíamos con los eventos, con los espectáculos de tango. Porque ahí llegaba tanta gente que hasta mis abuelas tenían que ayudarme”.

Como esa noche de 2011, durante la inauguración del techo, en la que fue tal la locura que algunas hamburguesas al pan se despacharon sin hamburguesa adentro. Eran cientos de personas para atender. Ana Paula y su hermano Martín, que la ayudaba en el café, no daban abasto, así que llamaron al resto de la familia, a sus padres, a dos tíos y dos primos, y a sus dos abuelas, Ana Caterina Pesce y Rosalía Sica. Las dos mujeres dejaron bastón, abrigos y sus casi ochenta años en una pila en un rincón, y fueron gacelas entre la tropilla.

Para Ana Caterina los años habían sido un racimo de mariposas veloces que pasaron aleteando por encima de carros de caballos, tranvías, cachilas, autos, patrulleros... Todo había sido muy rápido y, sin darse cuenta, una mariposa se había salido de la bandada y había volado hacia atrás, desandando el camino. Y entonces, mientras pelaba papas y preparaba sándwiches en el contenedor, Ana Caterina de pronto tenía diez o doce

años y estiraba masa para hacer tallarines para más de cien personas. Estaba en la cocina del bar de sus padres, en Juan José de Amézaga casi José L. Terra, donde se servía desayuno, merienda, almuerzo y cena para los trabajadores y, sobre todo, para los quinteros que le vendían verdura al Mercado. Eran los primeros años '40 y en el Mercado había un ir y venir constante de changadores, de clientes que compraban al por mayor y menor, y de quinteros que llegaban en carros cargados y tirados por caballos desde las quintas de Montevideo, Canelones y San José.

Uno de los quinteros era el padre de Rosalía, la otra abuela de Ana Paula, que llegaba desde su quinta en Avenida Italia y Mariscal. A las cuatro de la madrugada daba el arre al Chiche (y más tarde al Chino y luego a la Porteña) y este salía disparado, arrastrando al hombre y al carro cargado tras de sí. Quizás, mientras trotaba, Chiche vivía sueños de cabalgatas en el verde amplio, sin límites; los sueños infinitos de lo silvestre. Quizás. Lo cierto es que Chiche iba a todo trote por la ciudad, sin ninguna indicación ni golpe de riendas. Se sabía de memoria el camino, como muchos de los otros caballos que se encontraban ahí, en las largas colas que hacían lunes, miércoles y viernes para poder entrar al Mercado; colas que a veces llegaban hasta la calle Garibaldi. Al llegar, el padre de Rosalía se acomodaba en el carro y esperaba horas hasta que le tocaba entrar y descargar su mercadería en los tres metros de piso que alquilaba para venderla. Se quedaba ahí toda la mañana y después se iba a almorzar, como muchos de ahí, y es probable que más de una vez haya ido a comer al bar de los padres de Ana Caterina, y haya comido los tallarines que Ana Caterina niña ayudaba a su madre a preparar. Entonces, ninguna de las dos, ni Rosalía ni Ana Caterina

niñas, podían imaginar que el hijo de una se casaría con la hija del otro y tendrían una nieta de nombre Ana Paula.

Ana Caterina niña estiraba hojas de masa cada vez que no estaba en la Scuola Italiana o jugando al voleibol en la Plaza de Deportes Número Dos, la del barrio Goes (en la que llegó a ser capitana del equipo). Estiraba con su madre de a ocho hojas de tallarines que daban de comer a más de veinte mesas, mientras unas ollas enormes hacían de banda sonora, hirviendo en las cocinas a leña y a carbón del fondo. Cuando no estiraba tallarines, rellenaba ravioles, preparaba el matambre o condimentaba la carne al horno.

De a ratos, apenas podía, se escabullía a la parte delantera del bar. Ahí donde estaba lleno de hombres sudorosos y cansados, donde había una pared como de cuatro metros de alto tapizada de botellas, donde las voces lo llenaban todo. Porque el acordeonista que solía tocar ahí, la llamaba a cantar. Ana Caterina llegaba desde la cocina como una estela, caminando por el piso negro y blanco que parecía un tablero de ajedrez. Se paraba junto al mostrador de mármol que era casi de su altura y, con su melena corta, su raya al costado y su vestido holgado hasta la rodilla, cantaba canciones italianas de la montaña, *stelle alpine*, de letras tristes de arrepentimientos y nostalgias. Eran canciones que le había enseñado su padre piomontés y qué él había aprendido mientras cargaba madera desde lo alto de los Alpes hasta el bajo, durante la Primera Guerra Mundial. Ella las cantaba con inocencia, como si no significaran nada, como si la guerra fuera un trabalenguas o un lugar.



Quizás fue justo por eso que empezaron a llegar hombres del prostíbulo de al lado a escucharla. Porque ella tenía la inocencia que ellos habían perdido. Y al rato también llegaban las mujeres que trabajaban ahí, a quejarse porque la niña les robaba los clientes. Esa niña que todavía tenía algo que casi nadie en ese bar podría ya recuperar.

Pero, después, todo cambió. Porque el Mercado Modelo abrió en 1937 y muchos se fueron para allá. El bar empezó a tener menos clientes hasta que tuvo que cerrar. Ana Caterina dejó de cantar y empezó a llevar las viandas de comida que su madre preparaba (sopa, pollo, ensalada) a algunos clientes que todavía quedaban, mientras su padre llevaba a hoteles y sanatorios la compra de verdura que necesitaban para el día.

Luego, cuando eso tampoco rindió, pusieron un lavadero en su casa. “Era 1958 y la gente empezaba a tener dinero y a vivir en apartamentos, así que no tenía dónde tender la ropa y la mandaba al lavadero”, recuerda Ana Caterina. Su madre lavaba las sábanas mientras ella, con cuatro planchas a la vez, iba sacándoles los caprichos y perezas a toda velocidad, dejándolas pulcras y elegantes como ella misma.

Ana Caterina ya no cantó pero conservó las melodías escondidas en la boca, enredadas entre susurros. “Todo esto está en mí —dice—. Porque si te olvidás de dónde venís, nunca vas a saber a dónde querés llegar”. Y entonces uno se la imagina, setenta años después, tarareando entre dientes viejas canciones italianas mientras pelaba papas y preparaba sándwiches en un contenedor, junto a su nieta, bajo ese techo reinaugurado, cielo de la estela desde la que ella llegaba.



2012

Después del techo, llegaron los vidrios. Los anteriores, hechos pedazos, habían desistido de proteger al Mercado hacía ya mucho tiempo, en una época tan indefinida como lejana.

Se hizo un llamado y lo ganó la vidriería Francisco Massaferro Hermanos, sin saber entonces que esa empresa tenía un vínculo con el barrio que venía desde mucho más atrás.

El director de la vidriería era Pablo Rivera, el nieto de un italiano que había llegado a Goes en 1912, el mismo año en el que el Mercado Agrícola se había terminado de construir. Cien años después, en 2012, Pablo y un equipo liderado por el capataz Nelson Félix se ocuparon de la colocación de ochocientos vidrios de hasta cien quilos de peso.

145



Pablo Rivera (director de la vidriería Francisco Massaferrero Hermanos), 65 años.

147

LOS VIDRIOS CÓMPLICES

Francisco golpeó la puerta de la casa de su infancia después de treinta y siete años y dos guerras mundiales. Treinta y siete años sin ver a su padre. Era de noche, 1949, y había llegado caminando por entre las montañas porque no quería que pasara ni un día más. Quizás, mientras esperaba que alguien abriera, miró alrededor en la oscuridad e intuyó los relieves, los olivos y castaños, las otras –pocas– casas de piedra y tejas, la única calle que atravesaba Montesordo, ese pueblo mínimo cuarenta kilómetros al norte de Génova. Quizás, con sus ojos cansados de tanto mar y tierras nuevas, sus ojos de cincuenta y siete años, miró el escudo de su familia y leyó una vez más su apellido en él: “Massaferrero”. Y tal vez hasta sonrió al volverlo a ver, al volver a ver esa casa que había pertenecido a su familia por cuatro siglos. Al volver a casa.

Se había ido con dieciocho años, en 1912. Un vecino del pueblo viajaba, como tantos, como barcos llenos de tantos otros (y de sueños y de voluntad y de enfermedades contraídas en altamar), a conocer y a hacer *l’America*. Y le dijo a su padre si alguno de sus hijos quería viajar con él. Eran dieciséis hermanos y hermanas, y fue Francisco, el segundo, el que se animó. Quería ver qué había detrás de esos olivos y castaños. Qué, más allá del puerto de Génova. Qué había donde nacían vientos de nombres descono-



cidos. Vientos que morían antes de llegar hasta ahí. Quería saber, como tantos, de qué estaban hechos esos vientos y si eran ciertas las leyendas que transportaban. Si era verdad, por ejemplo, que allá la palabra *miseria* no estaba todavía definida.

Francisco quería descubrir todo eso y se subió a un barco de nombre Giulio Cesare, Neptunia o Re Vittorio. En ese barco se trepó al horizonte y se bajó del otro lado, en el barrio de Goes.

Lleno de sueños aún por soñar, aprendió el oficio de vidriero trabajando en una vidriería y, apenas pudo, se compró una motocicleta con sidecar y trabajó por su cuenta cuando terminaba su horario como empleado. Al poco tiempo, un ingeniero inglés que construía un frigorífico en el Cerro, lo contrató para que colocara todos los vidrios. Francisco lo hizo, solo, cada noche, después de su trabajo, iluminándose con velas para engañar la oscuridad. Satisfechos con el trabajo, le pagaron un premio, con el que se compró su casa y se independizó. Inauguró su propia vidriería ese 1912 en el que, a pocas cuadras de ahí, terminaba de construirse el Mercado Agrícola de la ciudad.

Se casó con Elvira, la hija del almacenero piemontés del barrio, y tuvo una hija. Mudaron la vidriería a un lugar más grande a un par de calles, y Francisco fue llamando a sus hermanos para que se le unieran. Había pasado la Primera Guerra Mundial como un vendaval en una toldería, y el hambre los fue arrimando hasta que sumaron siete. Se instalaron todos en la casa del piso de arriba de la vidriería y trabajaron sin descanso juntos (colocaron los vidrios de edificios, negocios, hoteles y restaurantes que crecían en la ciudad, incluso colocarían los del Hospital de Clínicas). Y Elvi-

ra los esperaba siempre con la comida caliente y la ropa limpia. Trabajaron y, en 1941, pudieron tomarse el primer domingo libre.

—En Montesordo, un domingo comer una manzana era una fiesta —decía siempre Francisco, para eludir la queja. Porque hay cosas que, aunque se pueda, no se pueden olvidar.

Quizás fue justo en eso en lo que estaba pensando esa noche de 1949, frente a la puerta de la casa de su infancia en Montesordo, cuando su padre abrió. Los dos hombres se miraron. Treinta y siete años y dos guerras mundiales. Y lo que se dijeron, eso, solo ellos lo saben.

Una noche, dos décadas después de aquella de oscuridad en la montaña, Francisco se sentó en la cama de un sanatorio con setenta y siete años, y le dijo a su nieto Pablo:

—Andá a buscar a tus padres y a tu hermana.

Pablo obedeció. Veinticuatro años habían bastado para conocer a su abuelo lo suficiente como para saber que se trataba de algo importante. Cuatro años antes, cuando su abuela Elvira había muerto, Francisco le había hecho un pedido con énfasis similar:

—¿No dormirías en el cuarto conmigo? —ese año hubieran cumplido cincuenta años de casados.

Pablo, claro, había accedido. La soledad no es un insecto diminuto. Desde entonces, abuelo y nieto compartían la habitación. Desde entonces, Pablo conocía aún más a Francisco.





150

Así que ese día, en el sanatorio, salió corriendo a buscar a sus padres y a su hermana como su abuelo se lo había pedido. Cuando llegaron, Francisco les dijo a los cuatro, que lo miraban alrededor de la cama:

—Yo sé que me voy para el otro mundo.

—No, papi —le dijo su hija, apoyándole una mano en el brazo como para negar.

—Yo sé que me voy para el otro mundo —repitió Francisco, quitándose la mano de su hija del antebrazo, y con la tranquilidad con la que se habla de otros asuntos de la vida. De otros, no de ese—. Les quiero decir dos cosas. Primero, que los bienes son de la familia. Y segundo, que quiero que me pongan al lado de la pobre Elvira.

No dijo más nada esa noche. Y al día siguiente, un día de verano de 1972, murió.

“Fue eso lo que dijo. Me acuerdo perfectamente. Hizo su testamento oral”, cuenta hoy Pablo Rivera, con los ojos celestes enrojecidos al recordar, en la misma oficina que fue de su abuelo. “Una emoción grande como esa no recibí nunca ni voy a recibir”. Y se emociona al decirlo, porque llega el eco de aquella emoción. Afuera, en letras blancas sobre vidrio, se lee: “Francisco Massafferro Hermanos. Una tradición transparente”.

Cuando pisó por primera vez Montevideo, Francisco no imaginó que cien años después, en 2012, su nieto Pablo, contador y director de la vidriería que él fundaría, y sus dos bisnetos (Juan Pablo y Fernando) serían los encargados de colocar los vidrios de aquel mercado del que entonces todos hablaban porque estaba por inaugurar. Francisco nunca imaginó que serían

sus vidrios, los vidrios Massaferry, los cómplices de la luz del barrio Goes. De ese barrio que lo recibió. De esa isla al otro lado del horizonte.

Las obras se estaban por terminar y, para algunos, llegó el momento de las despedidas. Porque el nuevo Mercado implicaba también nuevas reglas. Hubo que hacer cursos, que cumplir un reglamento y un horario. Hubo algunos que no creyeron que fuera a funcionar y otros que se sentían ya viejos para volver a empezar. Saturnino Maneiro o Maneiro, a secas, como lo conocen todos ahí, fue uno de los que se fue.

15 DE ENERO DE 2013

Maneiro estaba en el Mercado desde 1988, pero tenía ya ochenta y un años y no pudo comenzar otra vez, hacer los cursos que le pedían y mantener su puesto abierto de ocho de la mañana a diez de la noche. Así que tramitó su jubilación y se fue sin hacer ruido. Con su cuerpo bajo y macizo, con sus lentes de pasta transparente y sus pocas palabras.





Saturnino Maneiro (ex puestero del Mercado), 82 años.

153

MANEIRO SE FUE...

“Y hay el silencio de la vejez (...)
La gran extensión de la vida”.
Edgar Lee Masters

“Murió mi hermano y hasta las once de la mañana no me lo dijeron para que terminara los trabajos”, dice Saturnino Maneiro, recordando su infancia.

Era una mañana de invierno, Saturnino tenía doce años y trabajaba como peón en una estancia de Fray Bentos por un sueldo de cinco pesos por mes. Arreaba ganado, trabajaba en el tambo, carneaba. Su familia estaba en Mercedes; sus padres y sus doce hermanos. Once.

—Andá a caballo hasta la ruta y lo largás que viene solo —le dijeron sus jefes cuando terminó su labor. En la ruta se tomaba el ómnibus hasta Mercedes, a unos treinta kilómetros de ahí.

“Eso me duele hasta el día de hoy”, dice Maneiro con sus ochenta y un años, sentado en el Café del Mercado. Detrás de sus lentes de pasta transparente, los ojos se le llenan. Y entonces calla. Mira un punto fijo en el piso y aprieta la glotis. Traga saliva. Una vez. Otra. Le digo que lo dejemos, que hablemos de otras cosas. Pero no contesta ni se mueve. Rígido, espe-



ra a tener la fuerza para tragarse el dolor, para hacerlo uno con la saliva caliente y mandarlo para abajo. Y entonces lo hace. Y mira para adelante hasta que los ojos se le vuelven a secar. “No me llevaron ni en auto a la carretera”, dice al fin, empujando las palabras fuera de su cuerpo.

—Cuando llegues a Mercedes, andá por Rodó —fue lo que le dijeron los jefes después. Rodó era la calle que pasaba por el cementerio y, con las horas que habían transcurrido, quizás ya era tarde y estaba bajo tierra.

“Nunca hablo de estas cosas”, concluye Maneiro, y aprieta un pañuelo entre las manos.

Maneiro es un hombre rudo y bajo, que lleva dentro, como un achaque, el niño que no pudo ser. Le hubiera gustado estudiar pero a los ocho años tuvo que dejar la escuela y ponerse a cosechar boniatos y maíz y venderlos a domicilio para ayudar en su casa. Después, trabajó de peón en esa estancia de Fray Bentos y, años más tarde, en otra en la Cuchilla del Perdido, en Soriano, cocinándoles a los tractoristas. Mientras lo hacía, aprendía de ellos y terminó manejando tractores él también. “Les robé el oficio, porque así es como se aprendían los oficios. Eran oficios robados”, dice.

Volvió a hacer lo mismo mucho después, cuando trabajó en la construcción del puente Fray Bentos - Puerto Unzué, a comienzo de los años '70. Empezó sosteniéndoles los hierros a los soldadores y mirando cómo lo hacían, y terminó trabajando de soldador él también. Y lo hizo otra vez después, a fines de esa década, en la Represa de Palmar, donde fue camionero primero y, mirando, aprendió a trabajar la arcilla para el dique (y quizás sea de tanto mirar que le vienen esos lentes gruesos de pasta).

Así llegó a los cincuenta, a una esposa, María, y a una hija, Diber Margot. Pero de todo eso (y de un país en dictadura: “al que vive del laburo no le interesa de eso. Usted piensa en el trabajo y más nada”), de todo eso, lo que Maneiro recuerda es una fiesta de Navidad. Una fiesta de Navidad en la Represa de Palmar, en 1980. Y parece recordarla porque por primera vez estuvieron todos juntos, ingenieros, contadores y obreros. “Y todos a comer lo mismo”, dice, como si aún lo sorprendiera lo natural disfrazado de extraordinario. Parece recordarla por eso, pero no. Porque ese día, después de unas copas, un hombre borracho le tiró una tira de asado con cuero a un ingeniero y ahí se terminó todo. La fiesta conjunta y todas las que pudieran venir. Ya no habría encuentros de ingenieros con obreros. Y es por eso, en realidad, que Maneiro la recuerda.

Se acuerda Maneiro también de cuando llegó a Montevideo y quiso volverse a ir. Era Noche Buena de 1984 y, con su mujer y su hija —que ya estudiaba Derecho—, se instalaron en la capital. Maneiro veía los ómnibus con destino a Mercedes y se le trepaban las ganas de volverse al terruño. Pero no podía. “Después que terminó Palmar (1982), el departamento de Mercedes quedó muy embromado, no había laburo”.

En Montevideo tuvo que hacer nido. E hizo también pozo, por un tiempo. Porque, después de otro trabajo que tuvo, el que consiguió fue en el caño colector de Punta Carretas. “El trabajo peor que hice en la vida. Hacía un frío incalculable”. Maneiro bajaba hasta el fondo de un zanjón de catorce metros de profundidad, río adentro del faro de Punta Carretas, y ahí se quedaba, por más de doce horas por día, mientras la vida transcurría en lo alto. Encendía y apagaba los generadores y las bombas. Y controlaba las



olas y el sonido del viento. Porque, cuando se acercaba una crecida o una tormenta, Maneiro tenía que cargar bombas y generadores y subir disparando por entre las rocas hasta salir a la superficie, para salvar los aparatos antes de que el agua y la arena prepotada por el agua sobrepasaran los muros de contención de la zanja y llegaran hasta el fondo para estropearlo todo, como el granizo en plena cosecha.

Esto hizo Maneiro, el del verde campo, el de los caballos y el pastoreo, porque había que adaptarse a la ciudad. Esto hizo por cuatrocientos sesenta días seguidos. Y entonces, por fin —al fin—, se tomó un día libre. Y luego, volvió a empezar.

Cuando ese trabajo terminó, tuvo que inventarse otro como pudo. Y pudo comprando frutas y verduras en el Mercado Agrícola y vendiéndolas en una camioneta aquí y allá. Hasta que en 1988 consiguió subarrendar un puesto dentro del Mercado y ahí se instaló. Empezaba a medianoche, comprándoles a los quinteros que iban llegando y cargando las bolsas al hombro despacito, hasta su puesto, pasándole por encima a las horas y los minutos, hasta las cinco de la madrugada. Entonces se iba a desayunar con María y los dos volvían al Mercado a vender hasta la tarde. “Cuando usted ve plata que gana no le importa nada, anda siempre alegre. Anda siempre alegre cuando alcanza la plata”, dice. Y así, andando alegre con la carga al hombro, se compró una casa en Goes y vio cómo su hija se recibía de abogada.

Después vino la demolición del Anexo y la decadencia del Mercado. Maneiro se acuerda con estupor que un día incluso le ofrecieron venderle una bolsa de papas que antes había sido robada a otro puestero. “Yo le dije

que no, que eso era robado. Y me hizo shhhhh, que me callara”, dice, con esa forma particular que tiene de seleccionar los recuerdos, como eligiendo de un tarro de galletas las que otros no elegirían.

Después, años después, tuvo que irse. Maneiro tuvo que irse del Mercado el 15 de enero de 2013. Y se jubiló a los ochenta y dos años. “Con la remodelación había que estudiar y yo con muy poca escuela no me animé. Fui a ver unas clases pero no me animé, tenían mucha matemática”.

Ahora, los vecinos de su casa y él están descolocados. Los vecinos le preguntan si es nuevo en el barrio, de tanto no verlo, de tanto trabajar. Y Maneiro escribió unos versos en unos días de horas largas:

*Hermoso Mercado querido
Yo te evoco en mi cantar.
Mucho tendré que sufrir
Por no poderte olvidar.*

Sigue levantándose a las cuatro de la madrugada, como si fuera al Mercado, y se sienta en el escalón de la entrada de su casa. Sin pensar en nada. Sin recordar. Solo se sienta y mira. Nada más.

Algunos se fueron, como Maneiro, y otros llegaron.

ABRIL DE 2013

Durante 2012, la Dirección y la Gerencia del Mercado empezaron a buscar emprendimientos uruguayos originales que pudieran sumarse e instalarse en los locales que todavía no estaban asignados.





158

Dinorah Costa, la encargada de Marketing, investigó y buscó, habló con gente y encontró algunas propuestas que encajaban con el perfil del nuevo Mercado. Se hicieron reuniones, los interesados presentaron sus proyectos, los proyectos fueron evaluados y, algunos, seleccionados. Uno de ellos fue la chocolatería Con Sentido, de Karen Stellfeld y Ernesto Dergan, que hacían chocolates con formas originales creadas por ellos mismos. Firmaron el contrato en diciembre de 2012 y se instalaron unos meses después, en abril.





**Ernesto Dergan, 45 años. / Karen Stellfeld, 43 años.
(chocolatería Con Sentido. Chocolates y Emociones)**

161

... Y LLEGÓ ERNESTO

Inventaron una máquina. Con parte del dinero de la indemnización por la desaparición de su padre, Ernesto Dergan y su mujer, Karen Stellfeld, inventaron una máquina para hacer chocolates. De cierto modo, en alguna orilla imaginaria de la vida en la que las cosas ocurren con armonía y poesía, y no con embestida y dolor, su padre le había dejado una máquina que cumplía sueños, que transformaba en chocolate lo que imaginaba: un árbol, un tren, un ángel.

La de Ernesto es la historia del silencio. De lo que pasa cuando las frases se interrumpen y no se completan nunca más. Es la historia que late dentro de lo que no se cuenta. De lo que no encontró palabras para definirse, porque no alcanzaban.

Ernesto dio sus primeros pasos en la cárcel de Punta Carretas. Su padre, Natalio Dergan, era tupamaro y cayó preso en 1968, el mismo año en el que Ernesto nació. A Ernesto lo llevaban a visitarlo y fue en una de esas visitas que se animó a caminar, no se sabe si para acercarse o para irse de ahí.

Cuando Natalio fue liberado en 1971 y se fue a Chile, Ernesto perdió todo contacto con él. Su madre tenía hijos por otro lado y, estando en una situación económica difícil, no podía mantenerlos a todos, así que empezó a mandar a Ernesto a Rivera, donde estaba su abuela paterna, Marien, una



libanesa de setenta años. Ernesto iba y venía entre Rivera y el kilómetro dieciséis de Camino Maldonado, entre la comodidad y el bienestar de la familia paterna, y la escasez de la casa de su madre.

Un día, cuando tenía seis años, un medio hermano lo llevó desde lo de su madre hasta un apartamento en la calle Ocho de Octubre. Ahí lo esperaba un primo —por el lado de su padre— al que apenas conocía, para llevarlo a Rivera, a vivir con su abuela paterna. No vio ni supo de su madre por dos años, y después empezó a verla solo esporádicamente. “La extrañaba horrible. Horrible”, recuerda Ernesto hoy.

La gente insistía en irse sin explicación. Y, cuando él hacía preguntas, las respuestas eran gotas en chapas calientes, se evaporaban.

Su abuela, que sabía que Natalio estaba en el exterior pero no tenía claro dónde ni cuál era su situación, poco podía decirle. Y también callaba porque era su modo de protegerlo (quizás porque el consejo de los que nos quieren tiende a buscar el menor daño y no la mayor felicidad). Ernesto aprendió así tácitamente a no hacer preguntas.

Cada tanto, llegaba a la casa de Rivera una postal en la que se leía “estoy vivo”. Y entonces le explicaban una y otra vez que no hablara de su padre con nadie. “Mi padre era un tema tabú —dice—. No se podía hablar de él en la escuela. Era horrible cuando te preguntaban datos de los padres. Era espantoso”.

—Mi padre es mecánico —contestaba lo que le habían dicho que tenía que contestar, como un verso de un poema escolar.

“Te hacían llenar formularios cada tanto en la escuela —continúa—: ‘Ponga los datos de su padre y madre, actividades, a qué se dedican’. Era terrible. Yo trataba de inventar pero era horrible. Horrible”.

—Pero vos ¿sos el hijo de Antonio? —le preguntaban los niños del barrio cuando lo invitaban a jugar a sus casas. Pero no. Antonio era el tío.

—...

—¿El hijo de quién sos?

—Natalio —decía martillando repetidamente la *t* y la *l*.

Ernesto empezó a tartamudear el nombre de su padre y después, como propagándose, el tartamudeo se extendió a todo lo demás. “Era tan difícil para mí. Había muchas amenazas en el simple salir a la calle”, dice abriendo los ojos verdes detrás de sus lentes cuadrados.

Pero la ausencia, obstinada, volvió. Y la primera maestra que tuvo en la escuela dejó de ir de un día para otro sin explicación. De grande le contaron que fue “por problemas con la dictadura”, pero de niño no lo sabía, simplemente un día ya no la vio. “Para mí fue tremendo. La maestra Dinamar...”, recuerda y se detiene en el aire, sobre los puntos suspensivos, ahí donde no hay explicaciones pero tampoco preguntas. Cuando regresa, dice: “El único nombre de maestra que me acuerdo es el de ella”.

La ausencia no se contentó con su padre, con su madre, con su maestra, con su ciudad. Un día, Henry, un primo que vivía con él y militaba en el Partido Comunista, se fue en un camión a Brasil y tampoco regresó.

—¿Y Henry? —andaba por ahí preguntando Ernesto, pero nadie le contestaba—. ¿Y Henry?



A los tres meses, llegó un casete grabado por su primo Henry. En la cinta decía que estaba bien y explicaba por qué se había ido, pero también decía que no volvería de Suecia, a donde se había exiliado.

“Fue traumático”. Era como si cayeran bombas de humo por todos lados y en cualquier momento pudiera caer una donde estaba él y llevárselo también, al lugar al que se llevaba a todos los demás.

Pero a los catorce años llegó Karen y no se fue. Se conocieron en una de las “chocolatadas bailables” que se hacían en Rivera, en las casas de familia. Cada uno llevaba a sus amigos, se ponían discos de vinilo y bailaban y tomaban chocolate caliente. Y tal vez sea de ahí, de la alegría de ese encuentro, que les viene la idea del chocolate como algo feliz, que rescata. Ernesto se ríe porque se da cuenta ahora, mientras lo cuenta, del nexo entre aquello y el negocio de chocolates que tienen hoy. “Vengo a vincular ahora el chocolate con lo que hacemos”, y ríe más. “Viajar en el pasado sirve a veces”, dice. Dice *a veces*.

Dos años después, se instaló en Montevideo para estudiar mecánica y trabajar en el taller de un libanés. Y el *Mi padre es mecánico* vuelve como una ola, como la resaca del mar.

Un día, cuando tenía veinte... O no, menos, tenía menos. Ernesto se confunde al llegar a esta parte de la historia. Los recuerdos se derriten y se funden, se mezclan las fechas, el orden, como no había pasado hasta ahora. Hasta que finalmente encuentra lo que buscaba. “Fue así”, dice, decidido.

Un día, en Montevideo, una de las hijas de su madre le mostró un almanaque que le habían regalado como quien muestra una revista cualquiera:

—Mirá, en este almanaque hablan de tu padre.

Era un almanaque que había hecho Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos con los hechos más saliente desde 1971. Al 28 de noviembre de 1974 le correspondía esta inscripción: “Desaparece Natalio Dergan en calles de Buenos Aires”. Así se enteraba Ernesto de la desaparición de su padre, así le mataban la esperanza, como mostrándole una revista cualquiera.

“Era el primer documento que yo encontraba y me lo daban como nada, como ‘ah, mira lo que encontré’. Yo no lo podía creer. Casi me pongo a llorar”. Casi. Y una se queda con la duda de si, en este *casi* y aquel *a veces*, no habitará un poco él.

“Yo agarré eso y era como no sé... era como...”, y nunca lo completará. Solo se lleva las manos al pecho y se queda ahí, sonriendo.

Ernesto decidió acercarse a los autores del almanaque como se abraza a un amigo, y se vinculó con Familiares. “Había tanta gente en mi misma situación que fue como decir *no estoy solo en el mundo*”. Fue en ese momento, cuando conoció a esa gente, que dejó de tartamudear para siempre.

Un día le presentaron a José Mujica, entonces senador, y este le dijo:

—¿El turco Dergan? ¡Qué bien que hace la *feijoada*! —Que hace. En presente. O así lo recuerda Ernesto.

“Me emocionó que se hubiera acordado de la *feijoada*. Llegué a pensar ‘(Mujica) solo quiso ser bueno conmigo’... Pero no. Lo debe haber dicho de verdad”.



Con la ayuda de Familiares, Ernesto rastreó de dónde había salido el dato que había hecho poner esa inscripción en el almanaque, pero encontraron poco. Un día, ya avanzada la década de 1990, llegó un hombre hasta la casa que Ernesto y Karen tenían en el Barrio Sur, un hombre que vivía en Barcelona. Le dijo que conoció a Natalio en los primeros años '70 y que se había casado con una chilena llamada Ana Luisa Berraza. Entonces, como casi no encontraban información sobre Natalio, empezaron a buscar sobre ella. Karen ya era analista de sistemas y comenzaba a haber en Uruguay canales de salida a Internet, así que fue por ahí por donde buscó.

Encontró un documento que narraba las últimas horas que habían visto a Natalio con vida. Era el testimonio que Ana Luisa había dado a ACNUR y a Amnistía Internacional, después de que intentaron secuestrarla y escapó. Un testimonio que publicó Amnistía y que tiempo después integraría el *dossier* sobre el capítulo uruguayo del Plan Cóndor elaborado por la Secretaría de Derechos Humanos del PIT-CNT.

Decía que después del golpe de Estado de Pinochet, Natalio y Ana Luisa pidieron asilo en la Embajada Argentina y que, después de un tiempo, en enero de 1974 les fue concedido el refugio político y viajaron a instalarse a la provincia de Buenos Aires. Contaba cómo ese 28 de noviembre de 1974, Natalio fue a la capital, a las oficinas de la Comisión de Apoyo a Refugiados y Migrantes y, a su salida, fue secuestrado en la calle por varias personas armadas que se lo llevaron y, a las once de la noche, lo llevaron a su casa en “deplorables condiciones físicas”. Lo torturaron toda la noche ahí, mientras interrogaban, torturaban y violaban a Ana Luisa. Pasadas las cuatro de la madrugada, se volvieron a llevar a Natalio encapuchado, diciendo

que no lo volverían a ver con vida. El 11 de diciembre, Ana Luisa escapó de un intento de secuestro, se refugió en las oficinas de ACNUR y se fue a Estocolmo con sus hijos.

“Era muy fuerte leer eso. Es muy fuerte porque dice cómo los torturaron. Muy duro”, recuerda Ernesto. A través de ese hombre que llegó a su casa desde Barcelona, logró localizar a Ana Luisa en Malmö, en el sur de Suecia, donde vive hasta hoy. “Ella sabía que yo existía. Mi padre le hablaba de mí. Ella sabía que yo existía”, repite, quizás para volver a escuchar el sonido de esas palabras.

Era 2001 y Ernesto decidió ir a verla. Por fin podría hacer preguntas y tendría respuestas. Por fin el silencio se llenaría de voz, la voz de una mujer desconocida que le contaría su propia historia. No sabía todavía cómo haría para viajar, porque la situación económica que vivían era complicada, pero lo haría.

Con Karen tenían dos hijos (Felipe Aiub y Pedro Zamir), ella trabajaba como programadora y él como inspector mecánico de Pluna, controlando que se cumplieran los procesos de mantenimiento de los aviones. Pero sus sueldos no alcanzaban y Karen empezó a hacer alfajores de maicena para vender para cumpleaños y a compañeros de Ernesto del Aeropuerto de Carrasco. Los hacía en un horno mínimo que horneaba solo seis tapas de alfajores por vez; pasaba todo el día para hacer una entrega.

Esquivaron esa época difícil pero, aún así, el dinero para el viaje a Suecia no lo tenían. Ernesto, decidido a hacer ese viaje que completaría al menos un poco los silencios, habló con compañías aéreas, consiguió pasajes de cortesía y pudo viajar a Malmö con solo doscientos dólares.



Pero era el 11 de setiembre de 2001 y Ernesto quedó varado en el aeropuerto de Madrid. Mientras el mundo miraba a Estados Unidos, Ernesto esperaba nervioso poder embarcar en ese avión que lo llevaría al corazón del silencio de su historia. “Yo estaba muy frágil. Era encontrarme con parte de mi vida”.

Al día siguiente pudo embarcar y llegó a Dinamarca, desde donde tomó un tren hasta Lund, una ciudad sueca cercana a Malmö, en la que lo esperaba su primo Henry, que nunca había vuelto a vivir a Uruguay. Con él se tomó un tren hasta Malmö. Llegaron de noche. No era solo porque Henry sabía sueco que lo acompañó. “Yo caminaba y como que no entendía nada. Menos mal que fue Henry, porque tenía que haber otro que viera las cosas desde afuera”.

Ernesto estaba emocionado y tenía miedo. Un miedo derramado, sin nombres, que lo llenaba todo. “Era un querer saber y no querer al mismo tiempo”.

Fuera de la estación de trenes llovía y fueron hasta el apartamento de Ana Luisa. Ella abrió la puerta y Ernesto la vio. Tendría unos setenta años, baja, con el cabello muy corto y blanco, y las manos de quien ha cosido toda una vida.

Ana Luisa los hizo entrar, les pidió que se sacaran los zapatos, y se sentaron. “Yo estaba paralizado. El cuerpo no me respondía”. Al poco rato, Henry dijo:

—Bueno, yo me voy. Los dejo solos —y volvió a salir de la vida de Ernesto.

Ana Luisa buscó en el *freezer* algo de comida y la calentó, pero Ernesto no tenía hambre. Ella tampoco. Empezó a desenrollar la historia lentamente. La que estaba en la denuncia, pero con detalles que no había dado, esos detalles que hacen propias –privadas– las historias, por más públicas que sean. Los detalles que le dan vida y las sacan del relato. “Me lo contaba de un modo que te llegabas a imaginar los lugares”. Y Ernesto fue imaginándolos, como si hubiera estado ahí con su padre.

Ana Luisa le contó cómo sus hijos se encariñaron con Natalio. Cómo fueron a pedir refugio a la Embajada Argentina en Chile y, al no haber más lugar y con militares chilenos custodiando la zona, pudo entrar solo Ana Luisa y sus hijos. Y cómo entonces, unos días después, Natalio se trepó a árboles y techos y saltó un muro para volver a reunirse con ellos, adentro. “Me parecía todo tan raro. Era una historia como de película”.

Le contó cómo pasaron un tiempo en la embajada, rodeados de niños y mamaderas; cómo lograron volar a Bahía Blanca, Argentina, e instalarse allá pero por poco tiempo; cómo se llevaron a Natalio y cuál fue la última imagen que ella tenía de él. También le contó otras cosas que son de ellos y de nadie más.

Al día siguiente en Malmö, uno de los últimos días de verano, había salido el sol y Ana Luisa y Ernesto salieron caminar. Mientras caminaban, ella lo tomó de la mano.

De Suecia, Ernesto se llevó –también– una dirección de Santiago de Chile. Y, en uno de esos viajes de trabajo que hacía con Pluna para hacer cursos o supervisar un avión al que se le estaba haciendo mantenimiento en el exterior, en uno en el que le tocó ir a Chile, Ernesto fue hasta esa



dirección y miró desde la vereda. Para cualquiera, era solo una pared de un grupo de viviendas económicas. Pero para él no. Era la casa en la que había vivido su padre. Se quedó mirándola desde la calle. “Era como formar el rompecabezas”. Y mirándola. “Solo que siempre te falta una pieza”. Y mirándola. “Y yo no sé dónde está”.

De regreso a Montevideo, Ernesto le dio a Karen los chocolates que le habían dejado sobre la almohada en el hotel. Karen había empezado a hacer bombones —a partir de recetas que iba probando y que sacaba de libros, de revistas, de internet—, y los vendía desde una página web que había creado. Ernesto, cada vez que viajaba, le llevaba chocolates con formas novedosas para que sacara ideas.

—Qué cosa más linda. Yo lo puedo hacer —le dijo ella.

Y él:

—Vas a terminar ganando más dinero que yo.

Y los dos rieron. Y con esa risa y ese chocolate silenciaron un poco al silencio.

Ernesto fue sabiendo otras cosas. Supo, por ejemplo, que su padre le había pedido a su abuela que, si a él le pasaba algo, ella se encargara de su hijo, que lo cuidara. Y supo que cuando su madre lo mandó a Rivera era porque se tenía que operar y quería que alguien protegiera a sus hijos, visto lo poco que ella podía darles. Supo que todo fue por cuidarlo. Y supo también que su padre viajó a Bahía Blanca con Ana Luisa porque quería estar más cerca de Uruguay para poder llevarse a Ernesto con ellos y exiliarse todos juntos en El Líbano, donde tenía familiares; que después nada salió como lo habían previsto. Pero, como muchas veces pasa, en el

silencio, el dolor se había abierto camino, se había acomodado entre sus paredes almidonadas, y entonces, aunque supo, supo tarde.

A Ernesto le habían transmitido de niño, de algún modo, que hacer silencio protegía, que el silencio era un gesto de amor. Y entonces hizo silencio con su abuela Marien, porque la quería. No le contó nada de lo que fue descubriendo de su padre. “Mi abuela, hasta el día que murió, con casi cien años, esperaba a que mi padre volviera”. Hace una pausa. “Era feo matarle una esperanza”.

Cuando salió la indemnización para los familiares de los desaparecidos en 2009, Ernesto no quería pedirla. Pero todos le decían:

—Hacelo. Es lo mínimo que puede hacer el Estado por vos.

Y después de dudar y dudar, la tramitó. “Me costó mucho. Porque era como querer sacar plata de algo que...”, y no completa la frase y solo vuelve a decir *Me costó mucho* y a callar.

Usaron ese dinero para el negocio de chocolates. En 2008 se mudaron a Shangrilá, a una casa en la que dedicaron un lugar a hacer sus dulces. Compraron una máquina que derrite el chocolate y lo revuelve, derrite y revuelve. Y también compraron las piezas para construir otra que no hubieran podido comprar hecha. Una que creaba moldes para rellenar con chocolate.

Ernesto, ayudado por un compañero de Pluna y con los conceptos de aeronáutica que tenía, creó la máquina a la que llamó Ultratón. Mientras Karen, con sus conocimientos de informática, iba generando los diseños que quería. Una vez que tenía el diseño en la pantalla, lo iba imprimiendo por capas hasta formar una figura en 3D, esa figura la ponía en una máquina



de termoformado para sacar de ahí un molde de cartón. Luego, la máquina que construyó Ernesto convertía ese molde en cartón en uno en yeso que servía para hacer los bombones. Así, empezaron a soñar formas y a llenar con chocolate los moldes y algún verso del silencio.

El negocio empezó a crecer e incluso llegaron a contactarlos desde el exterior para hacerles encargos (como esa vez que los llamaron de HBO Argentina para pedirles que hicieran los huevos de dragón de la serie *Game of thrones*).

En julio de 2012, una semana después de que cerrara Pluna y Ernesto se quedara prácticamente sin trabajo, llegó una llamada inesperada. Era Dinorah Costa, la encargada de Marketing del Mercado Agrícola. Buscaba emprendimientos diferentes para sumar al nuevo Mercado y había dado con ellos. Después de conversaciones y encuentros, les pidieron que presentaran un proyecto (que hicieron hasta con un diagrama de flujo, porque nunca habían preparado un proyecto pero sí podían aplicar lo que sabían). El proyecto fue evaluado y aprobado, y en diciembre de 2012 firmaron el contrato.

Ahora, en ese abril de 2013, estaban armando el local que ellos mismos habían diseñado. Y colgaban un cartel en lo alto. Un cartel con el nombre que habían elegido: “Con Sentido. Chocolates y Emociones”. Porque adentro, en ese espacio indefinible entre el azúcar y el cacao, hay mucho más. Algo que es como el silencio, que contiene el germen de todas las historias juntas.

... todas las historias juntas.

28 DE JUNIO DE 2013: LA INAUGURACIÓN

A las ocho de la mañana del 28 de junio de 2013, el día de la inauguración del nuevo Mercado Agrícola de Montevideo, Ernesto Dergan y Karen Stellfeld terminaron de hacer los últimos de los diecinueve mil quinientos bombones con formas de frutas y empezaron a colocarlos en los mil quinientos cajoncitos de madera en los que iban. Porque su chocolatería Con Sentido había sido la encargada de los souvenirs para los invitados a la inauguración.

Mientras tanto, Cecilia Olivera, de la cooperativa Animate, llegó al Mercado y no paró de trabajar. Había estado casi desde el comienzo del proceso, había limpiado cuando aquello era un edificio ruinoso y mugriento, había organizado eventos e incluso había hecho de público cuando no había casi asistentes a esos eventos. Ese día de junio de 2013, controló que llegaran los uniformes, ayudó con la limpieza, a armar sillas, mesas y micrófonos para la conferencia de prensa del mediodía, y después salió disparada a repartir invitaciones hasta las seis de la tarde. Volvió al Mercado, ahí mismo se duchó, maquilló, se cambió de ropa, y salió a recibir a la gente que empezaba a llegar.

Eso fue antes. Ahora ya están todos acá: autoridades, políticos, invitados en general, prensa. Hay olor a materiales de construcción mezclado con olor a nuevo del mobiliario, y hay también un aroma de fondo, como un susurro lento, a acelga o a alguna verdura que no llega a definirse en el aire. Hay colores de frutas puestas en pirámides; otros de tejidos coloreados con yerba, marcela y remolacha en la vidriera de Entretejiendo



Sueños; rojos de las carnes de la carnicería y verdes que salen desde el local de plantas.

Beatriz y Pascual están detrás de la cinta en la entrada de Martín García, y Beatriz aprieta las mandíbulas intentando empujar hacia abajo la emoción que quiere treparle por la garganta. Pero no puede. Porque cuando los dos cortan la cinta, a Beatriz la emoción le crece tanto que le desborda o le florece. Pascual la mira y le toca una mejilla con la mano, como dándole ánimos. Y ese gesto mínimo contiene amarguras y dolores, alegrías y discusiones, y todo lo otro que vivieron juntos en estos años.

El público aplaude, las cámaras filman, explotan *flashes*, y Beatriz se queda ahí parada, y parece la niña de trenzas de Villa Sara que fue —que es—: los hombros encogidos por la emoción, las manos agarradas una con la otra, llorando. Tal vez esté recordando el día en el que llegó y esto era vidrios rotos, escombros, mugre alta centímetros y “gente al borde de la locura”. Aunque quizás lo que sucede es que está viendo a Antonio Bianco y a Daniel Cabrera mezclados entre autoridades e invitados, invisibles a los demás. Antonio y Daniel. Esos dos que la rechazaron cuando llegó, desconfiados, escépticos, hartos. Y que ahora están ahí, emocionados como ella, mirándose.

Empiezan los discursos.

Pascual dice:

—Estamos desde un sitio que podemos ver lejos. Parados en hombros de unos gigantes que nos permitieron esto —y señala con sus manos alrededor, mientras su melena gris enrulada se mueve, confirmando.

Y Beatriz dice:

—Tal vez este Quijote ve llegar vecinos, turistas, autoridades y piensa: “Este quería ser yo”.

Ahora que terminó la ceremonia y autoridades e invitados brindan y conversan, miro el techo. Pienso que este techo fue testigo silencioso de todas estas historias —y de quién sabe cuántas más—. Porque todas de algún modo están guardadas ahí, en sus pliegues, entre las vigas y el metal.

Bajo él está Daniel Cabrera, ese niño que creció en el Mercado, comiendo mandiocas con capuchino y jugando a las escondidas en el sótano. Está ahí, frente a su local renovado, La Quesería, mirándolo, porque no lo puede creer. Lo mirará toda la noche, ignaro de los ministros, de las cámaras de televisión que le pasarán por al lado. Lo mirará pensando que ahora sí estarían orgullosos sus padres si lo vieran, si pudieran verlo.

Bajo el techo está también Antonio Bianco, mirando su nuevo local, Bianco Hermanos. Frutas y Verduras. Lejos, muy lejos quedaron los días en los que tenía que subirse a un ómnibus a vender caramelos en La Teja y en los que no lo invitaban a los cumpleaños.

Bajo este techo están también Ana Caterina Pesce y Rosalía Sica, sentadas en una de las mesas del Café del Mercado, sin que nadie las vea. Esas abuelas que fueron a ayudar a su nieta cuando la cafetería de ella era un contenedor y no daba abasto. De pelo blanco y chales, conversan acurrucadas en la mesa, y Ana Caterina le cuenta otra vez a Rosalía de cuando era niña y cantaba canciones italianas en el bar de enfrente.

Bajo él está Pablo Rivera, el nieto del italiano que llegó hace un siglo a Goes y abrió su propia vidriería. Está mirando hacia arriba, con su ca-



bellera blanca y sus ojos celestes, cómo la luz da sobre los vidrios que él colocó. Y está también Juan Carlos Fabra, el encargado del proyecto de iluminación, con una mochila en su espalda, mirando su trabajo invisible:

—Este mercado es un faro hacia la ciudad —le dice a alguien con quien conversa.

Bajo este techo está Margarita Hernández, esa cubana que cuando era niña soñaba mojando sus pies en las aguas del Cayo Granma, sin imaginar siquiera que terminaría en Montevideo, emocionada en sus ojos verdes por mirar un mercado de la ciudad:

—Por eso, por esta emoción —dice— sé que esto va a perdurar.

Y bajo este techo está también Marcela Piñeiro, la niña que bailaba ballet junto al Miguelete, en el Marconi, y que hizo las primeras limpiezas del Mercado cuando había poco más que olor, hueco y suciedad. Y que ahora hacía ya mucho que no venía porque después del Mercado y gracias a cursos que pudo hacer en él y a través del Mides, consiguió trabajo en la lavandería del Hospital Policial y siente que alcanzó lo que quería (“He logrado alguno de mis sueños: ser parte de la Policía”). Marcela va caminando, recorriendo y mirando todo porque no lo puede creer.

—Estoy admirada —comenta—. Hay un pedacito de una acá.

Y entonces busca a Beatriz entre la gente hasta que la encuentra, rodeada, y se escabulle por entre los trajes y vestidos. Despunta entre el gentío y las dos se miran. Se miran y se abrazan.

Todo eso bajo este techo que es un cielo de estelas de historias.

Afuera, en la esquina de enfrente, dos hombres y una mujer del barrio miran el movimiento de gente con desconfianza. Y a unas cuadras, en un bar, un grupo de trabajadores del Mercado festeja a su modo, lejos de cámaras y autoridades. Levantan vasos de cerveza y brindan, una y otra vez. Hay risas, gritos, bromas.

Eso ya pasó. Ahora son las cuatro de la madrugada y, mientras algunos todavía festejan y otros duermen después de festejar, Maneiro se levanta en silencio. Se levanta —pequeño y macizo— a las cuatro, como cada día, acostumbrado todavía al horario del Mercado. Se viste, se pone sus lentes de pasta transparente, y va a sentarse en el escalón de la puerta de su casa. Se sienta y mira. Sin recordar. Sin pensar. Solo mira la noche que lo mira a él.

... SEMANAS DESPUÉS

Detrás de un vidrio del primer piso, donde se están las oficinas de Dirección y Administración del MAM ya inaugurado y en funcionamiento, un niño de tres años mira el movimiento de gente que viene y que va, con las manos pegadas al cristal.





ACÁ ESTOY

Qué rechuli, abuela! —dice Unai, con las manos pegadas al vidrio, sin sacar los ojos del Mercado.

Lo mira todo desde la oficina de su abuela, Beatriz Silva, la directora. El pelo rubio, los ojos celestes y redondos. Beatriz está parada detrás de él.

—No sé cómo llegamos hasta acá... —dice entonces al aire, como interrogando al Mercado más que a sí misma o a su nieto.

Y se queda ahí, suspendida, mirando el cuadro desde atrás: la silueta de Unai de espaldas, las manos contra el vidrio y, de fondo, el Mercado restaurado y lleno de gente, con la luz invernal que entra a través de los vidrios nuevos.

Unai y el nuevo Mercado. Se miran los dos, como reconociéndose por primera vez. Tanto habían escuchado uno del otro y ahora están frente a frente. Tienen casi la misma edad; aunque el Mercado es ya un viejo de cien años, es también un niño.

Cuando a Beatriz le dieron el encargo del Mercado en 2005, su hija emigró a España y allá nació Unai tiempo después. Beatriz lloraba por las noches al llegar a su casa. Por soledad. Por lo duro del comienzo en el Mercado (gritos, tomatazos y todo lo demás). Por soledad. Entonces no po-

día siquiera imaginar que unos años después, en 2013, su hija tendría una propuesta de trabajo en el Instituto Pasteur de Montevideo y volvería, con Unai. Entonces no podía siquiera imaginar que se lograrían conseguir fondos, técnicos y todo lo que vino después, y que el Mercado se remodelaría y se llenaría de gente otra vez.

—No sé cómo llegamos hasta acá —dice, mientras el niño y el Mercado se miran, reconociéndose.

Minutos antes, Unai subió y bajó las escaleras que dan a las oficinas, las recorrió y, en la de su abuela, vio fotos suyas colgadas y colocadas aquí y allá. Asombrado, dijo:

—En todos lados está Unai.

—Sí. Estabas siempre acá. Porque estaba siempre pensando en vos —le había contestado entonces su abuela, sin explicarle más. Sin contarle de la nostalgia, de la soledad, porque no hizo falta.

—Estoy acá, abuela. Ahora estoy acá —le respondió Unai con esa intuición intacta, todavía sin emparchar.

Sí. Por fin llegó. Por fin lo que Unai ve coincide con lo que ella ve. Y lo que los dos ven es un mercado lleno de historias que vienen y que van.

—¿Vamos a dar una vuelta? —le pregunta Beatriz al fin, y recién entonces el niño saca las manos del cristal.

Se da vuelta y la mira con los ojos bien abiertos. Sale a toda velocidad sin decir más nada. Alguien le regala una ciruela por el camino y él se la lleva en la mano en alto, trofeo perfumado, mientras corre por los pasillos del Mercado.







agradecimientos

A todos los que generosamente compartieron sus historias y recuerdos para que pudieran estar en estas páginas, tanto quienes aparecen aquí con nombre y apellido, como los que no.

Gracias por la apertura, por la calidez e, incluso, por el coraje de recordar.

A los trabajadores del MAM de ayer y de hoy, y sus familiares.

Gracias por haber hecho que la elaboración de este libro fuera tan disfrutable.

